

ARMAS Y LETRAS



AYUNTAMIENTO
MUNICIPAL



AÑO II

NÚM. 20

AGOSTO, 1921

DIRECTOR-PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

Ayuntamiento de Madrid

Número suelto 1,30 pesetas.



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRA, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.000

La casa mejor surtida en toda clase
de Accesorios para automóviles ci-
clos, aviación. Artículos para todos
los deportes.

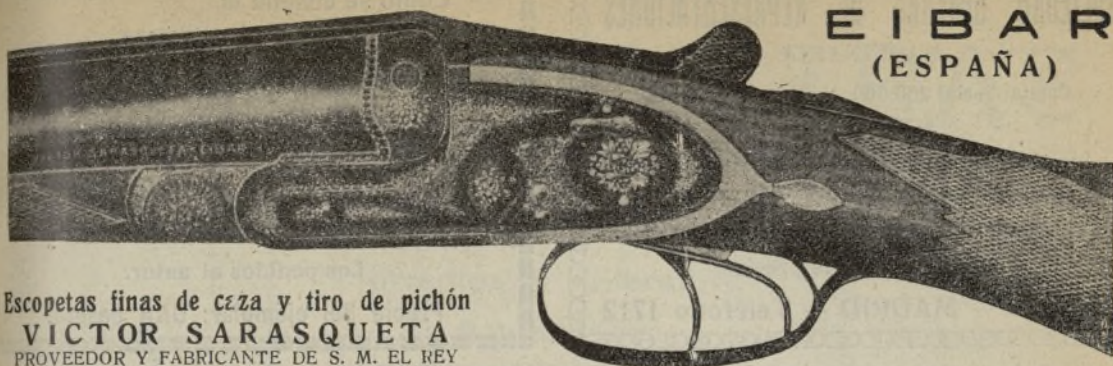
Faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos
Símmes, bujías Oléo, bañdaje para frenos Thermoid,
rozamientos a bolas F. S., carburadores Zenit.

MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15

Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57

Teléfono A 4373



E I B A R
(ESPAÑA)

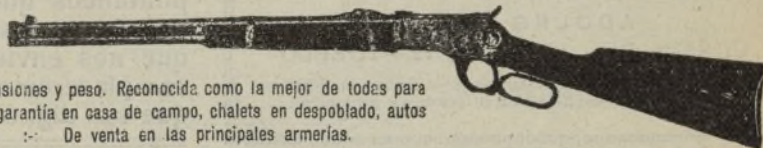
Escopetas finas de caza y tiro de pichón
VICTOR SARASQUETA
PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.^a ISABEL

CENTRO GRAFICO ARTISTICO
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE CARAY, 32
TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

Carabina de doce tiros "TIGRE"



Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.

Al por mayor: GARATÉ ANITUA Y COMPAÑÍA E I B A R

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciase en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1. ^a	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con pantalón y calzón.....	150
Peliza de 1. ^a , rizo de id.	120	Idem id. de dril, con id...	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Volver peliza con todos los avíos y dorados....	70
Guerrera de paño o estambre.....	120	Idem guerrera con id. id. e idem.....	50
Pantalón Rey con franja seda.....	60	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache...	17



Parece un girón de cielo, niña, tu cara de rosa, y me voy volviendo lelo...

mientras use PECA-CURA será eternamente hermosa.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

SOCIEDAD GENERAL DE REPRESENTACIONES

MAQUINARIA

Capital Social 250.000 pesetas, totalmente desembolsadas.

Liquidación del material en existencia con 10 por 100 de baja en el precio de coste.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DEL MAXVELL

Pídanse listas de precios.

Galdo, 1 — MADRID — Teléfono 1712

Cómo se enseña la ESGRIMA DEL FUSIL CON BAYONETA

Autor: Capitán D. LUIS PUMAROLA

Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio del ejemplar: UNA peseta.

F. ALCARAZ

SOMBREROS, GORRAS
PARA TODA CLASE DE
UNIFORMES

ATOCHA, 78

Precios económicos

GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

Se recuerda a nuestros colaboradores que su pontáneos que no sostenemos correspondencia ni acusamos recibo de los artículos que nos envíen. Siempre que sea posible complaceremos al remitente publicando que sea digno de ser publicado.

Angel Carlos
Proveedor de la Real Casa
PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

OFRECE

los nuevos alumnos de Infantería
**LOS UNIFORMES MAS
ELEGANTES**
Y DE
MEJOR CALIDAD



Sastre de la Academia de Infantería

Zocodover, 33 al 37. Telé^o 325

TOLEDO.

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO

Semestre... 12,00 ptas.

Año II Núm. 20
AGOSTO 1921

Ciencias & Artes

Inventos & Literatura

Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO:

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

Calle Mayor, núm. 86

MADRID

Apartado correos núm. 886

Administrador:

José Valero de Bernabé

EN HOMENAJE A UN GENIO

Villamartín y su obra.

Muy pronto cristalizará la idea que surgió de elevar un monumento al comandante de Infantería don Francisco Villamartín, muerto prematuramente para la patria y en particular del ejército, puesto que con una sola obra alcanzó las inasequibles regiones de la inmortalidad y cabe suponer que su único libro no sería su obra cumbre y se hubiera podido esperar mucho más, si es posible, del poderoso intelecto de Villamartín, que, con claridad meridiana, se adelantó a su tiempo y vislumbró el más allá, lo por venir.

La vida de Villamartín.

Nació D. Francisco Villamartín en Cartagena, el día 23 de julio de 1833, y natural era que siendo su padre militar, su hijo siguiera el mismo camino y el 24 de enero de 1848, ingresó como cadete en el Colegio general militar, donde con gran aprovechamiento cursó los estudios, ascendiendo a subteniente de Infantería en 4 de julio de 1850, y destinado al regimiento de Gerona, de guarnición en Vitoria, del que pasó al de Soria y otra vez volvió al de Gerona, en cuya plaza se encontraba cuando el alzamiento nacional del año 1854.

Por la gracia general que se le concedió por este alzamiento fué promovido al empleo de teniente, continuando en el mismo regimiento de Gerona, con el que pasó a la guarnición de Barcelo-

na. En los hechos de armas que se desarrollaron en la capital catalana, desde el día 18 al 22 de julio de 1857, tomó activa parte, y fué recompensado con el empleo de capitán por su valeroso comportamiento en la defensa que hizo con veinte hombres en el cuartel de San Pablo, resultando herido en la pierna derecha.

Pasó a la isla de Cuba, en la que permaneció tres años, teniendo que volver a la Península, por serle dañina para la salud el clima de aquella. Destinado en los primeros meses del año 1861 al regimiento de Toledo, de guarnición en Madrid, escribió su maravilloso libro *Nociones del arte militar*.

En el epílogo de su hermosa obra nos cuenta Villamartín, con galana palabra los sinsabores que pasó para dar cima a su empresa:

«Hemos luchado para escribir y publicar estos artículos con el sueño en las guardias, con el cansancio en las jornadas, con el fastidio en las navegaciones, y sobre todo, con la pobreza en medios materiales, y esto despierta en nosotros un sentimiento de noble altivez que nos hace amar nuestro libro, por malo que sea, y que nos alienta a estudios más profundos».

Poco después de la publicación de su libro en marzo de 1863, fué destinado Villamartín al batallón de Cazadores de Arapiles, y en enero del siguiente año fué a desempeñar el cargo de oficial de negociado en el Consejo de redención y enganches, en

cuyo destino publicó su notabilísimo folleto *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, y la *Historia de la orden militar de San Fernando*, que vió la luz pública, formando parte de la Historia de las órdenes de Caballería, editada el año 1864, por Dorregaray.

Recompensas y honores.

Hasta el mes de mayo de 1865, la única recompensa que obtuvo el capitán Villamartín, por sus excelsos merecimientos como escritor militar, fué el nombramiento de caballero de la orden de Carlos III; pero esta mezquina recompensa, para el talento de Villamartín, muy decorativa, mas poco práctica para el que lucha con «la pobreza de medios materiales» y alentarle para empresas mayores, fué subsanada, concediéndole el empleo de comandante en aquel mismo mes y año, en el que quedó de reemplazo hasta que en febrero de 1866, fué nombrado jefe del detall de la Escuela de tiro, en cuyo destino permaneció hasta el mes de mayo de 1868, que el capitán general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches, lo nombró ayudante a sus órdenes.

Llegó en esto los luctuosos días del mes de Septiembre del año 1868, y con su general, que fué nombrado general en jefe del ejército desunado a combatir a las tropas que habían levantado la bandera revolucionaria, a cuyo frente estaba el capitán general duque de la Torre, asistió a la batalla de Alcolea, en la que las ideas revolucionarias tuvieron

éxito y en la que resultó herido el marqués de Novaliches.

En esta batalla el comportamiento del comandante Villamartín debió ser tan notabilísimo, que el general en jefe le concedió sobre el campo de batalla el empleo de teniente coronel, empleo que no llegó a ser revalidado por el partido revolucionario victorioso, pues Villamartín siguió a su general que, recluso en un pueblo, atendía a la curación de su herida, siendo asistido con cariño filial por el comandante Villamartín.

Privado el general Pavía de sus honores y preeminencias por no haber querido prestar el juramento político que decretaron las Cortes Constituyentes, Villamartín quedó de reemplazo, en cuya situación permaneció hasta su muerte, ocurrida en Madrid, en la casa núm. 47 de la calle de San Vicente alta, el día 16 de Julio de 1872.

La obra de Villamartín

No somos nosotros los llamados a hablar de la grandiosa obra de Villamartín ni es ésta la ocasión para hacer una crítica severa e imparcial de su magna labor que ha servido de enseñanza a todas las generaciones militares desde aquella época a la actual y que seguirá siéndolo para las futuras.

Desde las primeras páginas de su notabilísima obra se nota el soberano ingenio de Villamartín y el primer mérito que avalora el tratado es su tendencia filosófica, la intuición científica del autor, que al través de las varias manifestaciones de la lucha entre las colectividades humanas, que se llama guerra, buscaba siempre la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos.

Expresa con gran dilocuencia suma, la dificultad que existe para definir exactamente, pues, dice: «Toda ciencia humana no se reduce a otra cosa que a definir...» y es notabilísimo por todos conceptos el final de su obra en la que dice:

«La tarea que nos hemos impuesto ha concluido. Cualquiera que sea el mérito de esta obra, tiene para nosotros un valor muy grande, porque nos recuerda es-

tudios penosos y privaciones sin compensación. En una época en que las cuestiones militares son las únicas que nada importan al público, y en un ejército, si se quiere, de grande amor a la práctica pero de muy poco a la teoría, no hemos titubeado en dar a luz estas incorrectas páginas, aún previendo que el único éxito de ellas sería recibir el elogio de buena amistad en un círculo de amigos o una benévola frase de algún jefe del ejército.

»Hemos luchado para escribir y publicar estos artículos con el sueño en las guardias, con el cansancio en las jornadas, con el fastidio en las navegaciones, y sobre todo, con la pobreza en medios materiales, y esto despierta en nosotros un sentimiento de noble altivez que nos hace amar nuestro libro, por malo que sea, y que nos alienta a estudios más profundos. Dentro de las condiciones de nuestro destino no se puede llevar a cabo una empresa literaria sino luchando con obstáculos de esos que impacientan el ánimo más constante y comueven la fe más arraigada, pero que una vez vencidos, dan la medida de la fuerza de voluntad del autor, inspirándole un legítimo orgullo, no por la obra en sí misma, sino por la lucha con esos obstáculos.

»Más que el estudio concreto del arte militar hemos querido hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo estamos muy lejos de sospechar siquiera de que nuestro deseo se ha realizado, pero abrigamos el convencimiento de que éste es el único medio de analizar la guerra, que no puede ser en historia un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de la serie lógica, natural y precisa que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre, hasta en que se encarna en las letras, en la educación, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo. Que las guerras no han concluido ni llevan trazas de concluir, es cuestión de vista; a cualquier punto del globo que volvamos la cabeza, allí veremos un problema por resolver, una civilización que crear o co-

regir y unos intereses que promover o aniquilar, y nada de esto se hace sin sangre, porque brota la mies hasta que la semilla se descompone y muere debajo de tierra.

Visiones proféticas.

«Ni los pueblos tienen ya definitivamente trazadas sus fronteras, ni en su gobierno han llegado a la perfección política; si se llegase a suceder, que no suceda, la humanidad se cruzaría brazos, porque había terminado su obra; y como no tendría ya razón de existir, desaparecería. Es la ley inmutable a que obedece todo lo creado; lo que no crece, decrece; lo que en su existencia de vida no tiene misión que cumplir, muere, por que si no, se es un objeto inútil, aquí, donde el átomo, y el insecto, y la arista todo lo más pequeño tiene puesto fijo y una función relacionada y en armonía con el conjunto del universo.

«Europa se halla en un periodo de penosa gestación; hay diversos intereses de pueblos y dentro de cada uno, no rompen la lucha porque temen, pero ella por sí misma tallará más o menos pronto; la chispa fugaz promoverá el incendio, y el incendio arreciado por el huracán de las pasiones públicas y alimentado con cuanto mano hallen los pueblos y los biernos, arrasará los campos, parándolos para el nuevo cultivo. Hoy, al calor de la discusión todos los tonos, fermentan cuestiones políticas, económicas y religiosas, y por todas partes, en la calle, en el templo, en el mercado, en el parlamento, en la Corte, el foro y en las escuelas se ve la sociedad vieja que se rehace y nueva que avanza, y una mano que fluctúa al violento vaivén de las otras dos. Véase si esto no es un semillero de guerras.

«Por muy remoto que esté el día del peligro, y cualquiera que entones sea la suerte de nuestra patria, no podemos hoy adormecernos a la suave brisa de la paz que disfrutamos; que cada uno trabaje su parte de tarea para la vista fija en el porvenir, no oído apercebido, porque la guerra vendrá, y entonces ¡ay! el pueblo que no esté apercebido

El capitán Don Taciano Tocinete y Lomillera

Sinfonía, que pudiera suprimirse, como le sucede a la mayor parte de los capítulos que seguirán, sin que el lector saliese perjudicado.

Diríase que un numerosísimo banco de calamares ha derramado su negra tinta sobre la atmósfera. Más claro: la noche es oscurísima.

Empieza a gotear y no se ve ni gota.

Corre un vientecillo fresco cual el más hiperbóreo de nuestros políticos. ¡Viento de polo!

Cerca ladra un can; más lejos otro can; más allá otro. Una verdadera cantinela.

Canta un gallo. Otro le contesta. Luego otro.

Al oírlos, un policía a la moderna deduciría que se encontraba en las proximidades de Cantagallo. Esta consecuencia la desecharía, como errónea, al oír dar las dos en el reloj del pueblo. Entonces afirmaríase que estaba en Horadada.

Hoy las ciencias marchan a paso de motocicleta, y la policía se ha elevado a la categoría de ciencia exacta.

Aplica a detalles, al parecer in-

Terminada la relación de las aventuras del «Teniente Membrillera», comenzamos hoy la relación de la vida del «Capitán D. Taciano Tocinete y Lomillera», en la que Sinesio Darnell muestra toda la gracia chispeante de sus cómicas observaciones.

significante, el logaritmo deductivo con exactitud que asombra.

El hecho criminal se ha cometido en una recta y el policía es un punto, un punto que apenas recoge nimio detalle, marcha en dirección perpendicular a aquella de punto en punto; es decir, de deducción en deducción.

Un ejemplo oscurecerá más estos extremos:

Supongamos que en una banca se ha cometido un robo de importancia.

El policía reconoce detalladamente el lugar del hecho, sonríe, escupe y da dos chupadas a la pipa. Un policía que se tenga en algo debe fumar en pipa. No se concibe un policía sin este apéndice, de igual manera que no se concibe una patata tocando la bandurria.

El detective multiplica por dos el volumen de la habitación, y deduce:

- 1.º Que se trata de un robo.
- 2.º Que este robo lo ha cometido un individuo que necesitaba dinero.
- 3.º Que el ladrón debe hallarse en Villadiego, pues no encontrándose en la banca es lógico presumir que ha tomado las de ídem.

¡Estupendo!

Cesa de llover y cede el viento.

Sepáranse dos nubarrones, y por el espacio, libre, aparece la bobalicona y amerengada cara de la luna.

Acariciado por ella, adquiere el paisaje claridad de eclipse.

Y en este momento histórico es cuando empieza esta adormeciente historia que, sin ser cornetín, quisiéramos fuese de pistón.

Esperamos merecer del respetable y temido público benevolencia.

Este favor no necesitaríamos pedirlo si no nos metiésemos a escribir novelas, pero nuestro temperamento nos pide embo-

nar cuartillas, como a otros les pide darse duchas o tocar la ocarina.

SINESIO DARNELL

(Continuará).

VULGARIZACIONES INTERESANTES

La vara castellana

Dije en mi artículo anterior «*Las maravillas del número 12*», que el astrónomo árabe toledano Arzaquel, había observado y medido escrupulosamente, con instrumentos y procedimientos científicos en 1061 y 1080, el cuarto del meridiano de Toledo, obteniendo 12.000.000 de varas o medias estaturas humanas. Deduciendo también la oblicuidad de la elíptica en 23°34'; y que halló para la precesión de los equinoccios 49"5, casi los 50" que obtuvo Hiparco (el primero que descubrió este movimiento del eje de la Tierra), y además formó nuestro sabio paisano, las tablas astronómicas conocidas por *tablas toledanas*, que años más tarde sirvieron de base a Alfonso el Sabio (antes de subir al trono), en colaboración con otros astrónomos moros y judíos que reunió en Toledo, para calcular otras tablas de mayor precisión llamadas *alfonsinas*, que todavía se consultan en todos los observatorios del mundo.

Dije también que en justo galardón, los astrónomos modernos han dado a dos montañas de la Luna los nombres de *Arzaquel* y *Alfonso el Sabio*, poniendo así a estos dos ilustres toledanos en los cuernos de ella (no en las cuevas como puso el cajista).

Luego que subió al trono el Rey Sabio, volvió a medir y corregir el marco original de la *vara*, obteniendo otra vez 12.000.000 para el cuadrante del meridiano de Toledo, y así dispuso que esa fuera la *unidad legal* de las medidas de longitud de Castilla; adoptando para unidad itineraria a la *legua*

de tres millas justas, siendo cada milla *un minuto* de dicho meridiano; correspondiendo así veinte leguas a cada grado.

Medida prolijamente la milla resultó de 2.222 varas más $\frac{2}{9}$, que multiplicado por 3 daría $6.666 + \frac{2}{3}$ para la legua. Ambas unidades de camino *no pueden* tener un número exacto de varas, porque se mide a una porción de arco de circunferencia con una línea recta, cuya relación, como sabemos, es *siempre incommensurable*, y aproximándola en fracción continua, se aprecia y añade la reducida $\frac{2}{9}$, y la milla y su triplo $\frac{2}{3}$ de la legua, cometiendo con esto un error insignificante (1).

Como se ve, no es la *vara castellana* una medida arbitraria y caprichosa, sino unidad científica impresa en la Naturaleza, congénita en el hombre y en el Mundo, fruto de largas vigiliadas de sabios astrónomos y de sus laboriosísimos cálculos matemáticos, por lo cual, es digna de los respetos de todos los verdaderos españoles, principalmente de los castellanos, y hasta de perseguirla, porque así lo impongan los franceses y los gobiernos afrancesados, que ha más de un siglo que venimos padeciendo.

Ni Inglaterra, ni los Estados Unidos, ni Alemania, ni Austria, ni Rusia, ni multitud de otras naciones, han admitido ni admiten el sistema de pesas y medidas francesas. Tan sólo las naciones satélites y serviles adulatoras de Francia, lo han impuesto de una manera tiránica, sin respeto a los buenos usos y costumbres tradicionales del pueblo; ni a razones históricas y científicas, constituyendo verdaderos atropellos de gobiernos que a sí mismos se han llamado y se llaman *liberales* y *democráticos*.

Por otra parte, aquellos sabios de la revolución francesa, no sabían ni una palabra del griego

cuando propusieron la nomenclatura de los múltiplos del metro, y confundieron lastimosamente HECA, que es 100, con HECTO, que es $\frac{1}{6}$; KILIO, que es 1.000, con KILO, que es *asno*; GRAMO, GRAMA, que es LÍNEA, con GRAVO, que es PESO; y así nos obligan a decir en puro griego: KILOMETRO, *medida del burro*; HECTOGRAMO, *sexta parte de una línea*, en vez de KILOMETRO, HECTOGRAMO, y... sigan los disparates y... chitón, cartuchera en el cañón (1).

No quiere decir esto, que yo desdeñe en absoluto al sistema métrico decimal, en cuanto tiene de decimal; insensato sería en proponerlo, puesto que la división decimal está concorde con nuestro sistema de numeración y facilita en gran manera todas las operaciones aritméticas. De lo que abomino, es de la adopción del *metro francés*, que no es hoy más que una medida *arbitraria* y *caprichosa* como creo haber demostrado; sin relación con la Naturaleza ni con nada.

Admitidas las ventajas de la división decimal y de la nomenclatura en lenguas clásicas ¿por qué no se dividió a nuestra vara legal también decimalmente? ¿Qué inconveniente hubiera habido en hablar y escribir de *decivaras*, *centivaras*, *kiliovaras*, *hecavaras*, etc.?

Por eso no debemos relegar al olvido y al desprecio a nuestra legendaria vara. Respetémosla y, venerémosla por su honorabilidad científica, histórica y tradicional, con la cual midieron el Orbe nuestros progenitores, del uno al otro confín, y *midieron* también las costillas a los franceses y demás enemigos que se les atravesaron en su gloriosa marcha triunfal, progresiva y civilizadora.

¡Cuánta falta nos está haciendo hoy esa *vara* y quien la sepa manejar!

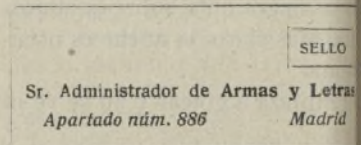
MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO

(1) Ya que en griego, en donde todas las palabras compuestas son esdrújulas, las terminadas en *gramo* o *grama*, nada tienen que ver con el peso ni la *gravedad* sino con la línea; nuestra Academia de la Lengua las hace también *graves*, cuando por su origen son esdrújulas. Otra arbitrariedad.

IMPORTANTE

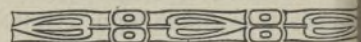
La Administración del Correo Central nos comunica que la correspondencia dirigida a los «Apartados particulares» ha de someterse a ciertas condiciones para poder garantizar un buen servicio.

Las modificaciones introducidas afectan a la forma de consignar dirección en los sobres que deben venir extendidos del siguiente modo:



Es esencialísimo que la mención del Apartado se haga en el ángulo izquierdo inferior del sobre y en la misma línea que el punto de destino.

Rogamos a todos nuestros colaboradores, anunciantes, suscriptores correspondientes que tengan estas disposiciones, pues de otra manera, no llegarán a nuestro poder sus cartas.



Las ondas hertzianas guiadas por hilos.

En presencia de los representantes técnicos de todas las compañías de ferrocarriles se han verificado en la red del Norte, de París, las pruebas de un nuevo sistema de comunicación entre las estaciones de la línea.

Estas se comunican en la actualidad por medio de cables, que quedan interrumpidos durante las tormentas, por rotura o por inducción en el hilo de las corrientes pàrasitas, lo cual produce grandes perturbaciones en la buena marcha de los servicios.

El experimento realizado encaminaba a sustituir la intercomunicación de las estaciones por una conexión de la telefonía con hilos y la telefonía sin hilos. Y la novedad de la prueba co-

(1) Antes de adoptarse las fracciones decimales, todas las aproximaciones se hacían por porciones continuas.

Los presupuestos de Guerra

Próximo a celebrarse una conferencia internacional sobre el desarme, y recién terminada, como quien dice, una guerra que, según sus principales, adalides, iba a ser la última, nos parece curioso recoger las siguientes cifras, dadas a conocer en la Cámara inglesa de los Comunes.

Se refieren a presupuestos militares comparados, y resulta que los Estados Unidos gastan hoy por ese concepto 911 millones de dólares (4.719 millones de pesetas a la par), contra 316.000.000 en 1914.

Inglaterra, 164.750.000 libras (4.125 millones de pesetas a la par), contra 28.416.000 libras antes de la guerra.

Francia, 4.952 millones de francos, contra francos 913.750.000 en 1914.

Y el Japón, 230 millones de yens (575 millones de pesetas a la par), contra 95.545.515 yens hace siete años.

sencia de un magnífico automóvil, sin conductor, que desembo- caba de una de las transversales, efectuando un viraje correctísimo.

Dicho vehículo continuó su marcha, obedeciendo perfecta- mente a las diversas señales de parada establecidas para los au- tomoviles en el cruce de las gran- des vías, y sorteaba hábilmente los demás coches sin atropellar a los transeuntes.

En realidad se trataba de un ensayo de un nuevo automóvil sin conductor, cuyos movimien- tos eran dirigidos mediante las ondas hertzianas. Su inventor, el capitán Vaughan, dirigía el coche por este medio, desde otro auto- móvil que seguía a más de cin- cuenta metros al coche sin con- ductor.

Los habitantes de Daiton, des- pués de haber sido los primeros que han visto volar el primer ae- roplano, han presenciado esta vez el ensayo del primer automóvil sin conductor.

sistía en conseguir que las ondas de la telefonía sin hilos siguieran los cables de transmisión de ener- gía, a manera de gigantescas an- tenas tendidas entre dos estacio- nes. Se deseaba que las transmi- siones telefónicas sin hilo, en es- tas condiciones, fuesen mucho más claras, más enérgicas y más fáciles que las de la telefonía sin hilos ordinaria.

El efecto perseguido se ha lo- grado.

Entre Hirson y otra central dis- tante 82 kilómetros se ha podido, con la mayor facilidad, telefonar propagando las ondas del telé- fono sin hilos a lo largo de una línea de servicio, que transmitía una corriente eléctrica de 45.000 voltios.

Las conversaciones en los dos sentidos se mantuvieron claras y precisas, a pesar de la lluvia y de una tempestad que se des- arrolló sobre Hirson.

Lo que ha hecho posibles estos resultados es que las ondas se propagan por la superficie ex- terior de los cables metálicos, en tanto que la corriente eléctrica ordinaria se transmite por el in- terior y en la masa misma del cable.

Un automóvil sin conductor

Los transeuntes de una de las principales calles de Daiton (Es- tados Unidos), viéronse sorpren- didos, recientemente, ante la pre-

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIRON - SAN JUAN (Aviles) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro

PARISIANA

MONCLOA

Restaurante de primer orden.

Servicio de automóviles.

UNA PESETA ASIENTO

TELÉFONO 290 J.



Todo aquel que
dedique su vi-
da a trabajos
delicados debe
usar lámpara

Z ARGON
TIPO $\frac{1}{2}$ VATIO
por su luz blan-
ca y suave



Fábrica en
BARCELONA
Cortes 397

Depósito en Madrid: Encarnación 12

LOS TIROLESES

Ayuntamiento de Madrid

ARMAS Y LETRAS

LOS SUCESOS DE MELILLA



Un ejército suficiente, dotado de toda clase de modernos elementos de guerra, debe ser organizado...

A guisa de antecedentes

Escribimos estas líneas temblantes de dolor. Cuatro días han bastado para que toda la labor de doce años en Melilla, se haya venido abajo, como castillo de naipes al soplo de un niño. Muchos de nuestros compañeros, algunos muy queridos y que formaban parte de nuestra Redacción quedaron en los campos rifeños. Muchos, muchísimos soldados cayeron víctimas de la traición y barbarie morisca. ¿De quién fué la culpa? ¿Pudo preverse la catástrofe? He aquí, a guisa de antecedente, un trozo de la carta que el teniente de Artillería D. Ernesto Nougues escribía a sus tíos desde la posición de Annual el 12 de julio próximo pasado:

«... Ahora estamos en un período estacionario, pues los avances demasiado rápidos, sin consolidar bien lo ocupado, han creado una situación bastante difícil, en este campamento (el más avanzado del territorio) es raro el día que no tenemos que tirar, y como tenemos delante una harka numerosa y hasta organizada, no se puede dar un paso sin la seguridad de quedar bien, pues otro desastre como el de Abarrán sería horroroso. Hemos atravesado por unos días tristísimos, de enorme depresión moral; se desconfiaba de las fuerzas indígenas; se habló de una insurrección del territorio; nos encontrábamos impotentes, faltos de elementos, etc. Sucedió lo que tenía que suceder. Que mientras la cosa iba bien, nadie se preocupó de deficiencias; pero cuando han venido los palos se ha visto que estábamos haciendo equilibrios y eso no puede ser.»

Diez días después de fechada esta carta el nombre del bizarro oficial había de añadirse a la larga lista de mártires de nuestro Ejército en África.

Las posiciones de Melilla

El heroico general Burguete que conoce bien el problema de Melilla, trata en estos términos de la situación de las fuerzas de aquella Comandancia general, antes del desastre.

«La catástrofe de las tropas de Melilla la hubieran sufrido idénticamente las mejores tropas del mejor ejército del mundo. Hubiera resistido momentos más o momentos menos; al fin hubiera sido rota la línea siendo idénticas las circunstancias, como demostraremos.

Fíjese el lector y coja un plano, por el que verá que el sector de ocupación de nuestras tropas era el de la parte de las kábilas de M'Talsa, Tafersit, Beni-Ulixet, Tensaman, Beni-Said. Esto es un cuadrilátero aproximado de 50 por 30 kilómetros de largo; aproximadamente, 1.500 kilómetros cuadrados. Suponiendo, como máximo, que hubiera en este sector 10.000 hombres, estos 10.000 hombres tenían que guarnecer ¡50 posiciones! (véase un plano oficial), ¡sin enlace táctico ni cruce de fuego!, y de estas 50 posiciones, 25 correspondían para guardar el «frente operativo», compuesto por 25 posiciones. Esto es: que hemos de suponer 5.000 hombres para guardar 80 kilómetros de frente, o sea poco más de 50 fusiles por kilómetro, y en todo el sector de 1.500 kilómetros, los otros 5.000 hombres, lo que da una densidad inferior a «cuatro hombres por kilómetro cuadrado»; esto es poco más de lo que corresponde a la guardería de una finca de recreo bien atendida.

Los 50 hombres por kilómetro en el frente se man-



... para dominar de una vez la barbarie rifeña, cuya traidora conducta debe mover la indignación de todos los españoles.

tuvieron durante un mes (desde Abarán) frente a los contingentes, que engrosaban de día en día de las kábilas de Beni-Tusin Gesennaya, El Branes, Senhaja, Beni-Urriaguel y Bocoya, etc., con contingentes fuesen los que fuesen, en números sobrados para arrollar tan débil línea y tela de araña interior, y más si se piensa que ellos ocupaban posiciones más fuertes en la montaña, y si se tiene en cuenta también que la densidad de frente en esta guerra europea ha sobrepasado la cifra de 5.000 hombres por kilómetro lineal de frente. Los mismos 5.000 hombres con que pretendíamos defender nosotros un frente de 80 kilómetros de una avalancha de montañeses del Rif.

¿Para qué vamos a hacer comentarios? Rota por la avalancha esta frágil malla, sus débiles y dispersos fragmentos quedaron en su mayoría bloqueados y sometidos a la tortura de la sed y del hambre y a la amarga consideración de que en Melilla quedaban desamparadas las familias, porque los otros seis mil hombres del total de la guarnición ocupaban aún mayor extensión de territorio en fuertes también dispersos y distantes y en situación igualmente precaria. Los núcleos que pudieron resistir resistieron hasta que agotaron los medios o se les ordenó rendirse; otros núcleos se abrieron paso hasta la frontera francesa, y el núcleo más comprometido y el más compacto, de 1.000 a 1.500 hombres, escribió esa página gloriosa de retirada, sin víveres y sin agua, acosados y diezmados, hasta llegar a 30 kilómetros de la plaza, alcanzando, desfallecidos, Monte Arruit, donde han mostrado el heroico aliento de la raza.

Desde la línea avanzada a la plaza había cerca de ciento treinta kilómetros, como línea única de operaciones y de comunicación, sin cubrir y sin asegurar, y dejando a un flanco un macizo montañoso sistemática, torpe y totalmente desmantelado de apoyos y con la población naturalmente dudosa y empujada a alzarse a instigaciones y amenazas de las harcas.

¿Quién es Abd-el-Krim?

La personalidad del jefe de la jarca Abd-el-Krim, es bastante conocida de nosotros. Como dice el corresponsal de un diario madrileño, el jefe de la jarca es rubio, achaparrado, sanguíneo, de piernas zambas, de rostro redondo, mofletudo y rojizo.

En 1913 acababa de regresar de España. El era abogado, doctorado en Fez. Había llevado a Madrid a su hermano menor para que se hiciera ingeniero civil y mecánico. Con su vocecilla blanda y

apagada, que contrastaba tanto con su cuerpo vigoroso, elogiaba a Madrid, que le había gustado enormemente. Curioso e infatigable, lo había visto totalmente, absolutamente todo, desde lo que ven los «isidros» a lo que visitan los extranjeros cultos recomendados a personalidades literarias y científicas. Después de una «juerga» lo más castiza posible, iba, seriamente grave, al Ateneo, a escuchar una conferencia de

sabio profesor, más o menos aburrido y prolijo...

¿Por qué, apenas surgió la guerra se declaró ardiente germanófilo? ¿Por qué odiaba a Francia? Durante los meses de agosto y septiembre devoraba, más que leía, «El Correo Español». Estaba en el campo a fin de julio, y regresó precipitadamente. Y todas las noches iba a la redacción de «El Telegrama del Rif» a sacar noticias. «¿Están ya en París los germanos?», preguntaba con ansia cuando le decían que después de la batalla del Marne se habían inmortalizado los frentes, se ponía furioso. «¡No ha habido tal batalla del Marne!—decía frenético—. ¡Eso es una invención de los franceses!» Y no había modo de convencerle de lo contrario.

Recorría la región de Alhucemas donde su padre fue siempre respetado, y repetía a los benisabíes beniuirriagueles que su enemigo no era España, sino Francia. Y lo que se fueran con Abd-el-Ma algunos centenares de ellos.

La prisión de Abd-el Krim.

Lyautey, enterado de sus andanzas, reclamó ante Jordana, y una vez en que Abd-el-Krim, tras la ausencia, surgió en el Parque Fernández, le detuvieron y le llevaron a Rostrogordo.

Abd-el-Krim protestaba enérgicamente. No comprendía que España por lo mismo que era neutral, podía permitir que se reclutasen harcas antifrancesas en su zona de influencia. Se abrió una información. Se supo que Abd-el-Krim había recibido dinero e instrucciones de

manes llegados a Melilla a poco de haber comenzado la guerra.

Una noche, Abd-el-Krim pretendió escaparse. Quien dejó abierta su celda. Alguien le dio una cuerda, Abd-el-Krim salió a la terraza, ató la cuerda a un saliente y comenzó a bajar. La cuerda era corta. Cuando llegó al extremo de ella vio que le faltaba para llegar al suelo varios metros. Y se dejó caer. Y se rompió una pierna.

Al ruido acudieron algunos centinelas. Los que esperaban a Abd-el-Krim huyeron. Y Abd-el-Krim fue llevado a la enfermería del fuerte.



Abd-el-Krim, moro que, después de haber vivido muchos años a nuestro lado y bajo nuestro amparo, ahora es el jefe de la jarca que mantiene viva la rebelión en el Rif.

Le curaron, pero quedó cojo. Desde entonces usa un bastón de cayada. Y cuando discute con alguno golpea el piso con su bastón, desahogando así su furia...

Cuando le dieron de alta pidió perdón a Jordana. Juró y perjuró que no volvería a conspirar con Abd-el-Malek. Y le libertaron, y le nombraron cadí de toda (asesor jurídico) de la Oficina Indígena.

En «El Telegrama del Rif» se le quería mucho. Iba todas las noches con su criado y alguno de sus parientes. Y después de hacer el trabajo obligado exponía sus ideas sociales y políticas.

Estaba seguro de que los alemanes ganarían la guerra.

«Ya no les ayudo. Hindenburg se puede pasar sin mí» decía maliciosamente. Y cuando le asegura-

Hoy tocamos las pruebas de su cariño extraordinario...

Traición rifeña.

Aparte de toda la insurrección de gente que nos debe diez años de protección desinteresada y noble, aparte de las defecciones y traiciones inicuas. lo ocurrido en Zeluán, es lección que conviene recordar para nuestro trato futuro con el moro. También es conveniente que quede como enseñanza de que en Marruecos no puede concebirse la capitulación.

Los defensores del pueblo y del aerodromo, se habían refugiado al fin en la Alcazaba bajo el mando del capitán Carrasco.



Melilla es hoy una población moderna y amplia que, confiada en la seguridad que reinaba en el territorio, ha extendido su caserío hasta la misma entrada del barranco del Lobo. En esta fotografía puede apreciarse la importancia de las construcciones que se extienden por fuera de las antiguas murallas.

ban que los aliados eran más numerosos y que acabarían por vencer, se levantaba y, dando grandes golpes en el pavimento con el regatón de su cayada, gritaba, elevando su voz débil todo lo que lo permitía su laringe:

—¡Alemania es la única nación que hay en el mundo, aparte de España! ¡Las demás no sirven para nada! ¡Corrompidas, cobardes, sin buenos gobiernos!... ¡Alemania entrará en París, y en Londres, y en Roma, y en Petrogrado!... ¡Y Marruecos será libre!...

Una vez, dejándose llevar del ardor de la polémica, habló de su concepto del patriotismo.

—Yo quiero un Rif independiente de los Sultanes, con todas sus kábilas confederadas; un Rif que sólo tenga un jefe supremo...

Interrumpióse, y, creyendo que había ido demasiado lejos, añadió:

—Claro que bajo el protectorado de España, de España, tan parecida a nosotros; de España, que todos queremos tanto...

Pasaban los días. Los aviones que iban a Monté Arruit dejaban caer algunos paquetes, pero estos recursos eran insuficientes.

Un día se supo que había negociaciones en Nador. El capitán Carrasco, informado de ellas, pidió tregua.

Intervino Abd-el-Kader. Se convino, como en Nador, que serían entregadas las armas y municiones. Los harqueños se comprometieron solamente a respetar las vidas de los capitulados y a permitir que éstos regresaran sanos y salvos a Melilla.

Se enterró los muertos, se quemó lo que no se podía transportar, aun en el caso improbable de que los moros lo autorizaran, y el miércoles, a las ocho de la mañana, el capitán Carrasco, con los suyos, salió de la Alcazaba.

Todos los capitulados fueron dejando sus fusiles, pistolas, sables y bayonetas en un lugar designado de antemano. Y luego esperaron el permiso para emprender la marcha hacia Nador.

Se había pedido borricos para transportar a los heridos y enfermos, y estos no acababan de llegar...

De pronto, a eso de las nueve, ocurrió algo infame y espantoso. De un grupo de kabileños salió una descarga, y a esta descarga siguió una escena horrible.

Los capitulados huyeron, unos al interior de la Alcazaba, otros por el llano adelante, en dirección a Mar Chica.

Los que se refugiaron en la Alcazaba fueron en su mayoría pasados a cuchillo. El capitán Carrasco cayó acribillado a golpes de gümia. Gritaba: «¡Traidores! ¡Cobardes!»

Los que huyeron hacia Mar Chica fueron perseguidos a caballo. Se les cazaba a tiros, como si fueran reses. Iban cayendo uno tras otro sobre las ardientes arenas, que abrasaba el sol rifeño. Vanamente pedían piedad.

Sólo nueve llegaron, siguiendo la orilla izquierda del casi seco río de Zeluán, a Mar Chica: el teniente Bravo y ocho soldados del regimiento de Caballería de Alcántara.

Se arrojaron al agua. Los moros creyeron que se habían ahogado, y no se ocuparon más de ellos.

Pasaron el día detrás de unas altas dunas de arena. Desde allí veían cómo salían grandes llamas del interior de la Alcazaba y a los grupos de rifeños que pululaban en torno de ella.

Algunos moros galopaban por el llano haciendo «fantasías», corriendo la pólvora, disparando al aire, para demostrar su regocijo...

Cuando fué de noche, Bravo y los ocho soldados se pusieron en marcha con precauciones infinitas. La harca de Nador estaba muy cerca, y algunas de sus avanzadas se aproximaban a la orilla de Mar Chica. Pero pudieron ocultarse de ellas, y a las cuatro de la madrugada del día siguiente, llegaron más muertos que vivos al Atalayón.

Acciones heroicas.

Como siempre, han menudeado las acciones heroicas. Conocido es el bizarro comportamiento del alférez Lazaga, que supo ganarse la laureada, del teniente Vara de Rey, que en su decidida y serena actuación, salvó en brillante retirada las fuerzas de la guarnición de Afraun, la de teniente Flomesta, de Artillería, que después de una jornada gloriosísima habiendo sido hecho preso por los moros que querían curarle para que les enseñase el manejo de los

cañones. Se negó a comer haciendo el sacrificio su vida, antes que tener que utilizarla con perjuicio para la Patria. Por último; el hecho del capitán Benítez, muerto en Igueriben, cuyo comportamiento narra el maestro Ortega Munilla, de la manera siguiente:

Los defensores de Igueriben veían cómo se lograba el propósito de socorrerlos del general Sastre, que no había de tardar mucho en entregar su vida... Aquellos desgraciados pidieron que, de otra posición cercana, rompieran las alambradas a cañonazos, esto es, que los bombardeasen sus propios hermanos. No se podía resistir más. En un momento se arrastraban en el postrer esfuerzo. El último del último convoy, llegado días antes, había

muerto, y los cadáveres, corruptos, flotaban en el aire con los vapores mortales. El benévolo comandante Benítez reunió a todos los oficiales, y de común acuerdo resolvieron consumar su martirio.

El capitán D. Arturo Bulnes entró unos minutos en su tienda, salió vestido con el mejor uniforme — la etiqueta de la muerte —, guardando en el bolsillo de la guerrita dos fotografías: la su familia y la de su mujer con quien iba a contraer matrimonio en breve. Y dijo a los soldados: «El día 7 de Agosto iba a casarme. Adelanto unos días la boda. ¿Reunirnos? Aquí no puede ser;

rá luego, en la otra vida...» Ordenó Bulnes a los muchachos que aún quedaban en pie que se marchasen. Murió el comandante Benítez y luego porcieron todos los oficiales: todos menos uno, por el Bulnes seguía en pie. Era el jefe de la posición.

Se le veía desde lejos, con los prismáticos, manejar su sable, disponiendo la retirada de los soldados. Parecía que no quedaba ya ninguno. Bulnes, enhiesto sobre el parapeto, señaló al enemigo su petate para que disparase sobre él. Las balas le respetaban; pero al fin hubo una *que no podía equivocarse*. Y el héroe desgraciado cayó muerto...

Entre los más salientes episodios, se encuentran referentes al comportamiento del soldado del regimiento de Ceriñola, Gabriel Garriga, natural de Barcelona, que se hallaba a las órdenes del heroico teniente Vara de Rey, en la posición de Afraun.

El bravo soldado cayó herido durante la retirada organizada por el teniente para llegar a la playa. En aquel momento, se aproximaron los botes de cañonero *Laya* y del crucero *Princesa de Asturias* para recoger a la tropa.



En los años de paz que debieran agradecer los rifeños, la tranquilidad del campo y la seguridad de los caminos era absoluta. La guardia civil cumplía, como en España, su benemérita misión...



... y los tribunales de policía indígena asistidos de los jefes de las kábilas ejercían justicia que garantizaba vidas y haciendas.

Ante la magnitud de los hechos, lo mismo en la Península que en el extranjero se suceden los ofrecimientos de los que quieren vindicar el honor nacional en acción directa o inmediata. De Barcelona hay el ofrecimiento de formación de un Tercio de voluntarios catalanes que recuerde el heroico proceder de los que

Los marineros le invitaron a subir a una de las embarcaciones, y Garriga replicó:

—Salvad a otros que no estén heridos. Yo moriré aquí.

En efecto: Garriga era rematado poco después por uno de los feroces harqueños que llegaban para impedir el salvamento de las fuerzas supervivientes de Afrau.

Y cerramos este párrafo rindiendo culto al heroísmo del general Navarro y de los jefes, oficiales y soldados de su columna, cuya retirada constituye una de las páginas más gloriosas de nuestro ejército, y haciendo votos porque cuando este escrito vea la luz hayan podido ser rescatados los restos de situación en que se encuentra en la actualidad ese núcleo de bravos soldados que se defendieron en Monte Arruit.

Patriotismo.

La traición y barbarie rifeña ha impresionado profundamente a todos.

tan justa nombradía alcanzaron en la guerra de 1860.

Muchos de nuestros compatriotas residentes en la perla de las Antillas, y aun bastantes cubanos ligados a España por lazos de recuerdo y de afecto, forman un batallón de voluntarios.

De la República argentina han salido 65 voluntarios para el Tercio de extranjeros, en el que también se han alistado 30 ingleses, presentándose otros muchos con idéntica finalidad en la Embajada de Londres y en nuestras representaciones consulares de otras naciones, y también se tiene noticia del ofrecimiento hecho por gran número de mejicanos y de un patriótico alistamiento realizado en Rio Janeiro.

LOS DEBERES DEL CENTINELA

SUCEDIDO

Cuéntase de Lord Wellington, el famoso general inglés, que supo vencer a Napoleón, la siguiente curiosa anécdota, que pinta como supo esquivar el bizarro general una que pudo ser grave cuestión de ordenanza.

En el palacio de Hampton Court se daba casa a la viuda de cierto oficial muy distinguido y a una linda muchacha, hija suya.

Un día salió ésta a la calle con delantal, y se la ocurrió preguntar al centinela de la puerta qué hora era. El soldado, creyendo habérselas con una criada bonita, la respondió:

—La de besar y media.

Y uniendo la acción a la palabra, dió un beso a la muchacha.

Toda indignada, fué la joven a contar a su madre

lo ocurrido. La madre escribió enseguida una carta al coronel, quejándose de las demasías del soldado, y el coronel, medio en serio, medio en broma, transmitió la queja al comandante en jefe de la fuerza, y éste contestó a la ofendida dama en estos términos: «El feld-mariscal duque de Wellington, al mismo tiempo que deplora lo ocurrido a miss Q., la hace saber que no ha encontrado en las ordenanzas ni en las leyes que atañen al ejército ningún artículo por el que pueda considerarse delito el besar, juzgándolo militarmente. Está prohibido a los centinelas dirigir la palabra a nadie, pero en este caso ha sido miss Q. la que ha empezado la conversación y aunque el centinela la ha respondido de un modo poco corriente, no ha faltado a la disciplina en lo más mínimo».

UN REGALO DE LOS YANQUIS

LO QUE PUEDE Y LO QUE
VALE UN GRAMO DE RADIO

Madame Curie en los Estados Unidos.

Saben nuestros lectores, que el profesor Curie, fué el sabio que consiguió aislar por primera vez el radio, presentándonos este valioso elemento, en todo su poder, que es casi omnipotente.

La esposa del gran hombre, María Sklodovoska Curie, mujer de gran cultura científica, fué su colaboradora en el trascendental descubrimiento, y en la actualidad, es en París, la Directora del Laboratorio de su nombre.

Recientemente, por iniciativa de una admiradora norteamericana, ha recibido un homenaje tan original como positivo, consistente en un gramo de radio, que ha costado 250.000 dólares y ha sido comprado por suscripción entre las mujeres norteamericanas.

Para recibir tan valiosa «joya», Madame Curie, se trasladó a Washington, y en la Casa Blanca, en presencia del Cuerpo diplomático y de personalidades científicas, le fué entregado por el Presidente Harding el gramo de radio.

El «equipaje» de un gramo de radio.

El precioso metal, estaba distribuido en diez tubos, conteniendo cada uno cien miligramos. Estos tubos, descansaban en los diez compartimientos de una caja redonda construida con plomo y acero y que pesa ciento veinticinco libras, lo que va dentro de otra caja de acero, depositada a su vez dentro de un cofre de madera.

La cubierta de esta caja lleva la siguiente inscripción: «Ofrecida por el Presidente de los Estados Unidos en nombre de las mujeres de América a Madame Marie Sklodovoska Curie, en reconocimiento a los trascendentales servicios prestados a la Ciencia y a la Humanidad».

Poder destructor de esta terrible maravilla.

Para apreciar en su justo valor la terrible maravilla, que trae a Europa en su equipaje madame Cu-

rie, hay que recordar alguna de sus particularidades.

El radio es el más poderoso agente de destrucción y al propio tiempo la sustancia más utilísima de la creación.

El profesor Gustavo Le Bon, de París, hizo experimentos con dicha sustancia y con las ondas hertzianas, para averiguar la permeabilidad de distintos cuerpos a sus emanaciones. Las ondas hertzianas llegaron hasta atravesar un muro de piedra de metro y medio de espesor; los rayos de radio no sólo lo atravesaron sino que lo deshacían separando las piedras unas de otras.

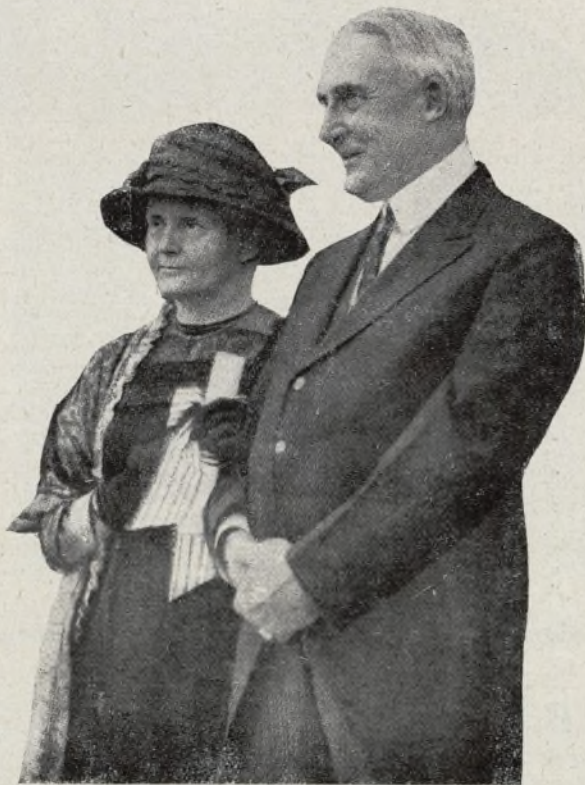
Si estos rayos tropiezan con una superficie metálica tal como el blindaje de un acorazado, dicha superficie empieza a despedir chispas eléctricas; sólo la metálica que los cruceros usan contra los torpedos, basta para crear en un barco, al contacto del rayo de radio, una atmósfera de chispas que harían explotar la santibábara y carbonizarla en el acto a la tripulación. Las radiaciones dirigidas en ondas paralelas podrían penetrar los más sólidos edificios, las fortalezas, los polvorines, los arsenales, destruyéndolo todo a su paso, reduciendo escombros los más sólidos edificios.

No hay nada que pueda resistir el empuje

esos millones de millones de partículas, chocando contra cada átomo del objeto hacia el cual se dirigen.

Las batallas del porvenir.

En vez de reñir con fusiles y cañones, en las guerras futuras tal vez se riña con rayos que disuelvan y deshagan cuanto toquen, como el rayo de calor que en «La guerra de los mundos» del novelista Wells, envían los marcianos contra la tierra. La cosa no es sólo verosímil, sino posible, y si el radio no se emplea todavía en la guerra, es sólo por escasez y carestía; pero como quiera que cada día se descubren nuevas fuentes—digámoslo así—de



Mr. Harding, Presidente de los Estados Unidos, muestra su amistad a Madme. Curie, llevándola de su brazo en la fiesta celebrada para ofrecerle el soberbio regalo de un gramo de radio.

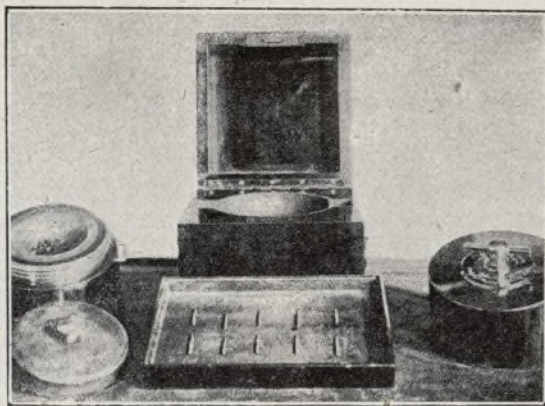
dicho elemento y nuevos métodos para obtenerlo, nada de extraño tendrá que esta dificultad desaparezca en breve. La humanidad poseerá entonces el arma más terrible que pueda conocerse.

No es fantasía: con un rayo de radio, desde la cabina de un aeroplano, un solo hombre podría destruir una ciudad...

Pero no todo han de ser horrores...

Junto a sus cualidades destructivas, el radio, también puede presentar sus títulos que le acreditan de bienhechor de la humanidad. Conocidas son sus aplicaciones en Medicina: se le atribuye hasta la propiedad de prolongar la vida.

Un sabio de Chicago, el Dr. Bailey, ha sometido algunas mariposas a radiaciones suaves de la paradójica substancia, y se ha encontrado con que aquéllas vivían tres veces más tiempo que las de sumisma especie no sujetas al tratamiento. Ello es debido a un retardo de la degeneración de los tejidos, y por tanto, en las mismas condiciones, la especie humana experimentaría los mismos efectos, siendo entonces cosa fácil llegar a los doscientos años. De donde resulta que el problema de la longevidad está a punto de resolverse.



El gramo de radio, ofrecido por el Presidente de los Estados Unidos a Madame Curie, ha sido encerrado en estos diez tubos, los cuales encierran en una caja cilíndrica de plomo y acero, de gruesas paredes, la que a su vez se guarda en una caja de madera.

El futuro alumbrado público.

Otra propiedad del radio, es dar luz sin gastarse nunca. Tal vez no pasará mucho tiempo sin que el alumbrado público de las grandes capitales, deje de ser un renglón tan costoso en los presupuestos municipales: con el empleo del radio, no hay que recurrir ni a la incautación de fábricas, ni al alumbrado supletorio, costado por los dueños de fincas como ocurre en Madrid.

Para ello, bastaría pintar exteriormente los edificios con algún compuesto a base de óxido de urano, que es la substancia en que se encuentra el radio, y durante la noche, las fachadas emitirían una luz blanca, suave e igual, que haría inútiles el gas y los arcos voltaicos.

En la calle de Alcalá, por ejemplo, bastaría someter a este luminoso jalbegue los grandes edificios, el Banco, la Equitativa, los ministerios, los clubs, para que a media noche se viese tan claro como en pleno día...

Aunque, en confianza, lector: para lo que se vé a todas horas en la calle de Alcalá, más vale estar a oscuras.

EL CAUDILLO

A la memoria inmortal del general Fernández Silvestre.

*¡Era el Caudillo! Su cabeza erguida
resplandor de victoria aureolaba,
y a su paso la Patria se inclinaba,
de orgullo y de entusiasmo estremecida.*

*Era el soldado que, con fe atrevida,
la muerte y la traición desafiaba,
y cuando arteramente le acechaba
por el honor sacrificó la vida.*

*¡Repose en paz tu espíritu, oh soldado!
La patria, que mil veces has honrado,
no hará infecunda tu postrer hazaña;
porque a través del tiempo y de la Historia
tu nombre será siempre un símbolo de gloria,
siempre bendito, para honor de España,*

PILAR ZAMORA

"LA PIEDRA DE LAS RUINAS"

En Francia, después del desbordamiento de alegría por la terminación de la guerra, viendo como acudían turistas a montones de todas las partes del mundo para visitar los departamentos que sufrieron las consecuencias de la lucha, cayeron en la cuenta de que aquello era explotable, y si bien muchos lugares han sido reconstruidos, los que más padecieron continúan en la misma forma en que los dejaron los alemanes, y es fuente de ingreso, de pingües ingresos, que llenan las arcas del Estado, de los Municipios y los bolsillos de muchos particulares.

Es evidente que los extranjeros no encuentran el cuadro completo, pues falta lo más esencial: los soldados en las trincheras, y, sobre todo, las granadas explotando en el aire o haciendo profundos hoyos en el suelo. No suena el repiqueteo de las ametralladoras ni el pitido agudo de las balas de fusil; pero, esta claro, que esta salsa que le falta no sería del agrado de los pacíficos turistas y no hubieran invadido el suelo francés en busca de una emoción que pudiéramos llamar fría, por clasificarla de alguna manera. Nos hace el efecto del que aspira el remoto olor de un frasco que hace mucho tiempo tuvo un perfume.

A todos los que explotan este turismo los ha ganado M. Manuel Bourcier, Secretario de la Asociación de escritores combatientes y miembro de la Comisión de festejos, con motivo del nuevo emplazamiento de la estatua ecuestre de Juana de Arco, que vuelve otra vez a sus patrios lares, de donde fué quitada por los alemanes.



Reims, de todos sabido, está completamente destruida; su famosísima catedral es un montón de combros y sus piedras yacen esparcidas y destrozadas por los cañones alemanes. Pues bien, M. Bourcier ha hecho un gran acopio de estas venerandas reliquias, y, convenientemente talladas las piedras adornadas con un bajo relieve en plomo, que representa a la heroína y santa, cuyo boceto es original del escultor M. Adrián Sénéchal, ha propuesto venderlas a un precio módico y asequible a todas las clases sociales, y sufragar de este modo los gastos que originen los festejos.

Pero su espíritu práctico va más allá, y no sólo los de Reims y en general todos los franceses podrán ser poseedores de la preciada reliquia, sino también todo el mundo, pues han señalado el precio de 5 francos para la nación; un dólar, para los americanos, y un duro, para los españoles.

La *Piedra de las Ruinas* es un simbólico recuerdo de los martirios sufridos por los habitantes de Reims en los trágicos días de la gran guerra.

El grabado que acompaña a estas líneas demuestra la *Piedra de las Ruinas*, cuyas dimensiones son de diez centímetros y medio de largo, por seis y medio de ancho y dos de grueso.

No sólo ha acordado la Comisión que el producto de la venta sea para las fiestas proyectadas, sino que la mayor parte del dinero que se recaude se destinará a la edificación de casas para obreros; de esta manera la *Piedra de las Ruinas* servirá para reconstruir en parte la ciudad destruida.

DESPUÉS DE LOS EXÁMENES

Ricardo, apenas descansó aquella noche. El breve rato en que pudo conciliar el sueño, le sirvió más de pesadumbre que de alivio a sus fatigados miembros y exaltada imaginación. Soñó que un inmenso y pertinaz aguacero, calaba el baúl, mojaba el flamante equipo, ennegrecía las brillantes espuelas y dejaba lacias las blanquísimas y tiesas plumas de la gala del chacó.

Pero afortunadamente, era un sueño, si señor, un sueño. El equipo completo estaba allí, en su mismo cuarto, distribuido en la percha, sobre las sillas, encima de otra cama vacía.

¡Qué feliz se sentía Ricardito! De repente, creyó ver sobre la manga de la guerrera una ligera mancha negra. ¡Jesús que disgustol... no, no era mancha, era una mosca. Ricardo, en paños menores, iba de un lado para otro, todo lo miraba, lo pal-

paba. Por fin, era del Arma, por fin, era de Caballería: ¡qué feliz se conceptuaba; y qué semejanza tan grande entre aquél novato y la novia que contempla sus galas la víspera de la boda!

Algunas preguntas llenas de sencillez y de ingenuidad, hechas por amigos y parientes, molestaban al novato.

—Oye, Ricardo, ¿para qué sirve esto? Y la hermanita, encantada con la cartuchera de gala, declaraba gravemente que parecía un precioso estuche para sedas y labores.

El tío Antonio examinaba las charoladas botas de montar, haciendo reflexiones sobre su tiesura, calor insostenible que darian, y, sobre todo, la imposibilidad de rascarse las pantorrillas.

El tío Antonio alargó a Ricardo las llamadas *medias botas*. Sentía el hombre impaciencia por ver

aquello puesto. Ricardo se las puso al revés. Pronto se dieron cuenta de que aquello estaba mal, y tirando, en aunado esfuerzo, se las sacaron a viva fuerza, entre risas de Paquita, exclamaciones de Antonio y calambres de Ricardo, que se sujetaba a los hierros de la cama para no caer al suelo.

—Chico, chico, declaró Paquita, vaya un trabajo para el asistente.

Los tubos fueron, al fin colocados como Dios manda y la ordenanza previene, no sin una postrema discusión sobre el lado hacia donde habían de caer las hebillas. El amigo Juan, que tenía las es-

puelas largo rato en la mano, declaró orgulloso que deseaba tener el honor de calzárselas, y arrodillándose *ad hoc*, se las puso del revés, con la misma gracia y satisfacción de un asistente primerizo. Ricardo se puso de pie, abrochó el cal-



En la mula, prestada por el veterinario, pasea montado, en traje de gala, las calles de la modesta aldea.

zón, dirigió una mirada amorosa a las blancas franjas que perfilaban sus piernas y al sentir sobre sus pantorrillas la dureza de la media bota y oír en sus tacones el tintineo de las espuelas, hizo firme propósito de montar en breve el caballo del oficial de la guardia civil del puesto, o en su defecto cualquier otro, con tal que fuese caballo, sin excluir en caso desesperado, una mula para dar una vuelta al patio de la casa. Al encontrarla, prestada por el veterinario, no se limita a salir al patio; pasea montado, en traje de gala, las calles de la modesta aldea.

Ricardo, vestido de gala, sudaba brutalmente bajo el grueso paño, pero su satisfacción y orgullo, le hacían sentirse bien, apesar de aquellos rigores del clima. El desayuno lo tomó bajo la protección de nueve servilletas, y aun parecieron pocas a los parientes y amigos. La madre se embelesaba contem-

plando sobre la frente del chico aquel pequeño surtidor de plumas blancas; la bandolera le daba aspecto regio. El sable chocaba ruidosamente con muebles y objetos, las espuelas se enganchaban unas con otras y al fin, la comitiva se puso en marcha, llevando al novato en medio, entre la admiración de los transeúntes del pequeño pueño y la desesperación de Ricardo, que no encontraba jefe u oficial a quien dedicar un primero y gallardo saludo militar.

La espuela derecha, que bailaba en el pie de Ricardo, salió disparada de su sitio, yendo a posarse sobre un pequeño montículo, cuyo aroma no era de ambar precisamente. El amigo Juan, se apresuró a recogerla. Ricardo exclamó: ¡que mala pata! ¡es depresiva esta suciedad del pueblo! Es de buey, dijo Juan limpiando con su pañuelo. Yo tengo la culpa porque fui quien te las puse. Ahora caigo en que van del revés.

A pesar del calor, Ricardito se negó en absoluto a desnudarse y cuando por la tarde se presentó ante Conchita, la adorada de su corazón, faltó poco para que se abrazaran.

Las amigas de Conchita sentían la tenaza de la envidia. ¡Cuánto darían por quitárselo! el único militar del pueblo. ¡Ellas que deliraban por un militar! ¡Y qué bonito era el uniforme!

Las ingenuas y sencillas chicas le abrumaban a preguntas. Ricardo se *colaba* en lo referente a milicia de una manera prodigiosa. ¿Montarán ustedes mucho a caballo, verdad Ricardo? ¡Jesús que miedo!

En nosotros es costumbre - que pasa desapercibido - replicaba Ricardo con displicencia, y aseguro a usted que en breve comenzaremos en la Academia una doma de potros completamente salvajes. Conchita expresaba serios temores, pero el novato tranquiliza dando exigua importancia a las caídas que eran familiares para ellos.

Cuando al atardecer se despedían los novatos aparte del grupo, él la juró quererla hasta la muerte, casarse al alborar de la estrella... de alférez Concha que se lo comía con la vista, le alargó una rosa efusivamente besada y separada de su pecho con mano temblorosa por la alegría.

Ricardo sintióse Capitán general con mano apenas probó bocado de la cena y cuando a solas en su cuarto se dispuso a dormir, miróse y remiróse de nuevo ante el espejo, guardó loco de alegría la rosa de Conchita, depositándola en el Algebrá por la parte que da a la formación de la tabla Logaritmos, y considerando que no podía dormir con el uniforme puesto se despojó de la guerrera; no tuvo valor para quitarse las espuelas y medallas. Eran los atributos del jinete, el distintivo de arma, su sueño dorado, y quiso dormir con ellos.

¡Cuántas veces desearía después, dormir a pie descalzo, sin que los tubos le *ciñeran la ebúrnea pezuña*!

Aurelio Matilla

LA ALIMENTACIÓN DEL SOLDADO

El azúcar es un alimento maravilloso y eminentemente muscular, es decir, muy útil para la producción de movimiento.

Un médico militar francés, el Dr. Joly, fué quien introdujo el azúcar en la ración que durante las maniobras se da a los soldados de infantería, en las siguientes condiciones:

Dos compañías, elegidas al azar, han podido consumir durante veinte días una dosis diaria de 60 a 165 gramos, sin que hubiera ningún trastorno gástrico, ni diese el organismo señal alguna de intolerancia.

Se ha logrado reemplazar todos los días 100 gramos de carne fresca por 120 de azúcar sin que los soldados se apercibieran de la reducción sufrida

en la carne, aceptando, en cambio, el suplemento de azúcar con verdadero placer, y bajo la forma de bebidas azucaradas: café, vino o agua.

La sustitución de 100 gramos de carne por 120 de azúcar ha dado por resultado: 1.º, mejorar las condiciones fisiológicas del hombre sometido a trabajo muscular, obrando sobre el número de latidos cardíacos, el ritmo respiratorio y el peso del cuerpo; 2.º, aumentar, en una proporción notable, su resistencia física y disminuir, hasta el mínimo, el número de los soldados inútiles.

Especialmente, la alimentación sucra se ha manifestado como un excelente preventivo contra accidentes ocasionados por el calor y la fatiga, las marchas y maniobras.

EN EL PAÍS DE LOS BUBIS

EL CASTIGO DE LA ESPURIA

La casa, construida de calabó y bambú, donde vivía nuestro amigo Enrique con su querida, una mujer bubi, hallábase enclavada en el paseo de los Mangos, ya casi en el límite de la población. Aquel año tuvo Enrique que hacer un viaje a España. La bubi quedó sola. Era la única mujer que viniendo del bosque se había atrevido a romper con la costumbre y la moral establecidas por sus leyes.

Cuando los indígenas de su *besé* venían a la capital y pasaban cerca de la casita de la espuria, defendida por el hombre blanco, miraban torvamente, apretando los puños, y en voz baja pronunciaban unas frases terribles.

Quince días llevaba Enrique fuera de Santa Isabel. La bubi quedó hecha dueña absoluta de la vivienda, en unión de una muchachita de Corisco

que le servía de doncella y de criada. La bubi vestía ya como una mujer europea. Peinábale con el cuidado y el arte de una mujer de Sierra Leona y usaba botas pomposas, con grandes lazos de colores. Todos los domingos iba a oír misa a la iglesia católica. Era sencilla, infantil, ingenua. Enrique había conseguido el raro prodigio de reunir en una sola hembra a la esclava y a la amante.

Desde la marcha de Enrique, la bubi y su criada se recogían muy temprano. A las nueve de la noche cerraban las puertas y las ventanas y se disponían a recuperar sus fuerzas con el descanso.

Silbaba el viento como una culebra enloquecida. El techo de bambú se bamboleaba sobre sus travi-

El distinguido literato José Mas ha reunido en un libro curioso y extraordinario sus recuerdos de una visita a Fernando Poo. He aquí una de sus brillantes narraciones, que pinta de mano maestra costumbres de aquel país poco conocido.

sas como frágil embarcación en un mar embravecido. Temblaban las débiles paredes de calabó, y las puertas y las ventanas parecían zarandearlas garras monstruosas. De vez en cuando un relámpago iluminaba las junturas de las tablas, como si la casita estuviese sitiada por el fuego.

La bubi se cubrió la cabeza con las ropas del lecho para no ver el resplandor de los relámpagos. Súbitamente sintió como unas manos frías y mojadas que se adherían fuertemente a sus brazos y otras que le aprisionan las piernas, inpidiéndola todo movimiento.

Quiso gritar pidiendo auxilio, pero entonces recibió un terrible golpe en el cerebro y se desplomó desvanecida.

La luz del sol temblaba en las palmeras, en las ceibas y en las hojas anchas de los platanos. De tarde en tarde rompía el azul intenso del cielo la nota roja y cenicienta de una bandada de loros. Revoloteaban los colibríes entre



Súbitamente sintió como unas manos frías y mojadas que se adherían fuertemente a sus brazos.

las copas jugosas de los papayeros, y todo el paisaje palpitaba de vida.

Un *besé* misérrimo extendía sus chozas de bambú en un claro del bosque. Los habitantes del poblado estaban reunidos en una especie de plazoletila circular. En el centro, tirada en el suelo, con los brazos y las piernas amarrados bárbaramente con bejucos, hallabase la bubi. Su cuerpo inmóvil, en completa desnudez, brillaba a la luz del sol como una estatua de piedra negra. Cerca, el viejo fetichero dirigía la palabra a los indígenas congregados. En primer término se veía al *botuco*, un hombre fuerte

y alto, cubierto con un sombrero de plumas de faisanes y con sus piernas, brazos y cintura llenos de collares y pulseras. Este hombre tenía una expresión terrible de salvajismo, y mientras hablaba el fetichero, en sus ojos encendiábanse luces diabólicas. En torno de él se agrupaban quince o veinte mujeres.

La víctima dirigía al cielo su mirada candorosa e infantil.

El fetichero continuaba hablando. Todos asentían con movimiento de cabeza y lanzaban chillidos agudos y penetrantes.

La bubi seguía en el suelo, quieta, tranquila, sin quejarse.

El fetichero calló un momento. Después dijo algo terrible. Todos gritaron como enloquecidos de alegría. El *botuco* aprobó la sentencia dando un gran golpe sobre el suelo con su larga vara, adornada de abalorios.

En el cuerpo de la bubi hubo un estremecimiento, como si un frío súbito invadiese sus miembros. Y la piel aterciopelada tenía reflejos de azabache sobre la tierra ocre de la plazuela.

Una vieja de apergaminado rostro, con el pelo teñido con barro, y enseñando sus pechos flácidos y aplastados, se acercó a la víctima y la escupió con rabia. Otra vieja se aproximó, y con un palo largo y puntiagudo la pinchó en el seno. Por la piel desgarrada del pecho duro y lleno fluía la sangre en hilillos rojos.

Luego todos danzaron al rededor de la mujer vencida, dando fuertes golpes en el suelo con los pies, como si llamasen a un ser invisible que tuviese su reino sombrío y misterioso en las entrañas de la tierra.

A una señal del *botuco*, se detuvieron los bailarines. Entonces, dos hombres de los más fornidos cogieron el cuerpo de la víctima, y dirigidos por el fetichero, que habría la marcha, internáronse en el bosque. Detrás iban todos los que componían el *besé*: hombres mujeres y niños.

La luz del sol fué menos viva. Las ceibas y las palmeras formaban un toldo verdoso, que defendía del calor y amortiguaba la intensa claridad de la tarde africana.

Al pie de un cocotero dejaron los conductores el cuerpo ensangrentado de la espuria. A una nueva orden del *botuco*, estos hombres con barras de hierro muy afiladas por la punta, empazaron a cavar en la tierra endurecida. Pronto sus espaldas, cubiertas de sudor, espejearon como untadas por un líquido aceitoso. A medida que ahondaban en la tierra, los gritos del gentío aumentaban, y una alegría feroz se iba dibujando en todos los rostros.

La víctima dirigió sus ojos negros y dulces hacia los cavadores. Después dió un alarido angustioso, como si la visión de su próximo y cruel suplicio la sumiera en un terror indescriptible. Al grito, una vieja cercana al cuerpo de la víctima la pisoteó los pechos, que con la brutal presión estuvieron a punto de estallar como globos demasiado llenos.

El hoyo seguía aumentando de profundidad. Tenía ya la forma de un atadido puesto en pie. El fetichero midió con su vista la distancia y ordenó que suspendieran la tarea. Cerca de aquel agujero

la tierra sacada formaba rojizos montículos. En la atmósfera había zumbidos de insectos. Oíase de cuando en cuando el canto de un filicotoy y el graznido de unos cuervos.

El gentío congregado en el claro del bosque empezó nuevamente a vociferar. Las mujeres seguían dirigiendo amenazas a la pobre bubi que había cometido la imprudencia de burlar las leyes dictadas por sus *botucos*.

Y reían bestialmente al ver cercano el castigo. La falta era tan grave, que había necesidad de duplicar la pena. El fetichero sonreía también, seguro de que ninguna mujer que contemplara el castigo impuesto a la espuria se atrevería a imitarla.

A una orden del fetichero, la víctima fué conducida al borde del hoyo. La pobre mujer no había vuelto aún en sí. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Se los abrieron con fuerza. El brazo derecho quedó sobre la tierra rígido y quieto, como una serpiente dormida. La mano, cerrada, parecía la cabeza del terrible reptil. Entonces un bubi de piel azabachada se adelantó hacia la víctima blandiendo una hacha.

Fué un instante terrible, monstruoso. La hacha cruel hoja relampagueó en el aire y rápidamente se hundió en la muñeca de la mujer. Hubo un crujido trágico. El hacha quedó clavada en la tierra. Y un pitagajo sanguinolento había saltado a unos cinco o seis metros de distancia, como una cosa viva: era la mano amputada de la bubi. Al caer aún se estremecían y se agarrotaban los dedos, como si quisieran apretarse y clavarse en la garganta del inhumano ejecutor.

Al recibir el golpe cruel y brutal, la víctima cayó en todo el bosque, e hizo un esfuerzo para levantarse; pero agotadas sus últimas energías cayó pesadamente al suelo, donde quedó inmóvil. Del brazo derecho, por el muñón, que mostraba en la herida una sangre fresca fluía a borbotones, empapando la tierra.

Un curandero se aproximó. Dentro de una hoja de plátano llevaba un cocimiento de hierbas. Aquello, emplasto lo aplicó sobre la herida. Después la cubrió por completo con la hoja, atándolo al muñón con bejucos.

Y todos danzaron de nuevo en torno de la víctima, que seguía aún sin dar señales de vida.

Quando volvió a recuperar el dominio de sus facultades le parecía sentir un peso enorme; pero, acaso extraño, no le producía la sensación de una carga que gravitase sobre algunas partes de su cuerpo. No, la sensación de peso era por igual: en las espaldas, en el costado, en el pecho, en la cintura, en las piernas. Y era de tal naturaleza, que impedía hacer el menor movimiento, aunque intentó en un supremo esfuerzo agitar los brazos y las piernas. Todo inútil. El corazón latía aceleradamente y las venas se le hinchaban como si no pudiesen contener la abundancia de sangre que corría por ellas. ¿Qué era aquello? ¿Podía existir un dolor tan angustioso? Hasta el aire le iba faltando para respirar. Y a pesar de todo, seguía hundiéndose empujada bárbaramente como por un diabólico

En torno que apretase al mismo tiempo y con idéntica fuerza por arriba, por abajo y por los lados. Pesaban los párpados como si fuesen de plomo. No obstante reuniendo todas las energías, pudo abrir los ojos, y el espanto se reflejó en la negrura mate de sus pupilas: estaba enterrada en el suelo y únicamente le habían dejado al aire la cabeza. Parecía una planta monstruosa que empezara a germinar bajo un sol ardiente. ¡Que horror! Enterrada viva, oprimido su cuerpo por la tierra hostil, que le servía de presión y de mortaja, sin poder moverse, pero viendo con la impotencia de un pájaro herido en las alas el cielo azul, las ramas frondosas de los árboles, el claro del bosque y el lejano rumor de las aguas de un río. ¡Infames! Escribía allí sola, abandonada por todos los del pueblo, en brazos del destino cruel y fatal. Del suelo, que casi tocaba con la boca, se abría para poder respirar con menos angustia, subía un fanal vaho cálido y acre. Una sed horrible empezó a martirizarla. Unos gruesos lagrimones saltaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. La lengua, seca, iba recogiendo aquellas gotas saladas antes de que cayeran al suelo; pero esto, en vez de calmar su horrible sed, unía a la mas intensa.

En las sienes sentía un martilleo incesante, que le nublabla su vista. Se le hinchaban las venas del cuello, y en el cristal lechoso de las pupilas empezaron a surgir vetas de sangre. A diez pasos de distancia, sobre la tierra removida, se distinguía como una piltrafa negra y roja al mismo tiempo: era la mano amputada de la espuria. Súbitamente rompiendo el silencio misterioso del bosque, se oyó claro y limpio el graznido de los cuervos. Hubo un temblor en la frondosidad de la arboleda. Y revoloteando trágicamente se abatió sobre la tierra un cuervo siniestro, de ojos fríos y acerados y de un pico largo y fino como un estilete. Dando saltos grotescos se acercó a la mano, puesta allí como cebo para atraer a las aves de rapina. Pronto temblaron las ramas de otros árboles y hubo un revoloteo fatídico.

El banquete empezaba. Se oían graznidos de satisfacción, de ira, de lucha. De pronto sintióse en el bosque como si se hubiese desgajado la rama de un árbol corpulento, y con una rapidez increíble cruzó el espacio un buitre, cayendo entre los cuervos, que se desbandaron momentáneamente. Su pico corvo apresó la piltrafa negra y roja. Después se elevó a los aires. La mano, en el espacio llevada por el ave siniestra y destacándose sobre el cielo azul, oscilaba trágicamente, como despidiéndose de la víctima, que había cerrado los ojos, enloquecida de terror.



Revoloteando trágicamente se abatíó sobre la tierra un cuervo siniestro. El banquete comenzaba...

ellos había despertado su insaciable voracidad. Otro cuervo, más audaz, se acercó a la cabeza de la espuria y sació su furia en los ojos de la víctima. La pobre mujer ya no gritó. Toda la bandada de cuervos avanzó entonces como una horda de bárbaros sobre la ciudad que acababa de entregarse después de un largo asedio. Ya no se veía más que una mancha negra, erizada de alas, de garras y de picos, que se movía continuamente, lanzando reflejos azulinos.

Un fruto maduro caído de un papayero dispersó otra vez a la bandada de estas aves fatídicas. Entonces, a la clara luz de la tarde, se destacó del suelo la cabeza de la espuria, acribillada a picotazos, informe, horripilante de purpúreos tonos, que el sol hacía brillar siniestramente, como un enorme rubí de satánicas facetas.

JOSÉ MAS

LA TRANSTIBERINA

DE ALFONSO DAUDET

El estreno acababa de concluir. Mientras que el público, de diversas maneras impresionado, se precipitaba hacia la calle, ondulando a la luz del gas del gran vestíbulo del teatro, algunos amigos, entre los cuales estaba yo, esperaban al poeta a la puerta del escenario para felicitarle. Su obra no había tenido, sin embargo, grande éxito. Demasiado difícil para la imaginación tímida y vulgar del público de ahora, se salía del cuadro de la escena, ese límite de los convencionalismos y de las libertades permitidas. La crítica pedante había dicho: «¡Esto no es teatro...!» y los guasones del boulevard se vengaban de la emoción que acababan de producirles aquellos magníficos versos, diciendo: «¡Esto no dará un cuarto...!»

Nosotros estábamos orgullosos de aquel amigo, que se había atrevido a hacer sonar, zumbando sus bellísimos versos de oro, todo el enjambre de su colmena, alrededor del ficticio sol

de la araña, y a presentar personajes del natural, sin importarle la óptica del teatro moderno, ni los turbios cristales de los gemelos, ni los malos ojos.

Entre los maquinistas, los bomberos, los coristas arropados con sus bufandas, el poeta se acercó a nosotros, encorvando su elevada estatura, y levantando el cuello del gabán para resguardarse del frío, y abrigar su pobre barba y sus cabellos ya grises. Tenía el aspecto triste. Los aplausos de los alabarderos y de los literatos, relegados a un rincón del teatro, le precedían un número muy limitado de representaciones, los espectadores escogidos y escasos, el cartel pronto variado, sin dejar tiempo a su nombre para imponerse. Cuando se ha trabajado durante veinte años, cuando se está en plena madurez de talento y de edad, esa resistencia del público a comprenderle a uno, tiene algo de abru-

mador y desesperante. Se acaba por decir: «Tal vez tengan razón.» Se tiene miedo; ya no se sabe pensar... Nuestras aclamaciones, nuestros apretos de mano entusiásticos, le confortaron un poco. «¿De veras creéis...? ¿Conque resulta bien...? La verdad es que he hecho todo cuanto he podido con mis manos, ardorosas por la fiebre, se agarran a nuestras con inquietud; sus ojos, arrasados en grimas, buscaban una mirada sincera y tranquilizadora. Era como la angustia suplicante del enfermo preguntando al médico: «¿No es verdad que voy a moriré?» ¡No, poeta, no morirás. Las operaciones y las pautas con sus mímicas al alcance de la centena, sacando de repentinamente escenas llenas de oro; los millares de moscos expectantes, se adelantaban olvidando el bien pronto, se adelantaban volando. Por cada mientra porqué que tu obra será si en el cuadro prejuvenca viva... Nuestras Mientra toda en la ace Santa desierta de la her tábamos de ¡Ah hortando un rayo reanimado azul Tiber dolo, se o cuadr una v cuadr menta instal lo últi tida e somb do so maba la fría infeliz ta, irr gros, vaban de ter tranq la señ a bofo resist



Un día vió a aquella hermosa italiana con los pies desnudos en la arena... Sus ojos profundos, pensativos, deslumbraron al artista...

energica de contralto, con marcado acento italiano. —¡Eh! artista; basta de poesía... Vamos a comer los del guisado.

Al mismo tiempo; una señora gorda, envuelta en una nube y en un mantón de cuadros encarnado cogió del brazo a nuestro amigo con un movimiento tan brutal, tan despótico, que se notó en seguida en su fisonomía y en su actitud, la turbación que causaba.

—Mi mujer—nos dijo; y volviéndose hacia ella con una sonrisa de vacilación:

—¿Les convidamos para que vean cómo hacemos el estofado?

Halagada en su amor propio de cocinera, la italiana consintió bastante graciosamente en recibirnos, y nos marchamos cinco o seis con ellos para ir a comer carne estofada allá en las alturas de Montmartre, donde vivían.

Confieso que sentí cierto deseo de conocer la casa de aquel artista. Nuestro amigo vivía, desde que se casó, muy retirado, y casi siempre en el campo; pero lo que yo conocía de su vida despertaba mi curiosidad. Hacía quince años, cuando estaba en todo el fervor de una imaginación romántica, había conocido en los alrededores de Roma a una arrogante joven, de quien se enamoró perdidamente. María Asunción vivía con su padre y toda una nidada de hermanos y de hermanas en una de aquellas casitas del Transtevere, que tienen los cimientos metidos en el Tíber, y una lancha de pescar, vieja, amarrada a las tapias. Un día vió a aquella hermosa italiana con los pies desnudos en la arena, con su saya encarnada de estrechos pliegues, con las mangas del corpiño remangadas hasta los hombros, sacando anguilas de una red. Las escamas relucientes entre las mallas llenas de agua; el río que parecía de oro; la saya encarnada; aquellos hermosos ojos negros, profundos, pensativos, que contrastaban con la radiante luz que todo lo rodeaba, deslumbraron al artista, acaso de una manera algo vulgar, como si fuese la estampa de un libro vista en el escaparate de un editor de música.

Por casualidad la muchacha tenía el corazón libre, porque no había amado todavía más que a un gato regalón y rubio, gran pescador de anguilas también, al cual se le erizaba el pelo cuando alguien se acercaba a su ama.

Nuestro enamorado consiguió apoderarse de toda aquella gente, animales y personas; se casó en Santa María del Transtevere, y se trajo a Francia a la hermosa Asunción y a su *gato*...

¡Ah, *povero!* Lo que debió traerle también fué un rayo de sol de aquella tierra, un pedazo de cielo azul, la excentricidad del traje y las aguas del Tíber, y las grandes redes del *Ponte Rotto*: todo el cuadro con la imagen! Entonces no hubiera experimentado la terrible desilusión que sufrió cuando, instalado el matrimonio en un piso cuarto, allá en el último de Montmartre, vió a su bella italiana metida en un vestido de volantes, adornada con un sombrero parisiense, el cual, siempre mal equilibrado sobre el edificio de sus abundantes trenzas, tomaba actitudes completamente independientes. A la fría y terrible claridad de los cielos de París, el infeliz advirtió bien pronto que su mujer era tonta, irremisiblemente tonta. Sus hermosos ojos negros, perdidos en contemplaciones infinitas, no llevaban ni un sólo pensamiento en sus ondulaciones de terciopelo. Reflejaban, como los de un animal, la tranquilidad de la digestión, y nada más. Además, la señora era grosera, rústica, habituada a manejar a bofetadas a toda la gente de su cabaña, y la menor resistencia le producía terribles accesos de cólera.



Timidamente, se inclinó a mi oído:
—Di que has sido tú—murmuró.

¿Quién hubiera dicho que aquella boca deliciosa, contraída cuando callaba en la más pura forma de las caras antiguas, se abría de repente para dejar escapar las injurias a borbotones, presurosas, tumultuarias?... Sin respeto a sí misma ni a él, en medio de la calle, en pleno teatro, le armaba camorra, le provocaba escenas terribles de celos. Para que todo fuese completo, no tenía ni el menor sentimiento de las cosas artísticas; vivía en una ignorancia absoluta de la protesión de su marido, de la lengua, de las costumbres, de todo. El poco francés que le enseñara no le sirvió más que para hacerle olvidar el italiano y para componer una especie de jerga extraña, que era altamente cómica. En resumen: aquella historia de amor, comenzada como un poema de Lamartine, concluirá como una novela de Champfleury... Después de haber procurado durante largo tiempo civilizar a su bravía compañera, el poeta se convenció de que era necesario renunciar a esa empresa. Demasiado honrado para abandonarla, adoptó el partido de enclaustrarse, de no ver a nadie, de trabajar mucho. Los pocos amigos íntimos a quienes había admitido en su casa, advirtieron que estorbaban, y no volvieron. Así vivía hacia quince años: encerrado en su casa como un apestado...

Pensando en esa miserable existencia, contemplaba yo la extraña pareja que caminaba delante de mí. El, flaco, alto, un poco encorvado. Ella, cuadrada, ancha, fornida, sacudiendo con los robustos hombros el mantón, que le estorbaba, independien-

te en su manera de andar, que parecía la de un hombre. Estaba muy alegre; hablaba alto, y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si los seguíamos, llamando a aquellos de nosotros a quienes conocía, en voz muy alta, familiarmente, por sus nombres, y ayudándose para darse a entender con movimientos hombrunos, como hubiese hecho manejando la lancha de pesca en el Tíber. Cuando llegamos a su casa, el portero, furioso al ver entrar a hora tan desusada aquel grupo alborotador, no quería dejarnos subir. Entre él y la italiana hubo en la escalera una escena terrible. Nosotros estábamos todos colocados en los escalones, medio iluminados por el gas, aburridos, violentos, sin saber si debíamos volver a bajar.

—Venid pronto, subamos—nos dijo el poeta en voz baja; y nosotros lo seguimos silenciosamente, mientras la italiana, apoyada en la barandilla, que apenas podía resistir su peso y su cólera, lanzaba una granizada de injurias, en la cual las imprecaciones romanas alternaban con el vocabulario de los bulevares exteriores. ¡Qué entrada en su casa para el poeta que acababa de agitar a todo el París artístico y conserbaba aún en sus febriles ojos el resplandor del estreno de su obra! ¡Qué vuelta a la vida, tan humillante!...

Hasta que nos vimos cerca de la chimenea de su saloncillo no se disipó el frío glacial causado por aquella estúpida aventura, y pronto no hubiéramos pensado ya en ello, si no hubiera sido por la voz chillona y las carcajadas groseras de la *signora*, que estaba en la cocina contando a su criada la manera que había tenido de despabilar a aquel *chulato*... Cuando la mesa estuvo puesta y la cena preparada, vino a sentarse con nosotros sin chal, sin sombrero ni velo, y pude contemplarla a mi sabor. Ya no era guapa. La cara, cuadrada; la barba, abultada, gorda, los cabellos entrecanos y fuertes, y, sobre todo, la expresión vulgar de la boca, contrastaban singularmente con la eterna y estúpida melancolía de los ojos. Con los dos codos apoyados en la mesa, familiarmente, groseramente, se mezclaba en nuestra conversación, sin perder de vista su plato. Precisamente encima de su cabeza, orgulloso en medio de las vejez del salón, se destacaba un gran retrato, firmado por un hombre ilustre: era María Asunción a los veinte años. El traje, de vivo color escarlata, el blanco lechoso de su camisón plegado, el oro brillante de las alhajas, abundantes y falsas, hacían resaltar magníficamente el brillo de su tez tostada, la sombra aterciopelada de sus ásperos cabellos, peinados sobre la frente y unidos por casi imperceptible vello a la línea soberbia de las

cejas. ¡Cómo tanta exuberancia de hermosura y vida había podido llegar a tanta vulgaridad!...

Y con mucha curiosidad, mientras la italiana blaba, yo interrogaba su hermosa mirada, profunda y dulce, retratada en el lienzo.

El calor de la mesa la había puesto de buen humor. Para reanimar al poeta, a quien su glorioso fracaso tenía entristecido, ella le daba grandes notones en la espalda, reía a mandíbula batiente, decía en su horrorosa jerga, que no valía la pena de por tan poca cosa meter la cabeza debajo de la campanile del domo.

—¿No es verdad, *cato*?—añadía volviéndose hacia el gato maltés, lleno de reumatismo, que roncaba delante de la chimenea. Luego, de repente, medio de una discusión interesante, gritaba a su marido con voz brutal, como disparo de escopeta:

—¡Eh, artista!... *la lampa que fila!*

Rápidamente el infeliz se interrumpió para arreglar la luz de la lámpara, humilde, sumiso, deseando evitar la escena que temía, y que, a pesar de todo, no pudo evitar.

Al volver del teatro nos habíamos detenido en la *Casa de Oro* para tomar una botella de vino bueno con que rociar el *estufato*. Todo el camino María Asunción la había llevado religiosamente debajo del mantón, y al llegar la colocó encima de la mesa, allí la acariciaba con mirada enternecida, porque las romanas son aficionadas al buen vino. Dos veces ya, desconfiando de las distracciones de su marido y de sus brazos larguiruchos, le había dicho:

—Ten cuidado con la *boteglia*... Vas a romperla.

Y al ir a la cocina para sacar el estofado, volvió a gritarle:

—Sobre todo, no rompas la *boteglia*.

Desgraciadamente, en cuanto su mujer no estuvo allí, el poeta aprovechó el tiempo para hablar de arte, de teatro, de los éxitos, tan libremente, con tanta verbosidad y entusiasmo que... ¡pataplum!... hacer un ademán más elocuente que los otros, la botella se hizo mil pedazos y se derramó en el suelo. Jamás había yo visto un aturdimiento semejante. Se detuvo, se puso muy pálido... Al mismo tiempo rugió la voz de contralto de la italiana en la habitación contigua, y la italiana apareció con los ojos echando fuego, el labio contraído por la rabia, roja del color de la hornilla.

—¡La *boteglia*!—rugió con voz terrible.

Entonces, él tímidamente, se inclinó a mi oído.

—¿Dí que has sido tú...

Y el pobre diablo tenía tanto miedo, que por debajo de la mesa sentía yo temblar sus piernas...





NOCHE TOLEDANA, CUADRO DE BALACA



La presente fotografía es una de las más interesantes que se han podido publicar hasta la fecha. Representa el enorme cráter del Vesuvio tomada desde un dirigible. Véanse perfectamente los abismos inexplorados en cuyo fondo hierve un enorme lago de lava ardiente que deseca, por grandes penachos de humos que certifican la potencia del fuego acumulado.

LAS MARAVILLAS Y HORRORES DE LA NATURALEZA

EL DESPERTAR DE LOS VOLCANES

El despertar de los volcanes

Las causas de la erupción de los volcanes, aun no se hallan suficientemente determinados. La generalidad de los que se dedican a estos estudios, afirman desde luego, que los fenómenos volcánicos son debidos a la existencia del fuego central; algunos atribuyen la causa de la erupción a la entrada del agua del mar en las entrañas de la tierra; otros a la expansión de los gases allí almacenados; algunos, partiendo del estado pastoso o fluído de la pirofera terrestre, admiten que la atracción lunar no se limita a los mares exteriores, sino que, poniendo en movimiento el océano ígneo interno, éste ofrece también mareas, en las cuales, chocando la masa pastosa contra las paredes internas de la costra sólida, se determinan todos los efectos del volcanismo.

La verdad es que ninguna de las hipótesis expuestas satisfacen completamente, puesto que hay un hecho que parece anularlas, y es la simultaneidad con que se suelen presentar los fenómenos volcánicos; y respecto de la última, hay estadísticas que demuestran no existe relación alguna entre los períodos de actividad volcánica del Vesuvio, por ejemplo, y las fases de la Luna.

La actividad de los volcanes

Sucede generalmente que, los volcanes, después de permanecer dormidos siglos enteros, cuando parece que se han apagado por completo, despiertan bruscamente, sembrando el espanto en las poblaciones de sus laderas.

El Vesuvio tuvo uno de estos períodos de descanso, que duró cinco siglos, desde el año 1139 a 1631. Los napolitanos habían dado ya al olvido los accesos de cólera de su vecino, cuando en el últimamente citado comenzó el cráter a vomitar lavas y cenizas, calculándose que de entonces acá, teniendo el Vesuvio una erupción por cada tres años.

El volcán que actualmente lleva más tiempo dormido, es el Epomeo, de la isla de Ischia, que no teniendo ninguna erupción desde hace más de seiscientos años. En la última, ocurrida en 1301, la corriente de lava llegó hasta el mar, y después de enfriarse dejó al descubierto numerosas fuentes minerales, de algunas de las cuales brota el agua a 100 grados. Estos son los respiraderos del volcán, que lleva seis siglos sin dar otra muestra de actividad, pero bien en la isla son frecuentes los terremotos, los cuales no los atribuyen a un recrudesencia volcánica.

ca, sino a hundimientos subterráneos producidos por la acción erosiva de las aguas.

Las erupciones del Etna

El Etna ha sido el volcán que mayor número de erupciones ha tenido en estos últimos tiempos; ha estado en actividad más de cien veces, y algunas de sus erupciones han durado varios años. Las más terribles han sido: la del año 1183, que causó 15.000 víctimas; la de 1669, que causó 20.000, y la de 1693, que mató 60.000 personas. Las más recientes fueron las de 1809, 1830, 1843, 1856, 1869, 1879 y 1886.

El Etna ha tenido también erupciones de cieno caliente; una de las mayores fué la de Noviembre de 1878.

La corriente mayor que cita la Historia, es la que

invadió la ciudad de Catania en 1669. Al salir de la tierra, a una temperatura muy alta, tomó primeramente la forma de un lago en las campiñas de Nicolosi, arrasó parte de la colina de Monpiliere, se dividió luego en tres regueros, de los cuales el más ancho formó en su curso una curva,

llegó a Catania, arruinó parte de la ciudad, anegó los huertos en un diluvio de escorias, y formó al llegar al mar un promontorio de cerca de un kilómetro, que ocupó el sitio del antiguo puerto. Se calcula que entonces arrojó el volcán mil millones de metros cúbicos de lava, la cual convirtió en un desierto de rocas, un centenar de kilómetros cuadrados.

La erupción de 1856 duró dos meses y diez días, y fué otra de las más terribles. Basta decir que el río de lava tenía tres kilómetros y medio de extensión por más de tres metros de profundidad.

En menos de una hora cubría cincuenta metros cuadrados. El volcán arrasó una porción de campos y caseríos, y un bosque de más de 130.000 árboles.

Una erupción famosa

Fuera de la catástrofe de la Martinica, la más fuer-

te erupción que en estos últimos tiempos se conoce, es la del volcán de Krakatoa. Este volcán, figuraba en todos los libros de geografía entre los extinguidos. Su última erupción, en efecto, había ocurrido en Mayo de 1680, y desde entonces no había vuelto a dar señales de vida. Pero en el mismo mes de 1883, comenzó a vomitar torrentes de lava y nubes de cenizas enormes.

Tres meses más tarde, la erupción llegó a su período álgido; los estampidos se oían desde la Cochinchina francesa, una distancia de 1.900 kilómetros, y todas las islas vecinas, en un radio de 30 kilómetros, quedaron sepultadas bajo una capa de materias eruptivas de cuarenta metros de espesor, pereciendo todos sus habitantes, en número de muchos millares de almas. Hasta en la costa de Sumatra, que dista de Krakatoa más de ciento veinte ki-

lómetros, hubo centenares de víctimas; la lluvia de cenizas y de piedras era tan densa, que con su peso se hundieron muchas casas y perecieron sofocadas poblaciones enteras.

El horror de los terremotos

Tantas catástrofes o más, que las erupciones de

los volcanes, han causado los terremotos que son asimismo, como se sabe, manifestaciones volcánicas. Uno de los terremotos que mayor número de víctimas ha causado, fué el que el año 1783 destruyó la ciudad de Mesina.

He aquí el relato espeluznante de la espantosa catástrofe.

El 5 de Febrero de 1783, a eso de las doce y media del día, bajo un cielo cargado de espesas nubes de formas extrañas, notáronse los primeros síntomas del desastre cuyas huellas todavía conserva Mesina. Los animales, a los que el instinto revela las catástrofes antes de que el hombre las presencie, fueron los primeros en demostrar un terror cuya causa aparente nadie acertaba a determinar. Las aves huían de los árboles donde estaban posadas y de los techos que las cobijaban, y describían círculos inmensos sin atreverse a bajar a tierra; los perros, presas de un temblor convulsivo, aullaban



En algunos volcanes la erupción toma la forma de cieno ardiente que al precipitarse fuera del cráter entierra bajo su masa cultivos y vegetación como sucede en el volcán Whakarewarewa, de Nueva Zelandia.

tristemente, y los bueyes, diseminados por los campos, mugían llenos de espanto y escapaban como perseguidos por un peligro invisible. De pronto, se oyó una detonación profunda, algo así como un trueno subterráneo que duró tres minutos; era la voz de la naturaleza avisando a sus criaturas para que huyesen o se preparasen a morir. En el mismo momento las casas comenzaron a temblar, algunas de ellas se agrietaron y se derrumbaron en parte, y de todos los puntos de la ciudad se levantó una nube de polvo y de humo, haciendo más sombrío y amenazador el aspecto del firmamento. En seguida recorrió toda la tierra un temblor semejante al de una mesa cargada de vajilla, que se sacudiese por las patas, y una parte de la ciudad quedó derrumbada. Todas las casas que quedaron en pie vomitaron al punto

sus moradores, que saltaban por puertas y ventanas corriendo hacia la gran plaza para salvar la vida; pero antes de que pudiese llegar la multitud a un sitio descubierto, un segundo sacudimiento del terreno la persiguió por las calles aplastándola bajo los escombros de los edificios, que pronto for-

maron inmensas barricadas de ruinas, en lo alto de las cuales aparecían como espectros aquellos que, para huir mejor, no vacilaban en aplastar con sus pies a los que quedaron enterrados. Dos terceras partes de las casas se habían venido abajo.

Un gentío inmenso llenaba la gran plaza, pero a pesar de hallarse lejos de los edificios, no estaba enteramente al abrigo del peligro. A cada segundo, abríanse en el suelo espantosas grietas que devoraban una casa, un palacio, una calle entera, y luego volvían a cerrarse como las fauces de un monstruo. Podía abrirse uno de estos abismos bajo los pies de la multitud, y engullirla lo mismo que se engullían las casas.

Por fin, la tierra pareció calmarse, cual si su propio esfuerzo la hubiese fatigado. Empezó a caer una lluvia tempestuosa; la calma de la naturaleza

pareció apoderarse de los hombres, y todo quedó como sumido en un sopor derivado del mismo frimiente. Vino la noche. Una noche horrible,cura y tempestuosa; nadie se atrevía a entrar en pocas casas que aun quedaban; los que tenían rruajes se refugiaron en ellos, y los demás esperaron que llegase el día al aire libre, en las calles en el campo.

A media noche, la tierra calmada durante algunas horas, volvió a temblar, tanto, que su comunicación se comunicó al mar. En aquellos momentos vió un campanario arrancado de su base y arrasado por los aires, mientras la cúpula de la catedral se cayó, y el palacio real, las casas de la mar, doce conventos y cinco iglesias, se hundían bajo sus cimientos como si los hubieran socavado apa-



La actividad volcánica se manifiesta en ocasiones por enormes cantidades de agua hirviendo, como en el Tikitere, de Nueva Zelandia, que los naturales apellidan «Puerta del Infierno».

taron llamaradas semejantes a sierpes de fuego que quisieran huir de aquel montón de ruinas. Como el cataclismo había ocurrido a la hora del día, en casi todas las casas había fuego prendido, y este fuego, largo tiempo cubierto por los escombros, había prendido en las vigas y en el maderamen destrozado, había tomado incremento como en un horno subterráneo, y ahora quería salir al aire libre. A las dos de la mañana, toda la ciudad era una inmensa hoguera.

El 6 fué un día de reposo, triste y lúgubre; al amanecer de día, la tierra quedó inmovil. Apenas había algún edificio en pie, pero todos los habitantes empezaban a tener esperanzas de salvar, no ya sus propiedades, pero al menos su vida, pues habían pasado la noche en medio del incendio que corría de ruina en ruina. Todos empezaban ya a llamarse, a

que conocerse, a abrazar a los vivos y llorar a los muertos. El 7 a las tres de la tarde, las sacudidas disminuyeron insensiblemente, y pudo considerarse como terminado el desastre, a pesar de que hubo de transcurrir más de un año antes de que dejaran de sentirse por completo trepidaciones.

El fin de la Tierra

Hay quien asegura que las manifestaciones volcánicas han de ser las que concluyan con este mundo que habitamos. Los que esto dicen se fijan en el aspecto de la luna. Efectivamente, coged un telescopio y dirigidlo a la luna. Veréis que allí han desaparecido las cadenas montañosas para dar lugar a

cráteres y volcanes, comparados con los cuales los nuestros son juego de niños.

Veréis también que no hay región de la luna que haya escapado del desastre; todo ha quedado allí revuelto, abrasado, hecho trizas.

El agua desapareció de aquel mundo, sin dejar el más pequeño rastro, y hasta la atmósfera fué absorbida por el cataclismo final.

¡He ahí como es posible que acabe la Tierra, siguiendo las leyes ineluctables del Universo! Por fortuna ese momento se halla aún bastante lejos, y aun es probable que no lo contemplen ojos humanos, ya que para entonces habrán cambiado tanto las condiciones del planeta, que sin duda no permitirá la vida de seres vivientes que poco a poco habrán ido desapareciendo.

LA NOCHE

SONETO

Cual mágica belleza que, escondiendo
tras de negres crespones su hermosura,
se oculta al brillo de la luz impura,
las húbricas miradas eludiendo.

Así la noche, que del día huyendo,
se ofrece siempre entristecida y pura,
oculta el rostro entre la sombra oscura
su negro manto en derredor tendiendo.

Pero es en vano que su dulce encanto
pretendan ocultar lindas doncellas,
pues su belleza se refleja en tanto.

Y así la noche, bella entre las bellas,
al envolverse con opaco manto,
refleja su hermosura en las estrellas.

JOAQUÍN BONET.

COMO SE ARMA UN CABALLERO

Cuando nuestros ascendientes sostenían en España y fuera de ella la lucha contra los infieles, los caballeros se agruparon en órdenes para defender la santa causa de la religión y pelear contra los que en ella no creían.

A partir del siglo XII y durante toda la edad media, el niño destinado a la noble profesión de la caballería, era puesto desde los siete años al lado de algún caballero o gran señor, en calidad de paje o doncel. A los catorce años, si el caballero a cuyo lado estaba lo creía digno, se le nombraba escudero, y a los veintiuno podía ya armarsele. Elegíanse, para esta solemnidad, las grandes fiestas cívicas o religiosas, tales como la pascua de Pentecostés, las treguas, el fin de las guerras, los nacimientos de príncipes, las bodas reales, etc.

El día antes al del que había de entrar el candidato en la categoría de caballero, confesaba y comulgaba vestido con una hopa parda y acompañado de dos padrinos. Estos, y el que debía armarle caballero, comían luego en una mesa lujosísima, mientras el candidato, vestido de blanco en señal de estar ya purificado, se sentaba a una mesa aparte, donde permanecía silencioso, sin reirse y en ayunas.

Aquella noche conducíasele a una iglesia o a la capilla de un castillo, sobre cuyo altar estaban puestos el casco, la coraza, el escudo y la lanza, y allí, espada en mano, hacía toda la noche la *vela de las armas*. Por la mañana tomaba un baño y, nuevamente vestido de blanco, se acercaba al altar con la espada colgada al cuello y hacía entrega de ella a un sacerdote. Celebrábase acto seguido la misa, durante la cual era bendecida la espada, y al finalizar aquella iba el novicio a ponerse de rodillas delante del que había de armarle. Preguntábase éste los motivos que le inducían a hacerse caballero, siendo la contestación: «El honor de la caballería.» A continuación, se le tomaba juramento de que no econo-

mizaría sangre ni bienes en la defensa de Dios, rey y de la patria, de que obedecería a sus superiores, ampararía a las mujeres y a los huérfanos, y perseguiría sin piedad a los infieles.

Cuando había hecho el candidato estos juramentos, sus padrinos, ayudados generalmente de dos pajes, calzábanle las espuelas y le ponían la armadura. Volvía entonces a hincar la rodilla ante el padrino que le armaba, y éste le daba con la espada, de tres golpes sobre la espalda, que eran lo que se llamaba el *espaldarazo*, diciéndole al mismo tiempo: «En nombre de Dios todopoderoso, y del señor

Santiago, y de san Miguel y de Sanabogge, te armo caballero. Siguro.» Entonces, puesto en pie el que se armaba de ser arresponde, ceñíale la espada, acompañada de la casi siempre docto del cons. Sé religioso, liente y leal», y el orden de que le jesen el casco, lanza, el escudo, caballo. Montaba nuevo caballero mientras las v de los heraldos resonar de las trompetas atronaban espacio, daba vueltas haciéndole caracolear a su cel y blandiendo lanzón.

Hoy, la ceremonia de armar caballero no es ya la que una fórmula para el ingreso determinadas Ordenes militares, y

detalles de dicha ceremonia son muy diferentes los antes expuestos, por exigirlo así, tanto el reglamento de cada Orden, como las costumbres modernas. Lo que siempre se conserva es el espaldarazo con la espada y la práctica de calzar las espuelas.

En la Orden de Calatrava, por ejemplo, la solemnidad debe efectuarse precisamente en una iglesia de la Orden. Llevando como padrino a un caballero profeso, el aspirante se acerca al maestro o commendador que le ha de armar y le presenta su carta de comisión. Leída ésta, se exige al novicio condición de ser «noble, hijodalgo de sangre en todas partes, limpio de toda mala raza»; se bendice la espada, y el padrino se la ciñe, mientras el



En tiempos pasados, el aspirante a caballero hacía, durante toda la noche la *vela de las armas* en la sombría capilla del castillo.

pos caballeros le calzan unas espuelas de oro. En se-

la Iglesia, que el nuevo caballero promete guardar,



De las prácticas viejas no se conserva hoy más que el espaldarazo y la práctica de calzar las espuelas. Los caballeros antiguos abrazan y acompañan al neófito.

y a continuación un sacerdote bendice el hábito, el escapulario y las cruces, y se los va poniendo mientras recita oraciones *ad hoc*. Celébrase luego la misa de Espíritu Santo, en la cual comulga el cruzado, y al final, todos los comendadores y caballeros que han asistido le abrazan y besan la cruz de su manto en prueba de fraternidad.

V A R I E D A D E S

La fuerza física y capacidad para el trabajo corporal de un hombre sano, son próximamente como la décima parte de las de un caballo de tiro.

El estrecho de Gibraltar fué abierto, según los marroquíes, por la voluntad del Sultán Dou-el-Quernin, nombre que dan ellos a Hércules.

El saludo entre los rifeños consiste en estrecharse mutuamente los dedos pulgares y después ambas manos. Si los que se encuentran son de diferente posición social, el inferior besa respetuosamente la mano, el hombro o la cabeza del superior.

Los cañones gozan en Marruecos del *derecho de asilo*. Si un culpable se acoge a un cañón, es inviolable mientras no se aparte de su lado.

De cada mil personas en Inglaterra 68 se llaman María; 66, Guillermo; 62, Juan; 61, Elisa; 39, Tomás; 36, Jorge; 36, Sara; 33, Ana; 31, Jaime; 23, Carlos; 21, Enrique; 19, Alicia; 18, José; 17, Juana, y 16, Elena.

Hay en América del Sur una clase de hormigas que construyen túneles de cuatro y cinco kilómetros de largo, trabajo que equivale al que representaría un túnel hecho por los hombres entre Madrid y Nueva York.

La poligamia es general entre los árabes: dicen éstos que «una sólo mujer no puede cumplir a un tiempo las obligaciones de esposa, madre y sirvienta; un hombre con dos esposas vive en el infierno; con tres, en la gloria».

En Escocia la ley permite el matrimonio a los jóvenes de más de catorce años, y a las muchachas que hayan cumplido los doce, sin necesidad del consentimiento de sus padres o tutores.

En cierta ocasión, el Rey Fernando VII estuvo en negociaciones con el Sultán de Marruecos para canjear el Peñón de Vélez de la Gomera por cierto número de caballos marroquíes.

Entre algunos pueblos de la antigüedad, cuando la mujer daba a luz, el marido guardaba cama.

Un hombre necesita para su sostenimiento, por término medio, 1.600 libras de alimentos al año; una mujer tendrá suficiente con 1.200, y un niño con 900 libras.

Del capítulo de inventos

UN TRINEO AUTOMÓVIL

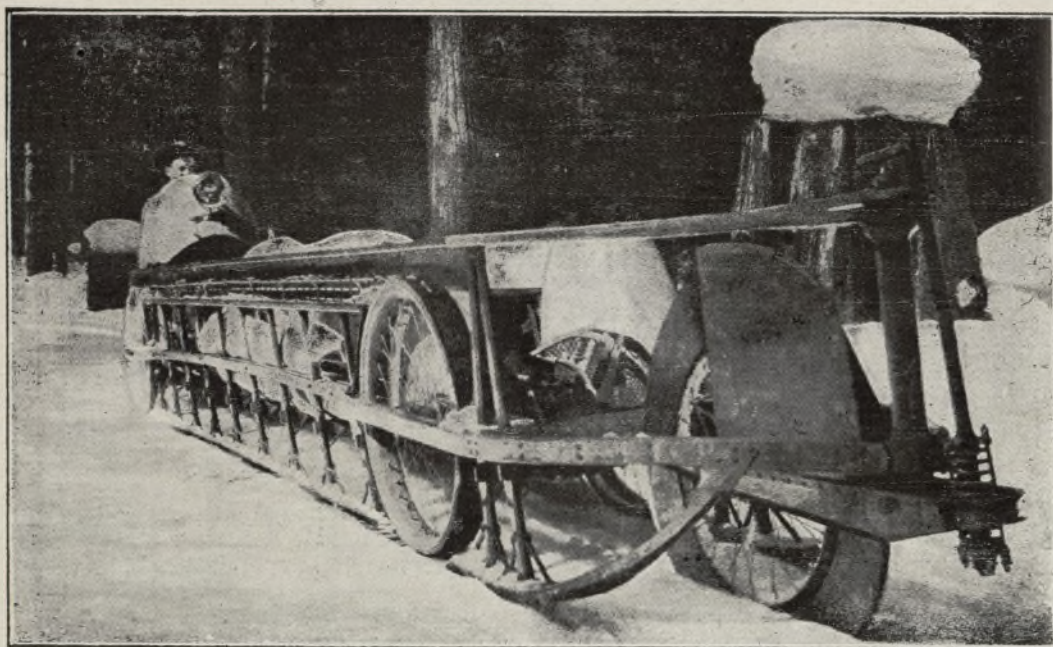
Los audaces exploradores de las regiones árticas, cuentan en la actualidad con un modelo de trineo automóvil que, según la opinión de los técnicos, resuelve maravillosamente el problema de la locomoción sobre la nieve.

El modelo de coche es el que aparece en el presente grabado. Su inventor es un ingeniero que habita la península de Alaska desde hace quince años, y familiarizado, por consiguiente, con los climas fríos, conoce sus exigencias por lo que respecta a motores. Habiendo recorrido muchos miles de kilómetros en trineos tirados

hallan fijas unas paletas de 75 milímetros de ancho y espaciadas dos centímetros. Estas son las que apoyándose en la nieve facilitan la marcha del trineo.

Su anchura es próximamente un metro, y tiene otro tanto de altura. Su longitud es de siete metros y medio, lo que le facilita la marcha sobre un terreno de obstáculos.

El motor es de fuerza de 22 caballos, de cuatro cilindros, con radiador de aire. Puede marchar a velocidades variables entre dos y 50 kilómetros por hora.



Nuevo modelo de trineo automóvil, que podrá ser de gran resultado para las expediciones árticas. Presenta la novedad de poseer el sistema caterpillar que, junto con los patines, le asegura la marcha sobre la nieve. Su longitud, de siete metros y medio, le permite franquear fácilmente zanjas de tres a cuatro metros de anchura.

por perros, ha sabido sacar todas las ventajas inherentes a estos vehículos para incorporarlos al automóvil de su invención.

Visto desde lejos el nuevo trineo automóvil pudiera ser confundido con un trineo de perros. El chasis está construido de *hickory* (madera especial que se encuentra en Norte América) reforzado por bandas de cuero. Los patines son también de madera.

La verdadera novedad del invento es la aplicación hecha del sistema de oruga, empleado en los carros de asalto. Las cadenas están aquí constituidas cada una por tres cables de acero, de 62 milímetros de grueso, muy flexibles, que forman una cadena sin fin. En esta cadena se

Sus ventajas son extraordinarias. Sus cadenas con paletas le permiten escalar pendientes y pasar sobre troncos de árboles. Su longitud le permite atravesar fácilmente cortaduras de tres a cuatro metros de anchas. La dirección se varía mediante una especie de timón situado a la parte posterior del vehículo, cuyo timón puede alzarse o bajarse según el espesor de la capa de nieve. El conductor se instala en una especie de cabina que le calientan conducciones de gases del motor. En suma: en este trineo se han tenido en cuenta todas las especiales circunstancias de la marcha sobre nieve y es de esperar, por consiguiente que puede prestar grandes facilidades para futuras exploraciones árticas.

El Empecinado en Guadalajara

La provincia de Guadalajara, tan importante bajo el punto de vista militar, por sus comunicaciones con Aragón, necesitaba socorro, y a ella fué enviado el «Empecinado», dando comienzo a una serie de operaciones, que le permitieron la organización de fuerzas considerables.

El intendente *afrancesado* D. José Ramos Salas logró que el intruso José enviase numerosas columnas a la provincia prometiéndole por su parte, apoderarse del «Empecinado», a cuyo fin le preparó una emboscada que juzgó de infalible resultado.

El 12 de Noviembre, con pretexto de que las necesidades de la guerra los llamaban a otra parte, salieron de Guadalajara los imperiales anunciando que se marchaban definitivamente por serles imposible permanecer en aquella ciudad.

Apenas lo supo el «Empecinado», se apresuró a ocuparla; por su importancia estratégica, y para facilitar a la Junta de la Provincia que andaba errante, el medio de volver a la ciudad.

A las pocas horas y cuando Juan Martín se hallaba en la plaza Mayor de Guadalajara conversando con algunos patriotas, llegó pálido y tembloroso el licenciado Anselmo Rodríguez, uno de los muchos jóvenes estudiantes, que por amor a su patria, habían abandonado el estudio por la guerra y a quien el «Empecinado» quería mucho, porque era un valiente, le servía de secretario, alegraba la guerrilla con su presencia y le distraía con sus latines, sus chistes y sus cuentos.

—¿Que le pasa a usted señor Anselmo?—preguntó sonriendo Juan Martín.—Tiembla usted como un azogado.

—La cosa no es para menos; estamos cercados—contestó el joven estudiante.

—¿Y eso le apura a usted? ¡Cercados! ¡Vaya una desgracia! ¿Acaso es la primera vez que nos vemos en peligro?

—No por cierto; pero lo que es ahora... nos la han jugado nuestros enemigos y a pesar de nuestra habitual sagacidad hemos caído en la ratonera.

—Eso lo veremos!—gritó el «Empecinado», con voz de trueno.—Donde están Juan Martín y sus guerrilleros, no hay más que leones... ¿Ha olvidado usted donde ha nacido señor licenciado?—añadió, encarándose con el joven, que al ver colérico a su jefe, temblaba más que si todos los ejércitos de Napoleón se hubieran arrojado sobre él.—¿Ha olvidado usted que es español y que España tiene por armas leones y castillos? ¡Por el santo Cristo de Burgos, que si el «Empecinado» no supiera que era usted un valiente, ahora mismo le mandaba fusilar!... ¡A formar!... ¡A caballo!... ¡A mí los guerrilleros!

Juan Martín se había transfigurado: el silencio laudario, el humilde castellano, habían cedido el puesto al hábil capitán, al valeroso soldado.

En un instante los 140 guerrilleros que entonces

componían su partida, se presentaron a caballo, rodeándole, pendientes de sus labios, prontos a vencer o morir.

—¡Abuín!

—¡Presente!—dijo adelantándose el joven Satornino.

—Toma doce hombres, mi valiente manco, y a galope por el cementerio. Que nada te detenga. Raja y destruye a cuantos enemigos halles al paso.

—Ésta muy bien.

—¡Isidro!

A este grito avanzó algunos pasos un joven de veinticinco años, de aspecto resuelto y varonil, mostrando en todos sus movimientos ciertos hábitos militares.

—Parte con otros doce, y ábrete paso por el portillo del Alamín...

—Así lo haré.

¡Mondedeu!

—A la orden—respondió otro joven acercándose al «Empecinado»

—Es necesario que al frente de otros veinte hombres, busques salida por la Antigua...

—La buscaré y la encontraré—contestó el joven con firme acento.

—Mi primo Navas y Verdugo, al frente de los suyos, que salgan por el Amparo y la puerta de Zaragoza.

—¡Saldremos!—respondieron los dos.

—Vicente Sardina y usted señor licenciado, conmigo, a escape hacia el puente... El punto de reunión será el monte de la Alcarria... ¡Coger al «Empecinado» y a sus leones!... ¡Antes la muerte!... ¿No es verdad muchachos?

—¡Sí, sí!—grijaron unos.

—¡Antes la muerte!—Exclamaron otros.

—«¡Empecinados!»—gritó Juan Martín con acento ronco;—la rienda suelta, el sable entre los dientes, la pistola en la diestra y el corazón tranquilo... ¡Adelante!... ¡Sus, Santiago y libertad!

—¡Santiago y libertad!—contestaron todos con el mayor entusiasmo.

Los empecinados, con sus jefes a la cabeza, se encaminaron a los puntos que Juan Martín les había designado; al dar vista a los franceses se lanzaron sobre ellos como leones y después de una corta pero sangrienta lucha, a tiros y sablazos, se habrieron paso por entre las filas de los imperiales, que los miraban con espanto, como a uno de esos vientos terribles del Asia que destruyen cuanto encuenan su paso.

Dos horas después se juntaban aquellos valientes en el monte llamado de la Alcarria, sin haber sufrido más pérdida que siete guerrilleros muertos y seis prisioneros que quedaron en poder de las tropas imperiales.

LEYENDAS AMERICANAS

AHOGARSE CON POCA AGUA

Dicen los fatalistas que la que está de condenarse, desde chiquita no reza; que a cerdo que es para boca de lobo, no hay San Antón que lo guarde, y que el que nació para ahogarse, pierde el resuello en un charco de ranas.

No parece sino que para dar razón a tal doctrina, matadora del libre albedrío y anatematizada por la Iglesia, hubiera Dios echado al mundo a Juan de Porras, soldado que acompañó a Pizarro en la proeza de Cajamarca y a quien tocó del tesoro acumulado para rescate de Atahualpa una partija de ciento ochenta y un marcos de plata y cuatro mil quinientas cuarenta onzas de oro.

Juan de Porras blasonaba de hidalgo y decía que el escudo de su familia era un perro negro atado a una maza o porra, en campo de oro. Y ciertamente que esas son las armas de los Porras en todos los libros de heráldica que por incidencia hemos consultado.

Corriendo los días, Juan de Porras, que era de genio inquieto y revoltoso entre los revoltosos, pasóse del bando del marqués al del Adelantado don Diego, y como todos sus compañeros de desdicha, después de la batalla de las Salinas tuvo que pasar la pena negra, porque el vencedor dió palo de firme en los vencidos. ¡Eso sí que fué *argolla* y no la de mi paisano!

Al fin reventó la cuerda, y armada en Lima la tremenda para asesinar a Francisco Pizarro, fué Porras uno de los que, con Juan de Rada, salieron del callejón de los Clérigos en demanda del gobernador. La mayor parte de los conjurados eran de aquella gente malvada y fanática a la vez, que se persigna al ir a cometer un crimen y exclama: «Madre y señora mía del Carmen, que me salga bien dada esta puñalada, y te ofrezco un cirio de a libra para tu altar.»

Gómez Pérez, otro de los conjurados, dió un rodeo para no meter los pies en un charco de agua, formado por la ligera lluvia o garúa con que el in-

vierno se manifiesta en Lima, y Rada lo apostrofa con estas palabras:

—Cargado de hierro, cargado de miedo. Van a bañarnos en sangre, y vuesamercé está huyendo de mojarse los pies. Andad y volveos, que no vis para el caso.

Juan de Porras también le clavó un puyazo a su compañero:

—Vaya, Gómez Pérez, que estáis hecho una de Melindres y que el charco se os antoja brazo de m...

Y tras de echar un taco redondo, puso los pies en mitad del charco, diciendo:

—¡Caracoles! ¡Ahógueme yo en tan poca agua!

—¡Oigate Dios, compadre, y lo que dice tu...



que anduvo siempre más torcido que concien con escribano. Así lo pintan los historiadores. Pero preciso convenir en que a veces Dios está de humor de gorja, porque oye hasta las plegarias de los pícaros.

Y si no, van ustedes a saber cómo oyó la de Gómez Pérez.

Cuando Gonzalo Pizarro, alzado ya contra el rey Blasco Núñez de Vela, llegó a Lima para borrar de los olores vecinos el nombramiento de gobernador del Perú, fué uno de sus primeros actos echarse a perseguir a varios de los que, con o sin ella, eran tildados de desafectos a su causa, y entre ellos al capitán Garcilaso de la Vega, que tomó asilo en el convento de Santo Domingo.

Don Francisco de Carvajal recibió la orden de allanar el convento y no dejar escondido sin rostro, y para cumplirla acompañóse de Porras y otros soldados. Cedamos aquí la palabra al cronista de *Los Comentarios reales*, que él cuenta las o...

sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacello.

Así no tendrá nadie derecho para decirme que hablo a la birlonga o sin fundamento.

«Alzó Carbajal los manteles del altar mayor, que era hueco, y vió un a infeliz soldado, Rodrigo Núñez, que también andaba fugitivo. Mas como no era Garcilaso, que era al que Carbajal tenía empeño en prender, soltó los manteles, diciendo en alta voz: «No está aquí el que buscamos.» En pos de él llegó Porras y, mostrándose muy diligente, alzó los manteles y descubrió al que ya Carbajal había perdonado, y dijo: «Aquí hay uno de los traidores.» A Carbajal le pesó de que lo descubriese, y dijo con mal gesto: «Ya yo lo había visto.» Mas como el pobre soldado fuese de los muy culpados contra Gonzalo, no pudo excusarse Carbajal de ahorcarlo, sacándolo confesado del Convento.

«Pero Dios castigó pronto al denunciante. Tres

meses después salió Porras a desempeñar una comisión en Huamanga. El caballo, que iba caluroso, cansado y sediento, se puso a beber en un charquillo pequeño donde el mismo Porras le guió para que bebiese, y habiendo bebido se dejó caer en el charco y cogió una pierna a su amo debajo, y acertó Porras a caer hacia la parte alta de donde venía el agua. No pudo salir de debajo del caballo ni tuvo maña para que éste levantara, y así se estuvieron quedos hasta que se ahogó Porras con tan poca agua que no llegaba, con estar caído, ni al pescuezo del caballo. Vinieron otros caminantes, levantaron el animal y enterraron al jinete.»

Desde entonces quedó por refrán entre los españoles del Perú el decir, cuando un cristiano se atortola y mete en confusiones por asunto que no es de gravedad o que tiene fácil remedio:

«¡Eh! No hay que ahogarse en poca agua, como Juan de Porras», refrán de uso constante en Carbajal.

LOS MARTIRES DE LA CIENCIA

Todas las manifestaciones de la ciencia tienen sus mártires. Así sucede con los famosos rayos X que tanta importancia tienen en los procedimientos quirúrgicos; los rayos X han causado en los investigadores terribles enfermedades que han terminado con la muerte.

Las primeras víctimas de la enfermedad se observaron poco después del descubrimiento del profesor Roentgen. Por entonces muchos operadores se dedicaron a viajar dando demostraciones de las maravillosas propiedades de los rayos.

Uno de los experimentos más comunes consistía en poner la mano extendida el operador, para que los rayos pasasen a través de ella, y se proyectase la sombra de los huesos en un telón especial.

Al cabo de algunos meses los operadores comenzaron a sentir grandes dolores en las manos y en los brazos, la epidermis se les cubría de verrugas, las articulaciones se ponían rígidas, sobrevinía la ulceración, y a veces se hacía precisa la amputación de los miembros. Esta fué la primera aparición de la fatal enfermedad llamada hoy dermatitis de los rayos X.

Como es natural ante esto terminaron las exhibiciones públicas, pero la enfermedad no desapareció; siguió presentándose entre los investigadores que se ocuparon del asunto, y, desde entonces, no dejó de producir mártires.

Uno de los perjudicados fué el doctor Hall Edwards, a quien se deben muchos sistemas de

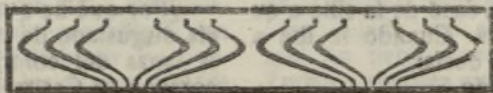
protección contra el peligro de los perniciosos rayos. Este doctor descubrió que los rayos no atraviesan el plomo, y fabricó un cristal que contiene gran cantidad de sílicato de plomo, y que resulta casi impermeable a los referidos rayos.

Con este cristal se construyen una especie de cajas, dentro de las cuales se coloca el paciente y el aparato, mientras que el operador permanece fuera en relativa seguridad. Pero estas cajas no ofrecen seguridad absoluta. A un operador le empezó la enfermedad por los pies, a consecuencia de los rayos que salían por los intersticios que quedaban entre el biombo de cristal y una mesa de madera, sobre la cual se ponía al enfermo.

Hoy disponen los hospitales de sistemas mucho mas perfectos, con los cuales no hay posibilidad de que los rayos lleguen al operador.

Los rayos no dañan al paciente, porque en la mayoría de los casos sólo tiene que someterse a una acción una o dos veces, con intervalos cuidadosamente regularizados.

El síntoma más marcado de la enfermedad de los rayos X es el desarrollo de multitud de dolorosas verrugas, y una terrible angustia, contra la cual no pueden nada los narcóticos. Según parece, las verrugas son debidas a cierta acción irritante de los rayos sobre los nervios de la piel, y a medida que avanza la enfermedad, las verrugas se rompen, y, al quedar abiertas, se ulceran de un modo que resiste a todos los tratamientos.





Sin armas, con el alquicel hecho girones, pasaba un moro el puente de Marsilla...

DEL TIEMPO VIEJO

Aventuras, venturas y desventuras

Sin armas, con el alquicel hecho jirones y al trote corto de un trasijado y sudoso alazán, al rayar el día 1.º de octubre del año 914, pasaba un moro el puente de Mansilla.

Por la dirección de Sur a Norte con que cruzaba el Esla parecía encaminarse a León, Pero ¿qué viaje llevaba aquel moro solo, inerme, pensativo y triste a la Corte de los cristianos?

Iba a cumplir un juramento.

El Rey Don Ordoño II había salido a campaña contra los enemigos de la fe, que hacían correrías por la orilla del Duero.

Tres días antes, la víspera de San Miguel, había encontrado el Rey de León a los moros cerca de Castro-Nuño y se había trabado entre los dos ejércitos sangrienta batalla. Declarada ya por los cristianos la victoria, que un buen rato había estado indecisa, en los últimos intentos de desesperada resistencia que hizo el ejército musulmán, se encontró Abumelid, que era uno de sus más valerosos caudillos, frente a frente con un caballero leonés que iba en la vanguardia, y se empeñaron en singular combate. Después de dos terribles embestidas sin resultado alguno, a la tercera, el leonés, de un poderoso bote de lanza, sacó de la silla a su enemigo y le derribó en tierra. Cuando le iba a atravesar el pecho, oyó que le decía:

—No me mates: estoy rendido.

—Vive, pues así lo quieres—dijo el vencedor desviando generosamente la lanza—. Levántate.

—¿Con qué condiciones?

—Con la de ir a León a presentarte a la Reina y a su primera dama doña María de Villamit, confesando que te ha vencido en buena lid. Haciendo Álvarez de Pedrosa. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—Deja las armas, vete, y a la vuelta las recobrarás y serás libre.

—Alá te premie tan noble empresa si la cumples.

—Los cristianos cumplimos siempre nuestras promesas.

labra.

—Abumelid te probará que los moros también sabemos cumplir las nuestras.

Y emprendió el viaje.

A las nueve de la mañana, cuando Abumelid llegó a dar vista a León desde el Portillo, creció su pesadumbre y aumentó su tristeza, por lo empujoso y desairado del encargo que tenía que cumplir en la Corte.

—¿Por qué he querido conservar la vida?, se decía disgustado de sí mismo. —¿Por qué no dejé la lanza del contrario me hubiera atravesado el corazón en Castro-Nuño?... Voy a ser portador

alegría para los enemigos del profeta, y voy a publicar mi propio vencimiento, mi propia deshonra... ¡Malhaya la hora en que abrí los labios para pedir clemencia al vencedor!... ¿No me hubiera sido mejor perder la vida que debérsela a un cristiano? ¡Abumelid, Abumelid! ¿Tuviste miedo a la muerte?... ¡Ah!, no. Alá es testigo de cómo la he desafiado en cien combates. Alá es testigo de que no he pedido la gracia de vivir por miedo a la muerte ni por apego a la vida, sino por *ella*...

Ella era Zudaira, la hija del gobernador de Talavera, la mora más hermosa que había desde el Guadarrama hasta el Estrecho, la que al partir le había atado al cuello de la lanza un lazo de seda con su cifra bordada en oro, como prenda de que en volviendo vencedor celebrarían sus bodas. Por no renunciar para siempre a ver realizado este hermoso sueño de felicidad, había querido Abumelid conservar la vida, aun a costa del bochorno de pedirla al contrario y de tener que publicar en tierra de cristianos su derrota.

¿Podría llegar así a la dicha anhelada?

—Por de pronto marchaba en dirección opuesta. Pero ¿quién sabe?... La esperanza es lo último que se pierde, y Abumelid esperaba todavía que después de aquel grave contratiempo, cumplido el juramento que había empeñado, el leonés

devolvería hidalgamente sus armas, con ellas volvería a incorporarse a los suyos, haría proezas de valor contra los cristianos y volvería a entrar en Talavera, siendo el primero entre los vencedores... Sólo esta esperanza sostuvo a Abumelid y le dio ánimo para llegar a las puertas de León, declarar el motivo de su viaje, entrar en la ciudad bajo las miradas curiosas de sus habitantes, y presentarse en el Palacio, donde cumplió con toda exactitud el extraño encargo de Hernando de Pedrosa.

La Reina y toda la Corte tuvieron con la victoria del ejército cristiano grande alegría; D.^a María de Villamizar sintió muy halagado su orgullo y hasta un poco enternecido el corazón en favor del valeroso caballero a quien hasta entonces afligía con su desdén, y Abumelid, después de hacer las convenientes zalemas a la Reina y a las damas, tornóse

a montar a caballo y comenzó a desandar el camino.

«¡Cuántos monumentos de nuestra desgracia», decía Abumelid, a la tarde siguiente, atravesando los *Campos Góticos*, erizados de fortalezas, reconquistadas recientemente al poder moruno por Alfonso el Magno, que puso la frontera en el Duero.

«Allí está Villalba del Alcor... Allí Belmonte... Aquél es Tordehumos... Aquél es Ureña... Allí está la Mota... Si Alá lo quiere y el Profeta ampara a sus hijos, pronto volveremos a ocupar estas tierras, y Zudaira será la señora del que más la agrade entre todos estos castillos...»

Castillos en el aire eran los que hacía el pobre Abumelid, mientras, hundiendo las espuelas en el vientre del cansado alazán, procuraba llegar cuanto antes al campamento del Rey Ordoño para dar cuenta a Hernando de Pedrosa del cumplimiento de su promesa y recobrar sus armas. Al otro día repasó ya el Duero por Tordesillas, y después de hacer varias preguntas sobre la dirección que había llevado el ejército cristiano, se encaminó a Segovia.

Allí tuvo noticias de que el Rey de León se había dirigido

hacia el Poniente. Dos días después le informaban en Ávila de que el ejército cristiano, persiguiendo a los moros, había tomado allí la dirección de Piedrahita.

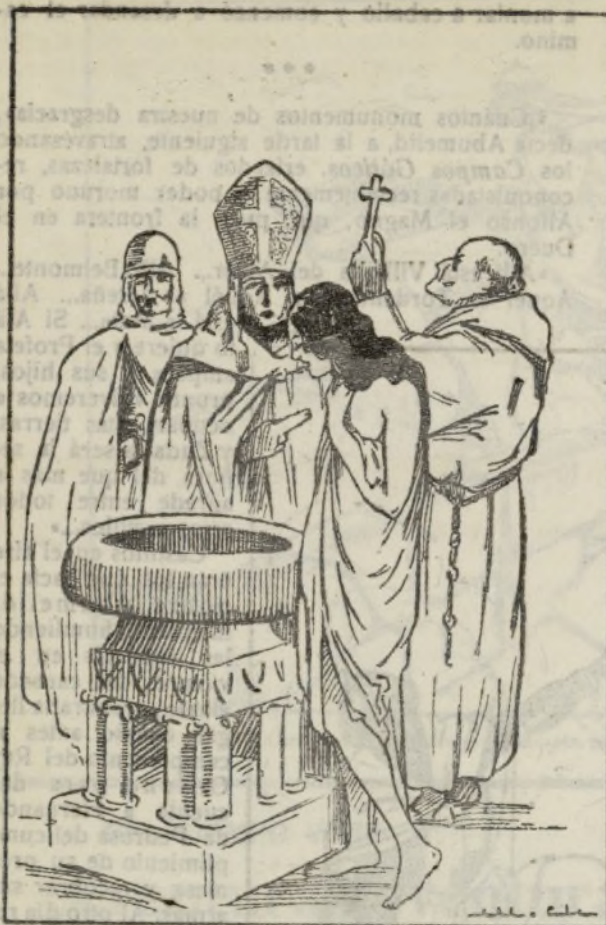
«En el puerto resistirán los míos, se decía, y harán a los cristianos retroceder.» Pero llegó al puerto, y por allí habían pasado también, en dirección al Mediodía, los moros huyendo, y en su persecución los leoneses.

«¿Habrán ido sobre Talavera?», se preguntó medio desesperado.

Y se encaminó a Talavera con el imprudente coraje con que la osa que ha sentido la gritería de los cazadores marcha de frente al enemigo porque en la misma dirección está la cueva en que habrían dejado sus esbardos. Ya no se acuerda de que no tiene armas con que batir; piensa en Zudaira, espolea sin piedad su pobre potro y llega



—No me mates. Estoy rendido.



Vió a Zudaira con el cuello desnudo y destrenzados sus hermosos cabellos negros, por donde acaba de correr el agua del bautismo.

a Talavera, cuyas ruinas cubre una nube de humo.

—¿Qué es esto?—preguntó a una anciana que lloraba a las puertas de la ciudad.

—Que el Profeta abandona a sus fieles... Que el Rey de los cristianos ha caído sobre nosotros con su ejército; han entrado por fuerza en la ciudad, y después de saquearla y de ponerla a lumbre se han llevado cautivos al gobernador y a todos los habitantes de buena edad que no habían perecido en la defensa... No entres, Abumelid, que no hallarás más que casas ardiendo y viejos llorando...

—¿Dónde están los cristianos?—preguntó Abumelid a la anciana.—¿Sabes adónde han ido?

—Marchan sobre Cáceres.

Abumelid dió vuelta a su caballo, y por la parte exterior de la ciudad, medio asfixiado por el humo de los edificios que acababan de consumir las llamas, se puso en el camino de Cáceres, corriendo como un loco en seguimiento de los leoneses.

Después de haber andado una buena jornada tuvo noticia de que el Rey Don Ordoño, enterado de que en Toledo se estaba juntando un ejército muy grande para salir contra él, por no exponerse a perder las ventajas adquiridas, había determinado volverse a sus tierras.

Cinco días después entraba Abumelid en la mora, donde estaban el Rey de León y su ejército celebrando con grandes fiestas las recientes victorias. Pero ni encontró allí a Zudaira, ni a Hernando de Pedrosa, ni a los cautivos de Talavera que había sido el encargado de conducirlos.

El triste Abumelid pidió hablar al Rey, y concedido que le fué, refirió a Don Ordoño todos sus desdichas desde la derrota de Castro-Nuño hasta el cautiverio de la elegida de su corazón de aquella por quien había querido vivir, aun a duro trueque de ir a declarar su vencimiento a Corte cristiana.

«Señor—concluyó el enamorado Abumelid arrasándose los ojos en lágrimas—, en vuestras leyes también son sagrados los juramentos; el contrato del matrimonio es entre los cristianos insoluble: dame a Zudaira, que me ha jurado ser mi esposa... Esa mujer, Señor, me pertenece; no puede ser de otro hombre. Dámela. Rey magnánimo, y Alá prolongue tus días y los de tus hijos».

La sinceridad con que el moro expresaba su pena conmovió grandemente a Ordoño. Él, que consideraba que en aquellos días era Dios el colmado de felicidad concediéndole una victoria sobre los enemigos de la fe y la dilatación de sus dominios, no debía negar a un digno cristiano una merced relativamente pequeña. Abumelid portador de una carta para León, la que ordenaba la libertad del gobernador de Talavera y de su hija.

Acariciando y besando el pergamino, partió Abumelid a toda prisa para León, después de haber hecho al Rey cristiano interminables promesas.

Iba a ser feliz. En León recobraría sus armas y la mujer amada de su corazón. La común gratitud haría que ni Zudaira ni su padre tuvieran por caso deshonoroso lo de Castro-Nuño, aun cuando hubiera llegado a su noticia. Y luego iba a ser salvador, a él le iban a deber su libertad Zudaira y su padre.

Embebido en tan dulces pensamientos llegó a León el tercer día a media mañana y a tiempo que las campanas de la Catedral repicaban y volteaban alegres anunciando fiesta. Penetró en el centro de la ciudad. En las calles cercanas al Palacio de los Reyes y al templo del Salvador había gran concurso de gente. Las campanas seguían tocando.

—¿Qué ocurre de extraño?—se determinó a preguntar.—¿Por qué es la fiesta?

—Porque se bautiza una cautiva—le contestó una mujer que, cubierta la cabeza con la mantilla, se encaminaba al templo.

A Abumelid le dió una vuelta el corazón. ¿Zudaira?... No, no podía ser.

¡Qué locura! Zudaira estaba bien instruída en la ley del Profeta... Pero la mujer a quien había preguntado continuó:

—Y es una mora de las principales, y muy hermosa, hija no sé si de un Emir o de un Califa. ¡Vaya! Como que la bautiza el señor Obispo y padrino el Conde de Mayorga y madrina doña María, la dama de la Reina...

Cada palabra de estas se clavaba en el corazón de Abumelid como un dardo envenenado.

¿Sería posible que fuera Zudaira la que abandonaba la ley del Profeta?

La sangre se le agolpaba en la frente y sentía escalofríos terribles en el cuerpo.

Se apeó, dejó el caballo en medio de la calle, y atropellando a los fieles que querían impedirle el paso, penetró en la iglesia. Se dirigió a la capilla donde había más gente y vio a Zudaira con el cuello desnudo y destrenzados sus hermosos cabellos negros, por donde acababa de correr el agua del bautismo.

—¡Pérfida!—gritó Abumelid con voz ahogada por el furor,

La mora le conoció en la voz y se estremeció.

Después quiso llamarle para exhortarle a que abjurara como ella de la superstición de Mahoma y abrazara la religión cristiana, pero Abumelid había desaparecido.

Salió de la iglesia y de la ciudad corriendo como un loco, y al pasar el puente de Mansilla se arrojó de cabeza en el Esla.

Un año después, Hernando Álvarez de Pedrosa, el vencedor de Abumelid, en desquite de los antiguos desdenes de D.^a María de Villamizar se casaba con la hermosísima Zudaira o con *Doña María de Talavera*, como llamaron a la mora después del bautismo.

ANTONIO DE VALBUENA.

COSAS DE ANTAÑO

CORONEL, POR HACER VERSOS

En la época de Felipe IV existía en la corte, en Puerta Cerrada, una calderería, y entre varios muchachos había uno que sobresalía por su mucho ingenio y entendimiento. Siendo aún muy joven dió en poetizar, con tal constancia, que sus compañeros lo dieron por loco. Poco a poco se fué apartando del oficio, hasta que lo abandonó por completo a la edad de catorce años.

Existía por entonces una taberna muy célebre, que ostentaba en el letrero de la puerta «Taberna de las nueve musas», donde se reunían los más célebres poetas, tales como Moreto, Rioja, Calderón de la Barca y muchos más; allí fué presentado nuestro poeta Baltasar Venayas, pues así se llamaba el calderero.

Presentóle D. Francisco de Quevedo y Villegas, al entrar en esta sociedad fué ocasión para que le tomase bajo su protección otro célebre poeta, llamado D. Antonio Mira de Amescua, autor de la célebre obra *La Fénix de Salamanca*. Estos dos vates insignes presentaron al joven Baltasar Venayas en el Teatro del Buen Retiro a Felipe IV. Cuando estuvo el joven poeta en presencia del rey y de toda la corte, no se le apocó el ánimo al observar las miradas que le dirigían los cortesanos.

El rey dijo a Baltasar:

— Dícenme que vertéis perlas.

Y Baltasar replicó:

— Sí, señor; mas son de cobre,
y como las vierte un pobre,
nadie se baja a cogerlas.

Esta réplica de Baltasar, tan rápida, tan sentida, tan oportuna, hizo que el rey lanzase una exclamación de alegría, en tanto que los cortesanos le recibieron con un murmullo de agradable sorpresa.

Yo seré quien recogerá esas perlas, joven—dijo el rey entusiasmado.

Y tan buena acogida tuvo por parte del rey, que lo nombró oficial de la guardia amarilla del rey, con destino a Portugal, que por entonces sostenía guerra con España. Allí fué a las órdenes de D. Juan de Austria, quien lo nombró su ayudante.

Sus méritos personales y la parte que tomó en el descubrimiento de una conjura contra el rey, hicieron que el antiguo calderero-poeta, se viera nombrado coronel de uno de los regimientos de la Corte, y, por último, se casó con una condesa siendo padrino de la boda Felipe IV.





ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

En la capilla del Palacio Real de Saint James, en Londres, se observan una porción de costumbres tradicionales, a cual más curiosa y original. Una de ellas consiste en lo que llaman los ingleses *spur money*, o impuesto de la espuela; en conformidad con ella, todo el que entra en la capilla con espuelas, tiene que pagar una guinea (56 pesetas, a la par) al primer niño del coro. Los que con más frecuencia tienen que someterse a este impuesto, son los militares, pues como la ordenanza les obliga a llevar puestas las espuelas, muchas veces se olvidan de quitárselas cuando entran en la capilla. Como son muchos los militares que en días de ceremonia acuden al templo, ni que decir tiene que el cargo de primer niño de coro es de los más lucrativos. Por supuesto, que nunca se da sino a hijos de personajes conspicuos o a muchachos que tienen excelentes recomendaciones.

Es muy curiosa la circunstancia de que la mayoría de los mariscales de Francia, en tiempo de Napoleón, hayan muerto en sus lechos y a una edad muy avanzada.

Veintitres generales franceses alcanzaron el bastón de mariscal, y de esos veintitres sólo Lannes y Bessieres perecieron en el campo de batalla, y otro, el príncipe Poniatowski, murió ahogado.

Quince fallecieron de muerte natural y los restantes terminaron sus días en circunstancias trágicas, pero que no tienen relación alguna con los azares de la guerra.

A fines del siglo XVII, consideraban los turcos el uso de la espada, como una barbarie indigna de países civilizados, precaviendo con su omisión los violentos efectos de la ira. A tal punto llegaba su precaución que aun los genízaros militares de profesión dejaban de ceñírsela en tiempo de paz, según refiere el historiador de la vida de Carlos XII de Suecia.

Durante una de las encarnizadas batallas libradas entre chinos y japoneses, ocurrió un incidente por todo extremo extraordinario.

Hallándose un soldado chino arrodillado y en actitud de disparar, llegó una bala del campo enemigo y, penetrando precisamente por el agujero del cañón, hizo explotar el cartucho de la carabina del chino, hiriéndole en la cara.

Si se considera el reducido espacio del cañón de

un fusil, se comprenderá lo difícilísimo que es un caso semejante se repita. Sin embargo, durante el bombardeo de Alejandría, por los ingleses, 1882, ocurrió una cosa parecida: una de las bombas inglesas penetró en un cañón de uno de los fuertes, haciéndolo explotar y matando a todos los que le rodeaban.

Margarita, viuda de Haquin o Hakon II, reina de Dinamarca y reina de Noruega, dirigió al rey de Suecia, Alberto II de Mecklemburgo, un cartel de desafío, al que el monarca dió respuesta enviándole a Margarita una piedra muy larga para que afilase las agujas.

Como es de suponer esta irónica contestación precipitó los acontecimientos, haciendo que empezase una campaña en la que el soberano sueco salió derrotado.

En ciertas ocasiones, un sólo tiro bien dirigido ha decidido una batalla. La ciudad de Haddington, en Escocia, se salvó en 1548 por una descarga de metralla. Los franceses la atacaban, y habían llegado ya hasta la ciudadela, cuando la descarga produjo en las filas un pánico que al punto se tradujo en vergonzosa retirada.

Sin embargo, el tiro más importante que se disparó en el mundo fué, probablemente, un tiro de mosquete, en 1718. Fué el tiro que mató a Carlos XII de Suecia, y se supone que lo disparó uno de sus propios soldados. Ocurrió el suceso durante la guerra con Noruega, en la fortaleza de Friedrichst, y a él se debió que el sitio de Friedrichst fuese levantado. Un sólo disparo de mosquete alteró la historia de dos naciones.

La estrella más próxima a nosotros es Alfa Centauro, de la que nos separan 25.000.000.000.000 millas de espacio. Esto se dice muy pronto, pero considerando que la luz de dicha estrella tarda cuarenta años y tres meses en llegar hasta nosotros, comprenderemos cuánta es la importancia de la cifra expresada.

En una guerra entre los chinos y los mongoles, el general Fei, a punto de ser derrotado, observó que las mujeres mongolas y sus hijos estaban a cierta distancia del teatro de la acción, y enseguida se ocurrió un procedimiento ingenioso, aunque no humano, para alcanzar la victoria. Ordenó a sus soldados hacer fuego contra aquel grupo indefenso y esto bastó para que los mongoles rompiesen sus filas para correr a proteger a sus familias, de cuya circunstancia se aprovecharon los chinos para hacerles la retaguardia y derrotarlos por completo.

EN EL PAIS DE LOS "SINN-FEINNERS"

La independencia de la Verde Erin

La lucha entre el Gobierno inglés y los «sinn-feinners» parece que toca a su fin. Mr. de Valera, presidente, al parecer, de la oculta república irlandesa, se ha puesto al habla con Lloyd George y el conflicto se arregla. Los «sinn-feinners» van a obtener por fin su ansiada, aunque un poco amortiguada independencia.

Irlanda, la Verde Erin, recobra al fin sus derechos tan disputados y una nueva nacionalidad va a formar parte de los dominios de Inglaterra.

Qué quiere decir «sinn-fein»

«Sinn-feinners» quiere decir «yo mismo» o «nosotros solos»; es el lema de los que quieren regirse libremente sin intervención de estados extraños. Es el mote que han tomado con una inconcebible valentía y audacia extraordinaria; han desafiado en las mismas puertas de su casa al poderío de la vieja Albión y hecho vacilar a su Gobierno. Inglaterra quiso al principio ensayar el régimen duro, autoritario, el de la mano de hierro (*iron hand*), y el pueblo irlandés, que es cordial, apasionado y caballeresco, se sublevó indignado, como caballo noble que se revela ante la espuela, y hubo de venir la política de conciliación.

«¡Independencia o nada!» gritaban los irlandeses.

«¡Autonomía, en todo caso!» contestaba Inglaterra.

Y en una situación media parece que va a quedarse, Irlanda se regirá a sí propia, dispondrá de

sus tributos y sus aduanas y armará su guardia territorial; pero se hallará, en definitiva, bajo el superior dominio de la Gran Bretaña en cuanto se relaciona a su política exterior y a sus armamentos.

Los mártires de Irlanda

Irlanda, para llegar



El Presidente de la República irlandesa Mr. E. de Varela que ha conseguido del Gobierno británico el reconocimiento de la autonomía de Irlanda.

al actual estado, de cosas, ha necesitado sacrificar muchas vidas. En los doce meses del año 1917 las autoridades británicas ahorcaron a cinco afiliados al partido republicano, fueron azotados y acuchillados más de 100 y sufrieron encierro y deportación unos 350. Los «sinn-feinners» han elevado a la categoría de mártires a los que supieron sacrificarse por la patria, y el pueblo guarda con reverencia los detalles de los últimos días del alcalde de Cork, que

murió en la prisión por haberse negado a tomar alimento, y desir Roger Casement, que fué ejecutado por suponerse en complicidad con elementos alemanes durante la gran guerra.

Los últimos momentos de Casement fueron interesante-mente des-



Un paisaje típico de Irlanda.

criptos de la siguiente manera por Miguel de Zarraga en una de sus brillantes crónicas:

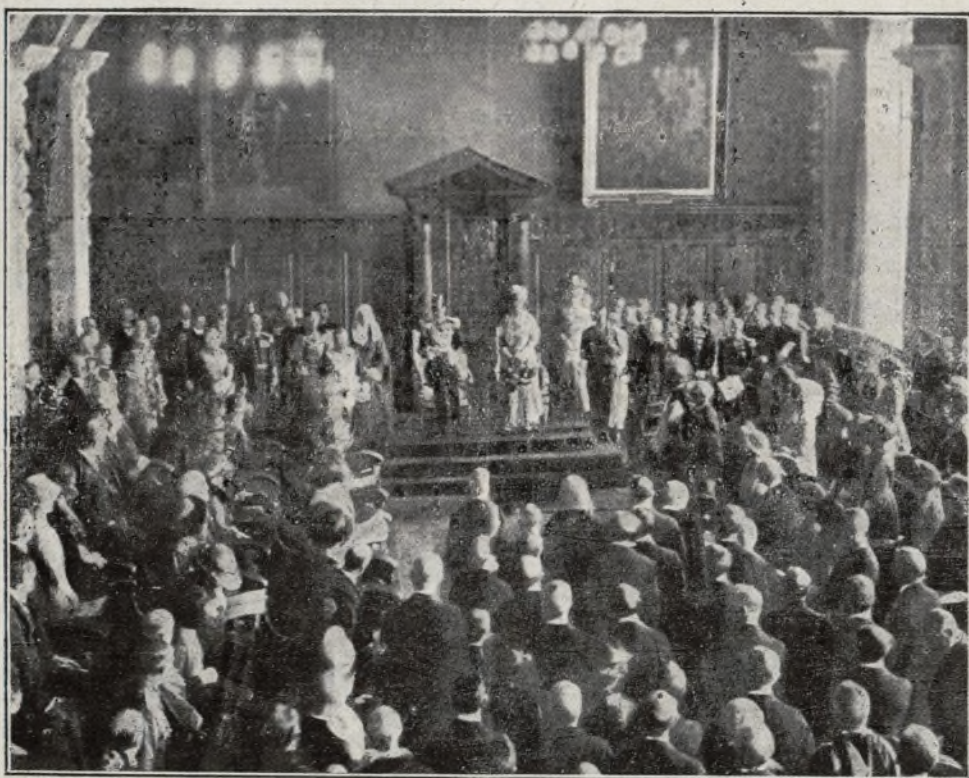
«Cuando despertó de su última noche bañaba el sol la celda del condenado. Al despertar, sus nervios, en terrible tensión, amenazaban romperse. Fué en un instante nada más; el condenado, dueño siempre de sí, dominó la rebeldía de aquellos nervios, y, tranquilo, con voz serena, se le oyó murmurar:

«—¡Qué hermosa mañana la de hoy!

»Seguidamente expresó su gratitud á los guardianes por las pequeñas atenciones que con él tuvieron

»del condado de Londres y del condado de Middlesex, por la presente, encargados del fiel acatamiento de esta sentencia, y que Dios tenga piedad de vuestra alma».

»A Dios encomendose Casement, y rezando estaba cuando en la puerta de la celda se presentó el ejecutor de la justicia. Un repulsivo hombre llamado Ellis, que ejerce de peluquero en Rochdale. Cinco libras esterlinas le pagaron por su oficio de verdugo. Eran las nueve de la mañana. Casement, pálido, se puso en pie, cruzose de brazos, y parecía deseoso de acabar cuanto antes.



Hoy el rey de Inglaterra ha hecho la primera invitación a la paz con la apertura solemne del Parlamento de Belfast, el 22 del pasado junio, reuniendo, por primera vez, en su país a los diputados del norte de Irlanda.

durante su breve estancia en la lúgubre prisión de Pentonville, y les pidió que le llevaran un sacerdote católico, aunque él había sido toda su vida protestante, rindiendo así culto a la secta de todos los que, como él, nacieran en alguno de los condados de Ulster. Entraron dos sacerdotes católicos, a los que él recibió efusivo, y durante un cuarto de hora se preparó con ellos a bien morir. Abjuró de su protestantismo, confesó, comulgó, se arrepintió de sus pecados de hombre...

»Después escribió unas cuantas cartas, anotó diversas recomendaciones, leyó un rato y se dispuso a dormir. Durmió profundamente. De un solo sueño. Aunque fuera muy posible que entonces repercutiesen en sus oídos las fatídicas palabras que le condenaron «a que de aquí se os conduzca a lugar de ejecución, y que en él seáis colgado por el cuello hasta que hayáis muerto, quedando los jerifes

»Precedido de los sacerdotes y entre dos guardianes, se dirigió hacia el lugar en que habíase instalado el cadalso. Por el camino los sacerdotes cantaban la letanía de los agonizantes. Casement respondía en voz baja:

«—¡El Señor tenga piedad de mi alma!

»Ya en el lugar de la ejecución—un tablado con teatral escotillón de automática rapidez—el verdugo se le acercó y ajustóle al cuello la cuerda de la horca, mientras los sacerdotes, el gobernador de la prisión, los jerifes de Londres y de Middlesex, y los pocos más testigos del fúnebre acto, colocábanse en sus puestos. Casement, erguido, con serenidad inconcebible, aguardó el horroroso tránsito a la muerte. Volvió a rezar:

«—¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu! ¡Jesús mío, recibe mi alma...!

»Maniobró el verdugo la palanca ejecutora



Antes del convenio con los irlandeses, estas eran las escenas frecuentes en las calles de Dublín. El grabado es copia del publicado por un periódico inglés, reproduciendo el asesinato, a tiros, de dos oficiales, en pleno día, en la capital irlandesa.

abrióse rauda el fatídico escotillón, y aún se oyó a Casement que decía:

«—¡Muero por mi patria...!— El escotillón tragó su cuerpo, que colgóse rígido, para siempre.»

En la capital de Irlanda

Los sucesos más sangrientos de estos últimos días han tenido lugar en Dublín. Dublín es la capital de la Irlanda del Sur. Lo más bello de Dublín es su bahía. La bahía de Dublín figura entre las más hermosas bahías del mundo; se la compara con las de Nápoles y Navarino, y en verdad tiene muchos de los encantos de éstas, por más que le falten los accesorios del clima y del cielo y el intenso color azul de sus aguas. Sin establecer comparaciones, cualquiera que cruce sus orillas desde el promontorio de Howth hasta Bray Head, o las recorra al entrar en Irlanda o al salir de este país, debe reconocer que su celebridad no es innecesaria. En su extremidad norte, una península baja se prolonga en el espacio de cerca de dos millas, hasta que se eleva gradualmente terminando en la colina de Howth, que alcanza una altura de 563 pies sobre el nivel del mar, en el cual se sumerge trazando graciosos contornos.

El mayor encanto que ofrece consiste en la variedad de los tintes de la vegetación y en la abundancia de ésta, que rodea las preciosas quintas di-

do constantemente desde entonces. En otras varias épocas se ensanchó el edificio, particularmente en el siglo xvi. Para llegar aquí debe franquearse una serie de escalones que conducen a un terrado, y después a un patio que se extiende a lo largo de todo el edificio. La estructura es, en su conjunto, imponente, pues hay una larga serie de almenas flanqueadas en cada extremidad por una torre cuadrada. Con el castillo se asocian no pocos recuerdos históricos. Gracia O'Malley llegó aquí una vez para pedir hospitalidad al conde, cuando desembarcó en Howth después de su visita a la corte



Y consecuencia de ello eran las escenas de horror, de cuyo alcance podrán darse cuenta nuestros lectores con la presente fotografía de una plaza de Dublín, después de una acción del ejército inglés. Vese en la plaza desierta los charcos de sangre, testimonio de la tragedia, y cuatro cadáveres de irlandeses, que yacen abandonados en el suelo de la calle.

de Isabel, y habiéndosela negado, tomó una venganza singular, apoderándose del joven heredero, el cual se llevó consigo, reteniéndole hasta que su padre prometió no cerrar nunca las puertas del castillo a la hora de comer.

Irlanda, el país de las leyendas, es un rompecabezas para Inglaterra. No saben verdaderamente lo que les conviene hacer. He ahí las continuas deducciones que siempre la cuestión cuando parece que va ha ser arreglada, la cuestión del Ulster, impide el gobierno el reconocimiento de la independencia. El Ulster, impide una solución radical del asunto; es decir, el Ulster y el sentimiento del peligro que

puede resultar para Inglaterra la inmediata proximidad de una nación libre. Inglaterra perderá las ventajas de su aislamiento en el mar. La vieja Albión tendría un punto vulnerable y este podría ser aprovechado por sus enemigos.

Cuando cerramos estas líneas, el seudo Presidente de la República Irlandesa, Sir de Valera, ha vuelto a su país después de conferenciar ampliamente con Lloyd George. Parece que vuelve satisfecho de sus conversaciones porque ha dejado asentado el primer punto de los que han de afirmar en lo sucesivo la Independencia de Irlanda.

CASOS Y COSAS

En el año 480 antes de J. C., Jerjes, rey de Persia, invadió la Grecia, y acampó su ejército en Macedonia. El desfiladero de las Termópilas era el único paso de la Tesalia. Leónidas, rey de Esparta, se apostó a la entrada de dicho desfiladero con trescientos espartanos, y resistió durante muchos días al ejército de Jerjes, que contaba más de dos millones de soldados. Pero la traición de un pastor, que reveló a las tropas persas un paso secreto que las permitió envolver a los griegos, hizo inútil la abnegación de Leónidas y los suyos. Entonces éste hizo grabar sobre una roca la siguiente inscripción: «¡Caminante! vé a decir a Esparta que hemos muerto aquí obedeciendo sus leyes». Después abandonó el desfiladero, penetró de noche con sus trescientos espartanos en el campamento de Jerjes, y allí se hicieron matar peleando. Este hecho histórico ha pasado a ser proverbial con el nombre de *paso de las Termópilas*.

Según la estadística criminal de la mayor parte de las naciones de Europa, la embriaguez influye en la criminalidad, en las siguientes proporciones:

En los actos de violencia cometidos contra las personas, golpes y heridas, muertes y asesinatos, el 88 por 100.

En la vagancia, mendicidad, etc., el 79 por 100.

En los ataques a la propiedad, robos con fractura, depredaciones, destrucciones, incendios, etc., el 77 por 100.

En los robos, abusos de confianza, estafas falsificaciones, el 70 por 100.

En los ataques públicos, el pudor, tentativas de violación, violaciones consumadas, el 53 por 100.

En resumen: la embriaguez proporciona un contingente de un 75 por 100, como término medio, en todos los crímenes reunidos.

Hallábase en oración un sacerdote turco al salir al sol en los alrededores del Cairo, y como viese un fantasma que se dirigía a la ciudad, se acercó a él preguntándole:

—¿Quién eres?

—Soy la Peste—respondió.

—¿A dónde vas?

—Al Cairo.

—¿A qué?

—A matar quince mil hombres.

—¿No hay medio de impedírtelo?

—No; así está escrito.

—Marcha, pues; pero cuidado que mates uno más de los quince mil que has dicho.

Cuando hubo desaparecido el contagio, volvió a repetirse el mismo encuentro, y el sacerdote volvió a comenzar su interrogatorio diciendo:

—¿Vuelves del Cairo?

—Sí.

—¿Qué has hecho allí?

—Maté los quince mil hombres.

—Mientes, embustero; porque los muertos fueron treinta mil.

—Es verdad, pero yo no maté más que quince mil; los otros quince mil murieron de miedo.

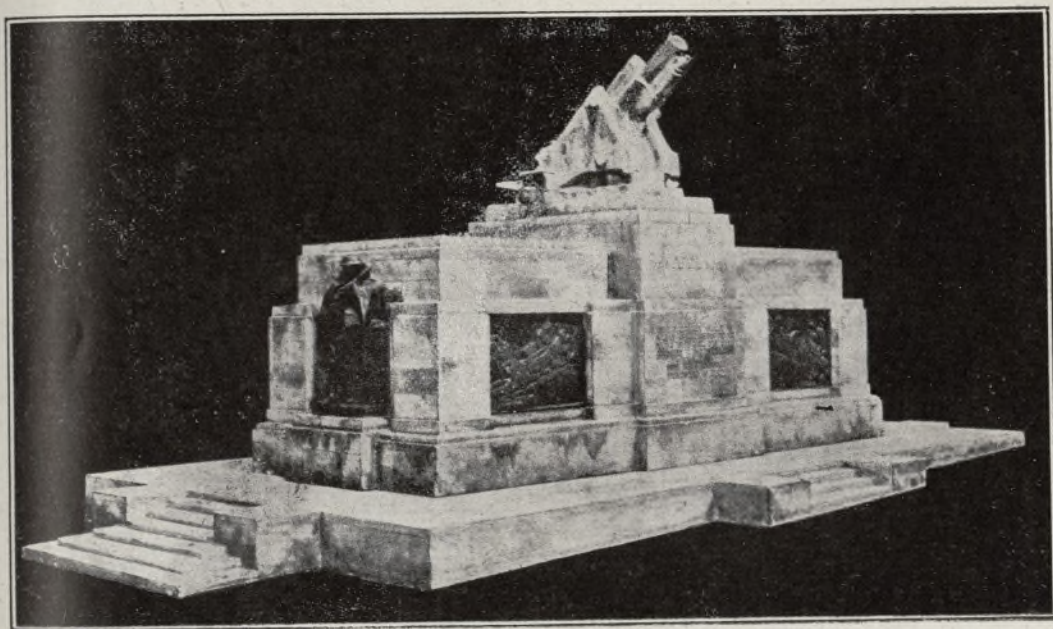
Talleyrand había adoptado un medio muy ingenioso para echarse de encima los autores que hacían el obsequio de un ejemplar de su libro. Nunca tardaba en darles las gracias. Al día siguiente del regalo, los autores recibían una atentísima carta en la cual les decía: «*Estoy persuadido de que la lectura de vuestra obra me causará tanto placer como gusto me ha dado recibirla.*»

—Es muy bueno, decía Talleyrand, eso de contestar sin retardo, porque así uno se dispensa de leer la obra; mientras que si se dejan pasar días por política, tendría uno que mentir.



RECUERDOS DE LA GRAN GUERRA

UN MONUMENTO A LOS ARTILLEROS



Boceto de monumento que va a ser erigido en el Hyde Park de Londres, en recuerdo de los relevantes servicios prestados por la Artillería inglesa durante la gran guerra. Las bajas en esta Arma sufridas por Inglaterra han sido, según la estadística definitiva, de 48.949 artilleros muertos, 129.156 heridos y 6.689 desaparecidos; en honor de todos los cuales se elevará el monumento.

LA INVENCION DEL TELEFONO

La invención del teléfono, según el propio inventor Dr. Graham Bell, fué, en algo, obra de la casualidad.

—«Mi intención—dice—era tan solo estudiar las diversas formas de vibraciones producidas por los sonidos de las diferentes vocales y consonantes, a fin de que los niños sordomudos llegasen a entender por medio de la vista el significado del discurso, por la impresión que sus diferentes sonidos grabaría en placas sensibles a estas vibraciones. Durante el curso de mis experimentos puse en práctica la indicación del Dr. Clarencé J. Blake, distinguido otólogo de Boston, consistente en utilizar como fonógrafo el oído de un cadáver, logrando obtener por este procedimiento, sobre cristales ahumados hermosas impresiones perfectamente claras y determinadas de vibraciones producidas por la voz humana. Y precisamente las reflexiones que

sobre este oído fonógrafo hice, fué lo que me sugirió le idea del primer teléfono, porque, en efecto, entonces fué cuando llegué a concebir lo que hoy es conocido con el nombre de corriente ondulatoria eléctrica. De mis estudios sobre la materia deduje que se podría producir una corriente ondulatoria por las vibraciones de una armadura colocada frente a un electroimán, siempre que estas vibraciones correspondiesen a las del aire, durante la duración del sonido.»

En 1874 ideó y puso en práctica el modo de producir vibraciones por medio de la voz humana, en una armadura de hierro, uniendo ésta, al efecto, con una membrana estirada.

Esta concepción teórica tuvo forma práctica al siguiente año, fué aceptada en 1876 y comenzó a utilizarse por el público al año siguiente.

LA QUE SÓLO AMÓ UNA VEZ....

I

El pueblecillo parece dormido bajo el brujo encanto de una luna que baña de plata los labrados campos y las casas, enjabelgadas y arracimadas alrededor de la iglesia.

De vez en cuando, la quietud es rota por los acordes de guitarras y bandurrias de la ronda de mozos que, de puerta en puerta, van prendiendo en cada una la flor aromosa de una copla de despedida.

¡Extraña alegría, la de aquella noche!... Y digo extraña, porque bajo el desgranar de las notas de las guitarras y la intención picaresca de alguna que otra copla, notábase algo que hablaba del dolor de la marcha, de la pena de la separación de lo que para festejadas y rondadores tan querido era...

Y era entonces, cuando bajo aquella alegría de coplas y guitarras, queríamos nosotros adivinar el gemir de un alma y las lágrimas de muchos corazones...

Al servicio me llevan,
no tengas pena;
que me libra de todo
tu amor, ¡mi nena!

Y se perdía a lo lejos la copla; entre el trinar polifónico de las bandurrias, el compás cadencioso de las guitarras y el rumoreo del río, que como una cinta de plata, serpeaba al pie del pueblecillo, entre pinos y adelfas...

Lola, sentada junto al ancho ventanal que da al campo, contempla el cielo cuajado de estrellas en la noche clara.

¡Qué días más largos y angustiosos se le hacían a su pobre corazón!

¡Y había que esperar tres años!... Iba contando los días que llevaban de separación; veintidós nada más, y ya le parecían un siglo.

Lejos, muy lejos estaba su pensamiento; su mente volaba hacia los campos africanos, donde «su» Antonio cumplía los deberes patrios...

II

Cuando apenas amanecía, se inició el avance proyectado por el alto mando.

Pronto el enemigo que estaba a la expectativa, se apostó a la lucha, entablándose reñido combate.

Silbaban las balas por encima de los soldados que, enardecidos por el bravo ejemplo de sus superiores, perseguían a los rebeldes, haciéndoles muchas bajas.

Agazapándose, aprovechando las piedras y hendiduras del terreno, avanzaban con valentía, sin cesar de hacer fuego.

Desde el campamento, los cañones batían el fren-



te enemigo vomitando metralla y destruyendo los poblados.

Los rebeldes se rehicieron y arreciaron en su ataque llegando osadamente.

En muchos sitios se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo, hasta las guerrillas.

Derrochaban heroísmo nuestros soldados.

Antonio, parapetado tras una piedra, más avanzado que ninguno, apuntaba con certeza y disparaba cuando sabía que iba a aprovechar sus disparos.

Advertido esto por un núcleo de cabileños, fueron cercándole hasta tenerle reducido en estrecho círculo.

Bien. Daría su vida; pero no sin antes quitarse el enemigo a unos cuantos enemigos. De los ocho moros que le rodeaban, mató a cinco. Los otros tres cayeron rápidamente sobre él, y dándole un fuerte golpe de *gumia* en la cabeza, se llevaron su cuerpo exánime...

Fué un día de dolor en el pueblo, cuando llegó la noticia.

Antonio había muerto. Lo publicaban los periódicos; lo había escrito Angel, el hijo de la tía Genara que también estaba por aquellos campos de Africa sirviendo al Rey...

Y Lola, sufrió en el corazón tan terrible golpes que parecía como si no hubiese en el mundo cosa alguna para ella.

¡Cuántos días, interrogando al cielo si sería cierto lo que, apesar de tanta prueba, ella no se atrevía a creer!... ¡Qué dolor más íntimo, más agudo el de la pobre muchacha!

Lástima daba ver como se había quedado en poco tiempo.

Delgada, pálida como una magnolia, sentada siempre en el ancho ventanal frente al campo inmenso, parecía una estatua viviente del Dolor...

III

Como en otros días, la ronda de mozos volvió a prender coplas en las ventanas de las lindas muchachas del pueblo...

Volvían los cumplidos, y con ellos, la alegría a los hogares, tanto tiempo silenciosos, donde todos callaban sus tristezas por no enristecer a los demás.

Habían vuelto todos... menos uno, que había quedado allá en las tierras africanas regada con sangre de tantos hermanos.

Y las coplas y las guitarras volvieron a poner en la noche augusta su rimo sonoro, que arrancó a los ojos de Lola sentidas y dolorosas lágrimas.

Días hacía que la rondaba un buen partido: El hijo del señor Juan Manuel, uno de los más ricos hacendados del pueblo.

—Lolilla,—la dijo;—tres años hace que Antonio se fué... Dos, que el pobre tuvo la desgracia de morir. Y tú no te debes condenar a morir de pena, cuando eres tan buena y tan bonita... ¿Quieres hacerme feliz siendo mi esposa?...

—Nunca,—le respondió sin pensarlo. Te lo agradezco mucho, pero mi corazón no amó más que una vez. Antonio. «mi» Antonio, está aquí en mi alma siempre, siempre...

No hubo modo de hacerla variar de opinión. Se encerró en su dolor íntimo, en su santa pena, y se consagró al recuerdo del amado...

IV

Fué un día alegre como un amanecer de mayo. Trinaban en el campo los pajarillos. Las huertas,



llenas de aromas, ofrecían entre el esmeralda de los árboles las áureas pomas de los frutos.

Y bajo el cielo azul purísimo, triunfaba la vida... Hasta la campanita de la iglesia, como si festejase el milagro, revoloteaba locamente.

¡Antonio había vuelto al pueblo!... Los moros que lo cogieron exánime en el campo de batalla, lo habían tenido prisionero esperando en su día entablar negociaciones con el Gobierno para su rescate.

Mal comido, harapiento, y atado en una *jaima*, lo tuvieron. Hasta que una noche, uno de los moros de la kábila a quien simpatizó el «paisa», lo libertó sin ser visto por el jefe del poblado enemigo, poniéndolo en camino seguro.

Lola, al verle aquella mañana, loca de emoción y de alegría, sufrió un desmayo.

Fué Dios quien llevó a su corazón aquella dicha que tenía tan ganada, después de tres años en que sólo vivió para el recuerdo de su amor.

Y aquella noche, todos los mozos del pueblo salieron de ronda, prendiendo en la ventana de la que sólo amó una vez las más galanas coplas, que se perdían en la lejanía, entre el rumorero del río y las mieses y el trino de los pájaros...

RAFAEL LOPEZ RIENDA



POR TIERRAS DE CASTILLA

BURGOS

Han querido muchos darle a Burgos un origen antiquísimo, una existencia casi prehistórica, creyendo sin duda que esta ranciedad era título de nobleza y de grandeza. Nada más equivocado.

Burgos, nacido al calor de la reconquista, y base de la vieja Castilla, aparece más hermoso para el historiador, que con títulos arqueológicos y con recuerdos de edades pretéritas.

Esencialmente castellano, precursor del *Caput Castellae*, en su pequeñez primitiva recuerda aquel verso del poema anónimo de Fernán González:

«Estonçe eva Castylla
vu pequenno rryncón;

Y precisamente por este carácter de su fundación y por su asiento genuinamente guerrero y por su papel histórico en la reconquista, se aparece como uno de los pocos pueblos de origen netamente castellano.

Por eso es la ciudad de la edad media, la que más fielmente personifica en su historia la reconquista cristiana; la que sobrepuja a León y Toledo; la que no necesita para vestirse con galas de ajenos esfuerzos, que los tiene propios, y labrados por el alma recia de sus hijos.

El conde Fernán González, por sí solo, llena la historia de Burgos; es como el alma de una época de desasosiegos y luchas, y por si este patricio ilustre no hubiese adecuada fama para la historia de las tierras castellanas, si aparece unido, el famoso Cid Campeador, a los recuerdos de la crónica y de la leyenda.

Allá en el monasterio de San Pedro de Cardena,

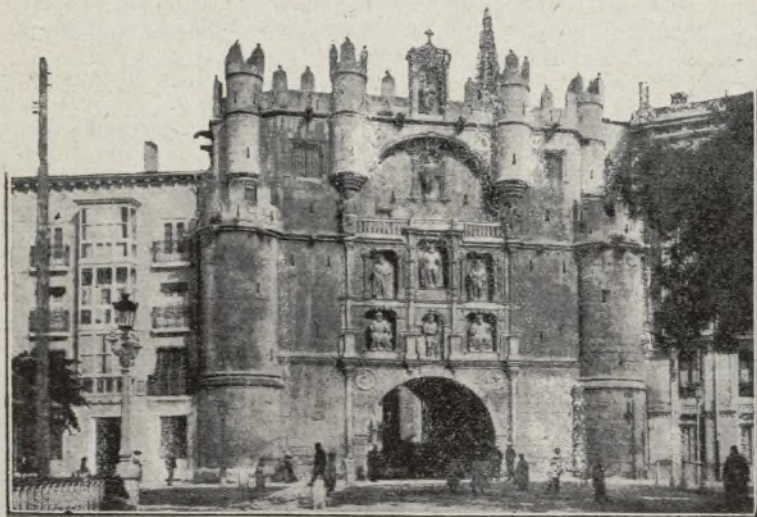


conservase el sepulcro que guardó las cecinas de un héroe; es lo que queda de tanto trasegamiento como sufrieron.

Y no el propio Burgos que en las fábricas que conserva, mantiene viva la historia del arte y de la belleza, sino los aledaños, las cercañas, son páginas de la vida pasada abiertas a los ojos de generaciones sucesivas.

La catedral, las parroquias, los monasterios, el hospital del Rey, las ruinas que fueron en tiempo casas de religión y lugares de paz; todo se contempla con avidez, porque todo es parte de algo que quedó atesorado por estas piedras tostadas al suelo, y maltrechas por el tiempo.

Y si continuamos la exploración recorreremos el torreón de Don Urruca, el palacio de Fernán González, los sepulcros de las infantas, la tumba de Mendarra, y los monasterios de San Pedro de Cardena, de las Huelgas, de San Pedro de Nájera, la Cartuja de Miraflores; todo ese cúmulo de bellezas y recuerdos históricos, que se agolpan queriendo borrarse unos a los otros para no dar lugar a la comparación, como envidiosos de un mayor elogio.



BURGOS.—Arco de Santa María.

FEDERICO PITA

La batalla de San Quintín

El 15 de Julio de 1557, el duque de Saboya marchó sobre la plaza de Mariemburgo en la Champaña para llamar hacia allí la atención de las tropas francesas. La estratagemá surtió efecto y acudieron en su socorro.

El real del ejército de Felipe II se estableció el tres de Agosto frente a San Quintín, plaza fuerte de primer orden situada sobre una eminencia a la derecha del río Somma y entre Francia y Holanda que reunía a sus excelentes fortificaciones las defensas naturales del río, cuyos brazos formaban en aquel tiempo anchos y cenagosos rellanos por el costado Levante de aquella. En la márgen opuesta al río, hallábase un arrabal, compuesto próximamente de cien casas, defendido por fosos y baterías y en comunicación con la plaza por un angosto puente llamado de Rouvroy, a causa de servir de paso a la aldea que llevaba el mismo nombre.

El ejército que acudió.

En auxilio de la plaza, acudió el ejército francés, mandado por los duques de Montpensier, Eughien, el de Mántua, los condes de Villars y de Turana y otros individuos de la alta nobleza francesa.

El día 10 de Agosto, a las nueve de la mañana el condestable de Francia, el mismo que desdeñosamente juzgara las dotes militares del duque de Saboya y el mismo que gozaba fama hasta entonces merecida de prudente y circunspecto, se decidió a arriesgar la suerte de la plaza sitiada, en una batalla decisiva.

Con la arrogancia un poco fanfarrona peculiar del genio francés, se dejó decir que iba a «montrer a Pennemi un tour de vieille guerre» y con injustificada confianza en sus propias fuerzas, abandonó el punto estratégico que ocupaba, donde le daban seguro abrigo los espesos bosques que se hallaban a su espalda.

El objeto del Condestable era pasar el río con su gente, protegido por el fuego de la artillería. Este movimiento efectuado por el flanco derecho, lo llevó a cabo Audelot, hermano del almirante, con la ayuda del Príncipe de Condé.

La maniobra no pudo ser más desacertada, pues no tuvo en cuenta que posesionados los nuestros del puente de Rouvroy, podían, pasando por él, envolver a sus huestes.

Para que se vea en cuán fútiles bases se fundan a veces trascendentales pensamientos nacidos en cerebros privilegiados, la única razón que tuvo el célebre guerrero para desechar la idea de que los españoles pudieran utilizar el puente mencionado fué su gran estrechez.

Pronto conoció el gravísimo error en que había incurrido.

Por el puente de Rouvroy fué por donde Filiberto se lanzó a cortar la retirada a los franceses.

A todo esto la caballería mandada por Egmont

pasó el río y atacó el flanco del ejército francés que mandaba Nevers, obligando al Condestable a suspender la retirada.

Entonces éste reconoció su falta y quiso repararla, aunque tarde, acogiéndose al abrigo del bosque de Gibercourt pero al hacerlo recibió la terrible sorpresa de ver que un considerable número de tropas españolas había cruzado el río por un puente improvisado además del de Rouvroy, y ocupaba ya la posición donde él confiaba recobrar el terreno perdido.

Montmorency fué atacado en su retirada por la caballería de Egmont, cundió el pánico en las filas francesas y ya sin orden ni concierto, ni le fué posible no trabar combate, ni oponer resistencia al enemigo. Creyó hallar su salvación en el bosque, y en él encontró el complemento de su derrota.

«Bien vengas mal si bienes solo» dice un verídico proverbio castellano, que nunca como en esta ocasión tuvo confirmación clara y evidente.

El Condestable que empezó equivocándose al juzgar el valor técnico del puente de Rouvroy, concluyó tan triste jornada para las armas francesas, descuidando la conveniente vigilancia en los flancos del camino que había de atravesar.

El gran duque de Saboya, que se había aprovechado del primer descuido de su adversario, no desperdició el segundo. El grueso de su formidable caballería rebasó el flanco izquierdo del ejército de Montmorency y se colocó a su retaguardia ocupando el bosque de Mortescourt. El viejo guerrero francés, entonces y solo entonces conoció con desesperación su inexcusable descuido.

—¿Qué hacemos?—le preguntó uno de los oficiales.

—No le sé—respondió Montmorency con oportunidad dolorosa.—Hace dos horas os lo hubiera podido decir: ahora ya es tarde.

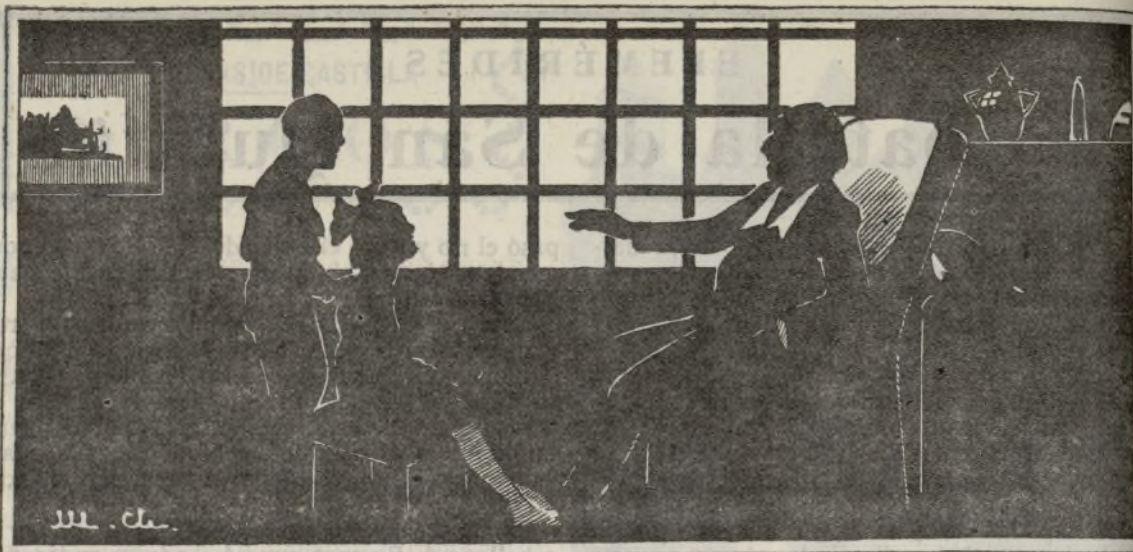
Vióse el Condestable, pues, cogido entre la espada y la pared, y no tuvo más remedio que aceptar la batalla en las desventajosas condiciones en que se la presentaban.

El ala derecha española cayó como una tromba mortífera sobre el enemigo, le envolvió y le destrozó. La gendarmería francesa, mandada por Nevers, y la infantería alemana que dirigía el Reingrave, fueron arrolladas casi a la vez por la infantería española, y los alemanes se rindieron a discreción.

Del enemigo fueron muchos los que huyeron, otros prefirieron a la fuga, la muerte gloriosa en el campo de batalla.

Los dispersos perecieron a centenares: el duque de Enghien murió allí; Montmorency luchó como un héroe recibiendo una gravísima herida, y el de Nevers estuvo a punto de caer prisionero.

Para perpetuar aquel glorioso hecho Felipe II dispuso la construcción del grandioso monasterio del Escorial, considerado como la octava maravilla.



EL COLLAR DE PERLAS

(POEMA INFANTIL)

Esta hermosa composición del teniente poeta D. Leopoldo Aguilar de Mera nos fué enviada por su autor desde Annual, dos días antes de los luctuosos sucesos de Melilla. Aguilar de Mera, que se batió heroicamente, ha desaparecido. Las letras patrias y el ejército español se hallan de luto por la pérdida del brillante oficial y excelso poeta.

Para Carmencita, Luisito, tito
Victor, Coca, Garmencita y todos
mis pequeños amigos.

I

Amados niños: Quiero contaros una historia.
¿La escucharéis atentos?
Dejad de vuestros corros los cánticos dulcísimos.
suspended un instante los inocentes juegos
y venid a mi lado, cual rosas que florecen
al pie de un roble viejo.
Yo os amo intensamente, ¡oh, mis buenos ami-
gos!,
yo os amo y os venero,
porque sois la Inocencia, porque sois la Esperanza,
porque sois el Recuerdo,
Porque sois para mi alma la imagen de una dicha
que se fué y aún no ha vuelto.
Más... ¿qué sabéis vosotros que soñáis con las ro-
sas,
las hadas, los juguetes, y los pájaros nuevos...?
¡Ah! ¿Tenéis impaciencia? ¿Deseáis que comience?
Pues, señor... Va de cuento.

II

Era una linda oveja de inmaculada lana
que tenía un cordero.
A la oveja llamaban los pastores *Serrana*,
y al hijito *Lucero*.
Era en un caserío
de una tierra lejana...
Hacía mucho frío
porque reinaba Enero.
—Madre—dijo *Lucero* a la amorosa oveja
exhalando un balido como una dulce queja.—
Yo he visto otros corderos que triscan por los
[prados
en alegres tropeles
y que van adornados
con vistosos collares, llenos de cascabeles.
¡Cómprame un collar, madre! Yo en cambio te
[prometo
cuando tú me lo mandes estar callado y quieto,
no salir a los prados sin tu consentimiento
ni despertarte cuando llame a la puerta el viento



por creer que es el lobo, que vi una vez en sueños,
y que viene a llevarse los corderos pequeños.—
Y la oveja le dice, besándole en la frente
como la nieve blanca:—No seas impaciente...
¿No ves que nada tengo? Unos meses espera.
Cuando llegue a estos campos la reina Primavera
yo venderé mi lana
y te traeré del pueblo un collar color grana.
¡Ya verás qué bonito, mi corderillo tierno...!—
—Y ¿porqué no te esquilas ahora, madre mía?—
—Porque ahora es invierno,
y sin mi lana puedo morir de frío un día—
De tan dulce promesa no hizo caso *Lucero*
y cogió una rabieta.
Estuvo muchos días llorando, lastimero,
y sin querer lavarse, jugar, ni tomar teta.
Hasta que al fin la oveja, de su llanto dolida,
se esquiló los vellones, los vendió una mañana,
y le trajo a *Lucero*, de cariño rendida,
un collar color grana.
Cuentan los que lo vieron
que cinco corderillos de envidia se murieron.

III

¡Qué terrible nevada cayó sobre la tierra
aquella misma noche! Cubrió la nieve el suelo,

murieron muchos lobos de hambre y frío en la
[sierra,
y las fuentes quedaron convertidas en hielo.

Ya por la madrugada
se despertó *Lucero* para ponerse alerta,
creyendo que de lobos llegaba una manada
porque azotaba el viento las tablas de la puerta.
—¡Madre!—dijo muy quedo
sin poder hablar casi, vencido por el miedo.
—¡Madre!—dijo de nuevo, poniendo gran cuidado
en que no se movieran los lindos cascabeles
de su collar, bordado
con rosas y claveles.
Pero la pobre oveja sus súplicas no oía...
La llamó otras dos veces, hasta que al fin, rendi-

[do,

viendo que se acercaba la luz del nuevo día
calló, cerró los ojos, y se quedó dormido.

IV

Y a los pocos momentos, cuando abrieron la
[puerta
los pastores que viven en aquel caserío,
hallaron a la oveja sobre las pajas, muerta
de amargura y de frío.

LEOPOLDO AGUILAR DE MERA.

De nuestros colaboradores

NUMISMATICA

por E. G. A.

Comentaban en Banderas, varios subalternos, la afición tan arraigada en algunas personas a coleccionar objetos de más o menos importancia; alguien se extrañaba que un buen filatelista pudiera perder el humor y el sueño al no hallar determinado sello para completar la serie o época, cuando el capitán Rodríguez, que gozaba de fama de bondadoso y del que todos conocían sus equilibrios—por su numerosa descendencia—ante el difícil problema de la vida, se levantó nervioso, precipitado, y dirigiéndose a la reunión, de la que formaba parte, afirmó convencido:

—Créanme ustedes, no sólo se pierde el sueño, sino lo que es más grave, en algunos casos; la hermosa libertad.

—A ver, capitán, haga el favor, explíquenos esa papeleta...

Y el aludido, sin hacerse mucho rogar, confirmó su aserto manifestando:

—Allá en mis mocedades, cuando de subalterno en este mismo Cuerpo dábamos destacamento a un célebre penal enclavado en la provincia, su director era el ultimátum en eso que llaman ustedes manías coleccionistas, hacía acopio de cuantos objetos pueda imaginar la más loca fantasía, con tanta variedad que, según espíritus mordaces de aquella generación de oficiales, reunía primero hijas bonitas..., más tarde, nietos querubines...

Por entonces fué destinado al regimiento un buen compañero dado a las aficiones numismáticas, cualidad esta tan saliente que pueden figurarse si desde su primer servicio en el penal ganaría las simpatías de su digno director que un día para mostrarle unas monedas de tiempos de Felipe III, otros, para preguntarle sobre medallas romanas..., poco a poco le hizo asíduo concurrente a su despacho y blanco de unas preferencias que no sabía disimular...

En una de estas ocasiones—fecha memorable para la vida de nuestro compañero—, abrióse la puerta que con el pabellón comunicaba y como un destello de luz, en medio de tanta antigüedad, apareció una hermosa joven, hija del jefe, la cual, como inocente paloma, al notar la presencia del desconocido, simuló una brusca retirada.

—Carmencita, le reconvino el padre: pasa, ¿qué quieres?

—Creí que estabas sólo y venía a preguntarte si en el correo viene carta de Clotilde...

—Aguarda un momento, vamos a saberlo; y como era de rigor el diligente padre hizo a su chica la consabida presentación del oficial, quien

desde aquel instante quedó prendido en las redes del amor...

—Ya le ha cogido a usted mi padre, le compadezco; pues se pone tan pesado que no tiene cuenta que a los jóvenes les resulta mejor que cerrarse en este sombrío despacho a descifrar antigüallas, el trato con sus compañeros y el divertirse con las chicas de la población...

Mientras el aludido, balbuceando unas excusas galantes quedaba aún más rendido de oírle hablar con la zalamería y acento propio de la tierra andaluza donde habría nacido seguramente..., el padre entre risueño y fingiendo una rigidez que estaba muy lejos de sentir, protestó diciendo:

—¡Qué sabes tú de eso, chiquilla! Toma el correo, ahí llevas carta de tu hermana, noticias de sobrino, y no olvides que esto es de un *gran mérito* y en el día de mañana de mucho más valor que el que no sabes concederle en la actualidad...!

Inútil decirles, señores, que desde aquél día el teniente cambió servicios para prestarlos en la cárcel de sus amores, e inútil afirmarnos que a los dos años escasos casaba con la joven con gran contentamiento de su padre, coleccionista con frutos, como comprenderán si os manifesté por boca de los bien formados en aquellos tiempos, que la hermosa Clotilde y la pequeña Mary conocieron a sus respectivos *cónyuges* en el mismo despacho de la Dirección cambiando sellos con la primera autoridad del establecimiento.

Y aunque sean muy felices en su nuevo estado ¿no creen como yo que por sus aficiones a coleccionar perdieron sus fes de solterías símbolos de libertad?

Así dijo, y entre sabrosos comentarios se dirigió fuera de Banderas: aún sonaban en el local el eco de sus pisadas cuando el alférez Tijera refería que al ir a casa del capitán, en determinado día, había observado en gabinete contiguo al que esperaba sentados en limpio suelo, a cinco criaturas de corta edad jugando con unos objetos, que ahora, ante el irónico de las frases del padre, quería recordar eran medallas, si, ¡medallas!..., la famosa colección para la que en su día pronosticara el aprovechado abuelo el *mayor mérito* que podrían obtener...

Lugino G. A.



Notas navales

El crecimiento de las flotas de guerra

Hubo un tiempo en que Inglaterra soñó ser la reina de los mares: su lema era «poseer una flota, por lo menos igual a la que pudieran reunir las dos potencias navales más poderosas.»

En el año actual, sostiene esa abrumadora supremacía: su flota suma 808.200 toneladas; y como reunidas las de Japón y los Estados Unidos no alcanzan más que 786.390, las supera en 11.810 toneladas. Esto en 1921.

Pero al trazarse los problemas navales estas po-

en actividad y en el más alto grado de eficiencia: y esto indica ciertos propósitos de reducción.

El Almirantazgo inglés, asegura que sus propósitos no responden a estímulos de rivalidad, y habla de tratar con Norteamérica de la limitación de las flotas: parecía esto el propósito de compartir con los Estados Unidos el dominio marítimo del mundo.

Pero Norteamérica vive alerta, recela de pacifismos, y tal vez desconfiando de las intenciones aje-

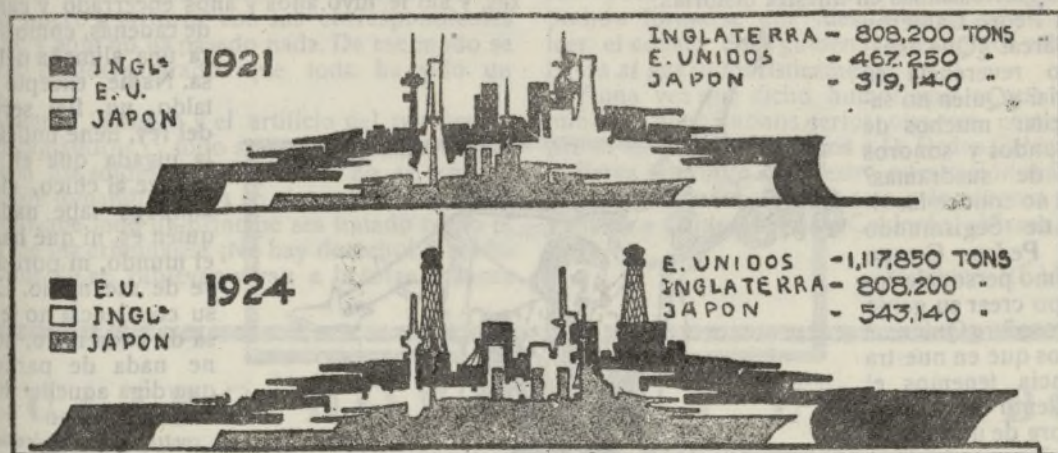


Gráfico que representa la situación actual de las flotas de las principales potencias navales, y cómo quedarán cuando en 1924 se hayan desarrollado los programas respectivos.

tencias, para el año 1924, los Estados Unidos se asignan 1.117.850 toneladas para su flota, y el Japón 543.140. Si Inglaterra quiere conservar su lema, necesita elevarse a 1.660.990 toneladas: es decir, duplicar su actual flota.

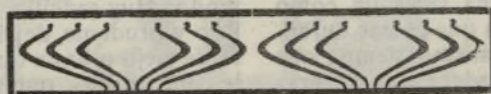
¿No cuenta Inglaterra con potenciabilidad suficiente para sostenerla? ¿quiere descartar de su política todo germen de suspicacia y de remota provocación? Sea ello lo que fuere, lo cierto es que aunque es prematuro hablar de cuales son las líneas generales del programa británico, puede afirmarse, que el criterio del primer Lord del Almirantazgo es mantener la flota que pueda sostenerse

nas, piensa en una posible coalición de las flotas inglesa y japonesa que serán en 1924: Inglaterra, 808.200; Japón, 543.140. Total, 1.351.340.

Y pensando así, encuentra la garantía de sus propias fuerzas en su 1.117.850 toneladas, que contiene su programa naval para 1924.

Esta orientación desequilibra las fuerzas, y despiertan temores de un imperialismo norteamericanos.

¿Se resignará Inglaterra? confiará su sostenimiento a la coalición japonesa a la que se ve empujada ¿volvería por su fuero? Esta interrogante cierra la actualidad naval.



Segismundo, de la "Vida es sueño"

No hemos de dar un solo paso, ni decir «esta boca es nuestra» sin descubrirnos reverentes ante la gigantesca figura de D. Pedro Calderón de la Barca. La memoria de insigne autor de *El Alcalde de Zalamea*, *El médico de su honra*, *Casa con dos puertas, mala es de guardar*, *La vida es sueño*, etc., etc., perdura y perdurará a través de los siglos, amén. Las fechas 17 de enero de 1600 y 25 de mayo de 1681 que señalan el movimiento y la muerte, respectivamente del gran poeta dramático, son dos efemérides gloriosísimas en nuestra historia...

¡Don Pedro Calderón de la Barca! ¿Qué español no reverencia su memoria? ¿Quién no sabe recitar muchos de los rotundos y sonoros versos de sus dramas? ¿Quién no conoce las figuras de Segismundo Clarín, Pedro Crespo y tantísimo personaje como supo crear su genio portentoso? ¿Quién...? Nosotros que en nuestra ignorancia tenemos el atrevimiento de ocuparnos ahora de uno de los personajes creados por el, nos consideramos indignos hasta de elogiarle, tanto al personaje como al autor, limitándonos únicamente a escribir estas líneas bajo la impresión de acabar de saborear las exquisiteces de *La vida es sueño*... Un sueño nos parece nuestra osadía, y creyéndonos dormidos efecto de la sedante caricia que nos ha producido la lectura del drama, recordamos los diversos episodios de esa obra magna, y admiremos una vez más la colosal figura de Segismundo principal de Polonia.

Desde que el telón se levanta, nuestra admiración por este personaje llega a su grado máximo. Un hombre que de buenas a primeras se arranca recitando siete décimas seguiditas, empezando por aquello de «Apurar, cielos, pretendo», es para que se le admire con la boca abierta de par en par. Si así empieza ¿qué dejará para lo último? Hay que suponer que al terminar el drama se seque como las *chicharras* que no hacen más que cantar durante el verano. Claro está que al mismo tiempo que admiramos al personaje, compadecemos sincera-

mente al actor que lo representa... ¡Hay que ver

También su papá, el rey Basilio, se las trae soltando romances y redondillas por su real boquita de borbotones. Gracias a la verbosidad poética de monarca, nos enteramos de que al nacer su hijo Segismundito que causó la muerte de su mamá en el parto, los hados y horóscopos dijeron que si reinaba sería un rey tirano y un tío la mar de sanguinario, *lo cual* que don Basilio fué y mandó encerrar al crío en una torre que poseía entre riscos y malezas, y allí le tuvo años y años encerrado y cargado

de cadenas, como si fuera una alimaña peligrosa. Nadie, excepto Clotaldo, un fiel servidor del rey, tiene noticias de la jugada que el papá le hace al chico, el cual tampoco sabe nada, ni quién es, ni qué hace en el mundo, ni por qué vive de ese modo. Como su conciencia no le acusa de nada malo, no tiene nada de particular que diga aquello de

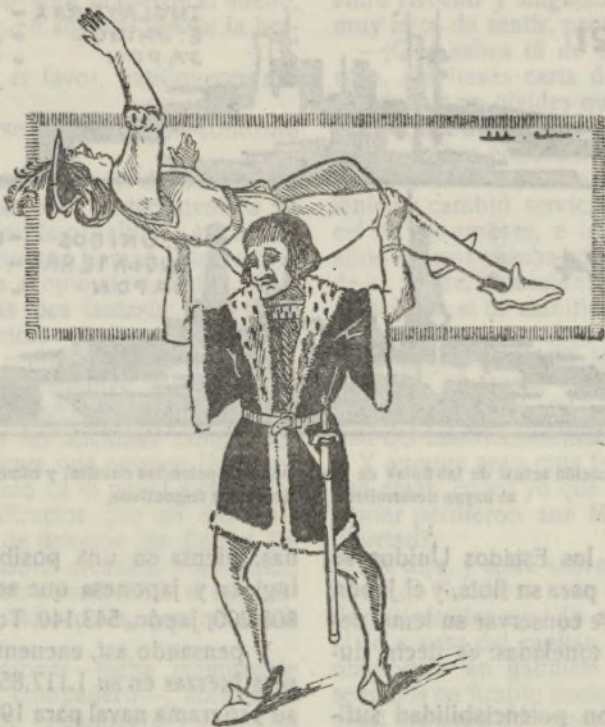
«Qué delito cometí
contra vosotros naciendo.»

y este otro de

«pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido»

En este estado las cosas—estado lamentadísimo para el pobre príncipe—llega el momento en que el rey Basilio por su edad avanzada, va a tener que abdicar la corona a la cual hay dos candidatos: Estrella y Astolfo, primos de Segismundo y primos entre sí e hijos respectivos de las hermanas del rey, Clorinele y Recisunda, las cuales y Basilio eran hijos de Eustorgio, rey de Polonia... Es de advertir en este crítico instante, que en tiempos de Calderón no se conocían los *camelos* que tanto se prodigan ahora ¡Rediez con los nombres que se gastaban en Polonia!

Don Basilio, no pudiendo soportar por más tiempo la comezón que siente por haber tratado como a una fiera a su Segismundo, concibe un proyecto cual es sacarle de su encierro, sentarle en el trono, y probarle a *cala* como a los melones... ¿De qué modo? Muy sencillo. Si el chico es bueno, y dócil y listo y prudente, dejarle que reine hasta que se muera de viejo o hasta que le aticen un golpe que le derribe en el sitio, que se dan casos. Y si es malo!



cruel y sanguinario como decía el horóscopo, volver a cargarle de cadenas y a la torre con él.

Y dicho y hecho. Va Clotaldo a la torre y le hace beber al prisionero un vaso de cerveza de *El Aguilón* con unos granitos de opio. Cae el bueno de Segismundo en un sopor semejante al que producen las sesiones del Senado, le llevan a Palacio como si fuera el baul de un viajante, le acuestan en el real lecho y a esperar a que se despierte.

Cuando esto se verifica y sabe por labios de Clotaldo la jugarreta que le ha hecho su papaito, como se ve hecho todo, un señor rey, al recordar lo que ha sufrido se le revuelve la bilis, y ¡claro! resucitan sus instintos de fiera. A uno de sus criados que se atreve a contrariarle, le arroja por el balcón al mar, lo mismo que si fuera un saco de patatas. También se quiere cargar a Clotaldo, y riñe con Astolfo, y en resolución, se pone en unas condiciones que el rey Basilio ordena que le den otra pócima y le lleven de nuevo a la torre con sus correspondientes cadenas, y aquí no ha pasado nada. De ese modo se figurará el desventurado que todo ha sido un sueño.

Realmente la lógica y el artificio del rey Basilio son encantadores, y todo saldría a medida de sus deseos si los soldados y el pueblo no se echaran *pa' delante* tomando cartas en el asunto. ¿Se puede consentir que todo un príncipe sea tratado como el mejor de los criminales? ¡No hay derecho! Y soldados y pueblo se sublevan y van a la torre y sacan

de ella a Segismundo, quien aclamado y vitoreado como un héroe vuelve a Palacio... ¿Con *las de Cain*, creerán ustedes? No tal. El *sueño* de verse rey poco antes ha templado su alma, ha domado sus instintos feroces, le ha enseñado a vivir. Y en lugar de cargarse a todo el mundo—a su papá el primero—ocupa el trono de sus mayores, manifestándose desde el instante como un soberano justo, sabio y magnánimo, que ha de hacer la felicidad de su reino. A su padre le perdona generosamente, a su primo Astolfo le casa con Rosanza, hija de Clotaldo, a la que Astolfito había deshonrado *in illo tempore*, y él se casa con su prima Estrella, pensando acaso que esta *estrella* sea mejor que la que él tuvo al nacer.

Verdaderamente, Segismundo en su personaje teatral de marcadísimo relieve, *La vida es sueño* es un drama grandioso, y aquellos de nuestros lectores—pocos serán—que no le hayan visto ni leído podrán formarse una idea de su grandiosidad al leer el conato de argumento que hemos esbozado ligera *si que* humorísticamente.

Y una vez que dicho humorismo se nos ha terminado, pongámonos serios otra vez, como siempre lo estamos, y rindamos a D. Pedro Calderón de la Barca el tributo de nuestra admiración más profunda y de nuestro entusiasmo más sincero ¡honor y gloria a Calderón! ¡Viva Calderón! ¡Vivaaa...!

FEDERICO REAÑO

CUATRO HOMBRES Y UN CABO

Fueron los suficientes en una ocasión para poseionarse de una plaza.

Cuatro hombres y un cabo. La cosa parece ridícula, por no decir inverosímil, y sin embargo, es auténtico el caso, pues no fueron otras las fuerzas con que los prusianos tomaron a Nancy, el día 14 de Agosto de 1870, durante la célebre guerra franco-prusiana.

Este hecho, que apenas merece llamarse de armas, ha sido referido muchas veces, y Almirante se ocupa de él en su «Estudio» sobre dicha campaña no estará de más recordarlo de nuevo.

El citado día de Agosto, la punta extrema de una descubierta de caballería alemana, compuesta de un cabo y cuatro números de hulanos presentóse a las

puertas de Nancy. Las autoridades habían huido, a excepción del alcalde, y éste, avergonzado y resentido acaso por aquel abandono, salió al frente del vecindario, no a combatir a los cinco jinetes enemigos, sino a recibirlos con toda amabilidad y a obsequiarlos con lo mejor que había en bodegas y despensas.

Los hulanos comieron y bebieron de lo lindo, el cabo impuso y cobró una contribución de 50.000 francos, y los cinco se marcharon con la misma tranquilidad con que habían llegado, convencido sin duda el que hacía de jefe de que, dadas la buena acogida que se le había hecho, y la escasez de su fuerza, era ocioso pensar en dejar allí un ejército de ocupación.



Vulgarizaciones científicas

EL FIN DEL DOLOR MATERIAL

Evitar el dolor en las operaciones quirúrgicas es en la actualidad una quimera.

(VELPEAU en 1835)

En estos últimos días, se ha hablado mucho del notable doctor extranjero Kahne, que dicen ha realizado la auto operación de la apendicitis—después de abrirse el vientre como es de suponer—y realizando a continuación con pasmosa serenidad las correspondientes suturas y ligamentos.

En 1835, no se creía todavía en la anestesia total como lo prueban las palabras del célebre cirujano Velpeau que encabezan este artículo. Si en estos últimos años hemos progresado en forma tal, que se ha hecho posible la anestesia subaracnoidea no es aventurado suponer que llegará un día—tal vez en vida nuestra—en el que la ciencia nos enseñe el medio de suprimir las sensaciones dolorosas y el de reforzar la intensidad de las que nos producen dicha y bienestar.

II

Los antiguos conocían algunos medios para disminuir el dolor, entre ellos la mandrágora, la cannabis indica y el alcohol, pero todos estos procedimientos son muy deficientes. A Morton, corresponde la gloria de haber sido el primero en emplear el éter para fines quirúrgicos.

El 16 de Octubre de 1846, aquel feliz experimentador, pidió autorización al cirujano Warren para ensayar una droga en el Massachussetts Hospital en un caso de tumor de cuello que Warren iba a operar. El efecto fué tan satisfactorio que el notable cirujano dijo a los que presenciaban la operación «Señores: esto no es un engaño» y Bijelow exclamó: «He visto una cosa hoy que ha de dar la vuelta al mundo».

III

Al fin y al cabo ¿cuál es el problema que se trata de resolver? Pues sencillamente, el de impedir que a nuestro cerebro lleguen las quejas de las distintas partes del cuerpo, cuando alguna causa—muchas veces las hábiles manos de un cirujano carnívero—las somete a la tortura y a la destrucción.

En líneas generales, tres son los procedimientos de anestesia: 1.º Paralización de los órganos centrales del cerebro (anestesia general). 2.º Interrupción de la comunicación entre el cerebro y la región dolorida por medio de anestésicos que actúan en un punto del trayecto del nervio sensitivo (anestesia regional o subaracnoidea según que la inyección tengan lugar fuera o dentro del conducto raquídeo). 3.º Paralización de las terminaciones nerviosas (anestesia terminal). En el primer caso hay pérdida de conocimiento, en los otros dos, no.

IV

¿No habéis oído hablar de aquellos tres personajes que se propusieron terminar de una vez con el dolor material y reconstruir el futuro superhombre glorioso, dominador del espacio y del tiempo? Pues bien, yo os digo que existen estos tres personajes simbólicos encarnados en algunos hombres de ciencia de la humanidad actual y que conozco sus nobles propósitos. En secreto os diré sus nombres: Max, Wolf y Harrison.

Max, considera la infección microbiana como la única causa de las enfermedades, dice que existe sólo un microbio que varía según las circunstancias y cree posible llegar a la vacuna única que nos inmunice desde niños contra toda clase de contagios.

Wolf, investiga las propiedades de los gases inhalantes para producir estados permanentes de placidez y de optimismo.

Harrison, estudia los injertos y la sustitución de los órganos deficientes y enfermos del hombre; cree posible su reconstrucción, el aprovechamiento de los órganos utilizables de los cadáveres y el rejuvenecimiento del hombre actuando sobre las glándulas de la pubertad, perfeccionando los procedimientos del doctor Steinach.

Alegrémonos de haber nacido en la época en que la ciencia avanza a pasos de gigante y lamentemos que todos los ingenios humanos no pongan su grano de arena en el problema magno de la evolución del hombre y de que malgasten sus energías, en frivolidades unas veces, en maldades, otras

ANT. MAT

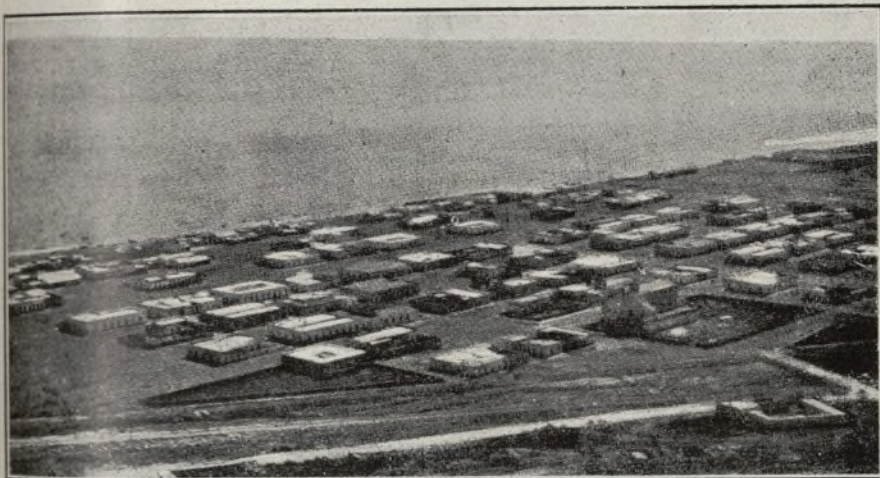
NOTAS DE MELILLA

Doce años perdidos.

¡Arriba los corazones!

No hay para qué negar que en Melilla hemos sufrido un grave quebranto. A los doce años de

Hay que mirar con confianza al porvenir, hay que hacer un esfuerzo para arreglar lo que se ha descompuesto, con serenidad, con prudencia, con virilidad que no desmienta a la raza.



A orillas de Mar Chica se levantaba Nador, ciudad floreciente, heroicamente defendida por un puñado de soldados...

Hoy por ley fatal de las cosas—ha dicho un gran escritor—no nos quedan términos de opción. De presente, solo existe un camino practicable, recoger los prisioneros que tienen las kábilas, pagando el rescate, y hacerlas sentir los rigores de la fuerza, sin repulgos ni contemplaciones. Eso, o reembarcar las tropas, desistiendo de ser nación libre al lado acá del Estrecho.

No puede hablarse de medios atractivos mientras el moro se estime el

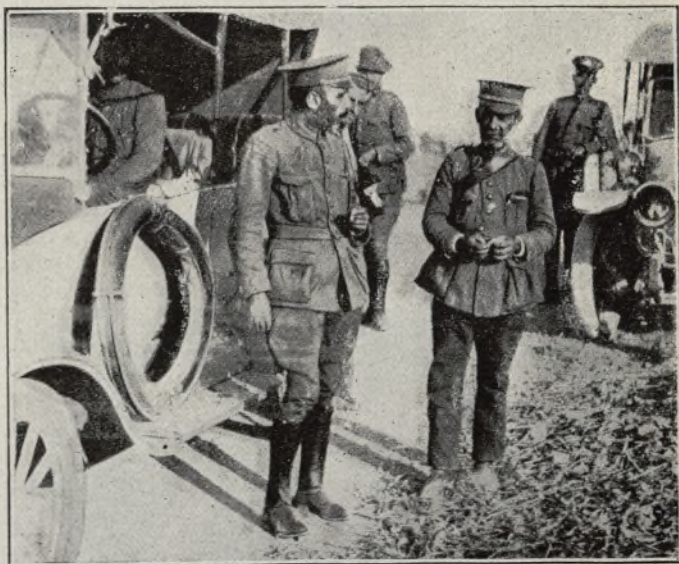
iniciarse la dominación del territorio, cuando a fuerza de tanta sangre y de tanto esfuerzo, alcanzábamos ya las líneas finales, y parecía cercana la hora de la dominación total; y en la zona occidental se conseguían triunfos que allanaban el camino a la acción diplomática, fijos los ojos en Tánger; surge la catástrofe, hija de la fatalidad, de la imprevisión, de la deslealtad, del desbordamiento de los errores... ¡sabe Dios de cuantas causas! y el torbellino ciego, nos arrastra, nos empuja: en veinticuatro horas, de locura y dolor, se desanda el camino jalonado por los huesos de tanto héroe y regado por la sangre de tanto mártir de abnegación y sacrificio, y nos encontramos otra vez atrincherados a las puertas de Melilla.

La insurrección ha esterilizado toda la obra civilizadora, cuya bienhechora influencia, tocaban ya los indígenas: inspirados en un cruel fanatismo, han arrasado las granjas, han destruido el ferrocarril, han incendiado las fábricas, han saqueado los Dispensarios médicos dondemuchas veces acudieron en busca de la salud de los suyos...

Todo se ha fundido bajo la ola de odio: y la traición se alza hoy en efímero triunfo y las armas y la organización militar, se vuelve contra los maestros y educadores...

Es un gran revés: es una suprema lección que ojalá no se olvide: pero hay que ahuyentar el pesimismo...

más fuerte. Nada se logrará de positivo, ni aun a peso de millones, hasta que los territorios soliviantados adviertan cómo la rebeldía se traduce en des-



... que después de sostener el empuje enemigo, se retiraron a la plaza, mostrando en su aspecto las penalidades sufridas.

venturas terribles. Cuando los comarcanos de Melilla y los formadores de jarcas vean que hacemos lo que Francia en su zona, estarán aptos para la



Los generales Silvestre y Navarro y el coronel Morales, recorriendo las líneas avanzadas de Sidi-Dris, pocos días antes de la tragedia de Annual.

sumisión. Entonces, entonces sí que habrá llegado la oportunidad de la política acariciadora, tan fecunda a raíz del castigo. Después de la victoria, los proyectiles de oro resultan más baratos en el Mogreb que los de plomo. Antes, no sirven para cosa de provecho.

El desquite.

A Melilla es preciso ir por el desquite: de casi todas las guarniciones de la península han salido ya fuerzas que marchan entusiastas a vengar la traición rifeña.

Ese Ejército debe ser dotado de los más poderosos elementos de combate: escuadrillas de aeroplanos, autocamiones blindados, tanques, lanzallamas, gases asfixiantes, artillería de gran alcance y cuantos artefactos bélicos fueron empleados con éxito en la lucha mundial.

No haya regateos ni tacañerías en la guerra de Marruecos, que es guerra nacional, y en tal concepto no deben omitirse gastos ni sacrificios a fin de asegurar la eficacia de la acción armada.

Entonces España demostrará a los rifeños que no es la nación débil que creen o fingen creer los agitadores y quienes les inspiran. Ese poderoso Ejército de mar y tierra se cubrirá de gloria y pacifica-

do a perpetuidad el habitante, podría hacerse eso con grandes sacrificios económicos.

Pero en una política tutelar, de asimilación civilizadora, en que se busca la adhesión por encima

del dominio, no es factible prescindir del indígena. Las defecaciones son lamentables, pero lo que hay que procurar es que sean menos por el interés y por el temor, que son los dos grandes resortes para actuar con eficacia sobre el moro. Al desierto se le debe castigar implacablemente, y cuando la defecación tenga un riesgo casi seguro y la amistad proporcione favores ciertos, las probabilidades de ella habrán disminuido.

La historia de las campañas de otros pueblos prueba algo, y no hay ninguno de éstos que haya prescindido del elemento indígena.



D. Leopoldo Aguilar de Mera, brillante poeta, redactor de ARMAS Y LETRAS, de cuyo paradero no se tienen noticias y se le supone muerto en el ataque a Igueriben.

En el Extranjero.

La prensa extranjera sigue con atención los sucesos de Melilla. Francia, sobre todo, quiere cooperar en el Protectorado, los sigue con justificada atención.

Esa profusión del comentario extranjero, ese interés por lo que ocurre en Melilla, es un aviso que se nos da respecto a la convergencia de una parte de las miradas del mundo hacia nosotros. Están en pie problemas internacionales muy hondos y complejos y cuando en los grandes diarios extranjeros hay sitio de preferencia para hablar de Melilla, ¿no se nos quiere decir con eso que se acabaron los problemas territoriales de



Los tenientes D. Rafael Muñoz Valcárcel y D. Francisco Nuevo, colaboradores de ARMAS Y LETRAS, muertos gloriosamente en las últimas operaciones.



Coronel Manella. Comandante Benítez. Coronel Morales. Teniente coronel Manera. Comandante Hernández.
Muertos gloriosamente en la posición de Annual.

sola nación, [y] son muchos los que siempre miran a los países que por sí solos tratan de resolver uno suyo?

Esa atención que se nos dedica engendra un deber. Se ha hecho justicia a muchos actos heroicos del organismo armado; se nos llena de frases de simpatía, pero se espera la respuesta española a la humillación inflingida por los kabileños.

España está hecha a la adversidad, pero pelea con ella y la vence.

mar siempre y a todo trance como prenda inexcusable de la independencia y la seguridad de España.

El establecimiento gradual y normal del Protectorado en aquella zona alcanzó durante el mando del actual Alto Comisario, por felicísimos métodos de avance grandes progresos; y proseguirá sin titubeos, aleccionado por todas las experiencias, hasta dar cima y término a esta obra política, secundada y sostenida por las armas de la Nación.

En conseguirlo, superando las resistencias y ven-



Capitán Ortiz de Zárate. Teniente San. Teniente Agulla. Comandante Peñamaría. Teniente Ibáñez.
[Heridos en las operaciones de Beni-Aros.]

No olviden nuestros hombres públicos, que la Gaceta internacional del problema es primordialísimo.

En el primer Consejo de ministros celebrado por el Gabinete que preside el señor Maura, se hizo pública la siguiente declaración que marca la orientación ministerial en la cuestión de Marruecos:

«Las primeras deliberaciones del nuevo Ministerio han versado sobre los asuntos que conciernen a nuestra zona marroquí, cuyo litoral se debe esti-

ciendo las hostilidades, ha de consentir la reparación adecuada del revés, grande y dolorosa, que se ha padecido en la Comandancia de Melilla. El Gobierno, en compenetración incesante con el Alto Comisario, pone todo su conato en asegurarlo y abreviarlo. Suyas privativas han de ser la incumbencia y su responsabilidad de discernir las oportunidades, allegar cuantos elementos necesite el mando ejecutor, medir las etapas y ordenar el adelanto, hasta ver cumplido el final designio. Para le-

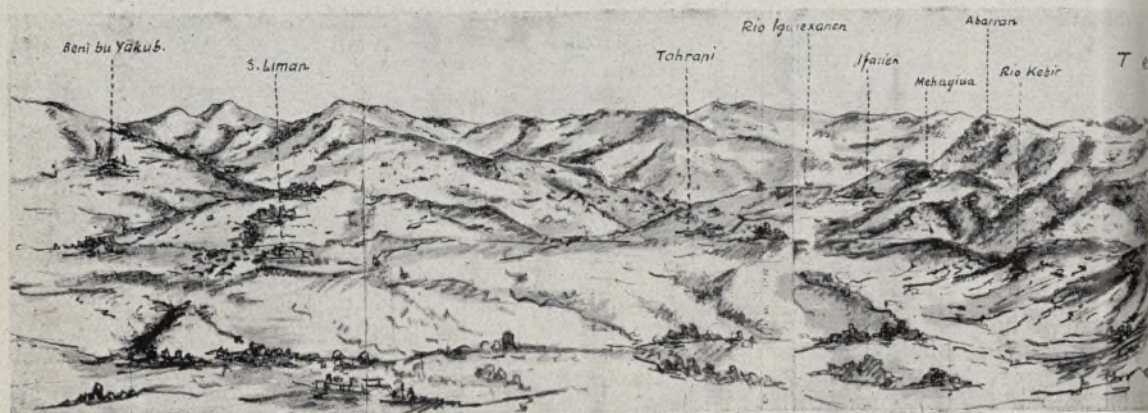


Teniente García de la Torre. Capitán Zappino. Teniente Ledesma. Teniente Arce. Comandante Romero.
Muertos gloriosamente, el primero, en Dar-Drius y los demás en la posición de Annual.

vantar estas arduas obligaciones se siente asistido, como necesitará estarlo constantemente, de la confianza y el patriótico aliento del pueblo español.»

La situación hay que reconocerlo es difícil. No es posible aventurar juicios, porque en un sólo día puede cambiar la faz de las cosas. En el momento

hasta el Gorro Frigio, Basbil y las Tetras de Nador. Es imposible emprender operación alguna, bien por el lado de Zeluán, ya por arriba, en dirección la kábila de Beni-Bu-Gafar, camino del Kert, mientras las columnas tengan al flanco la amenaza de ese macizo.



Vista panorámica del frente enemigo de Alhucemas, tomada desde las últimas posiciones españolas.

en que se escriben estas líneas, nos hallamos como el año 1909, después del 27 de Julio y aun afirmaríamos qué táctica y extratégicamente nos hallamos peor. En Agosto de 1903, poseíamos la línea de las Casetas, flanqueada por Sidi-Musa y Sidi-Hamed-el-Hach, de un lado, y por el Atalayón, de otro. Ya se pensaba en abrir la bocana de Mar Chica y hacer

Porque aunque se vean en el Gurugú pocos enemigos, hay que tener en cuenta que el collado Atlaten permiten a Abd-el-Krim realizar una concentración rapidísima. Y esos vomitorios naturales que son los barrancos del Lobo, del Infierno, Sidi-Musa, de Jarracen, de Beni-Enzar, pueden arrojar sobre el campo atrincherado de Melilla



Continuación de la vista panorámica, en la que puede apreciarse la situación de Sidi-Dris, cuya defensa heroica es una página de gloria para los españoles. Por la Prensa diaria conocerán nuestros lectores el brillante comportamiento.

de esta laguna la base de las operaciones, sobre los llanos de Bu-Aareg. Y no se preocupaba nadie, como no fuera defensivamente, del Gurugú y de la península de Tres Forcas.

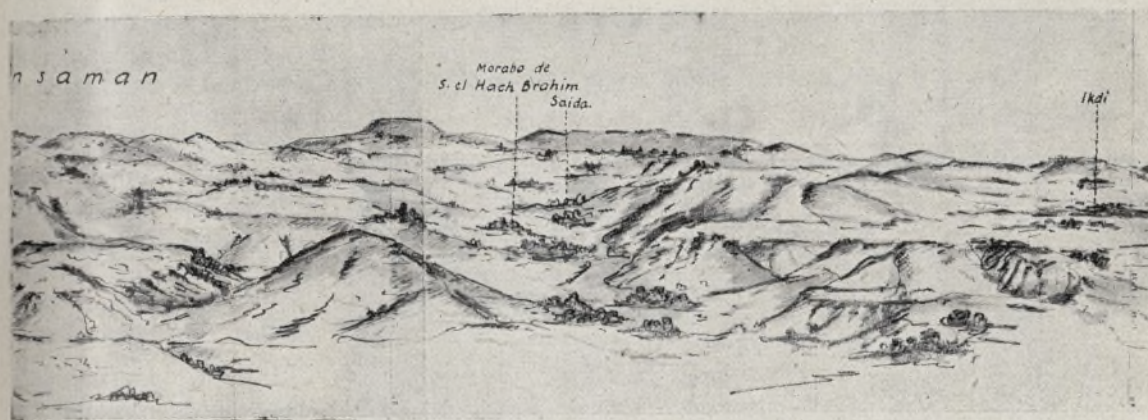
Hoy hay que preocuparse del poder ofensivo del Gurugú. Poseemos la estribación de Sidi-Hamed-el-Hach. Las gentes de Abd-el-Krim tienen todo el macizo, desde las lomas de Mezquita y los Farallones

enjambre de kábilas feroces y armadas hasta dientes, deseosas de saqueo, alucinados por el botín.

Según las informaciones de los correspondientes parece que el plan de la ofensiva seguirá la misma ruta que siguió el general Marina, pues más de una vez se ha visto elogiar al Alto Mando el buen sentido que inspiró la campaña del ilustre general de 1909.

Los encuentros serán duros. El enemigo de ahora está dotado de los mejores elementos de guerra, y saben guerrear a la europea, como Ejércitos regulares, porque han combatido doce años a nuestro lado y les hemos enseñado nosotros mismos. Conocen nuestra táctica, nuestras costumbres, hasta nues-

nes puede sea aproximarse a la línea del Kert; los de Nador, Zeluán y Monte Arruit quedarán con esto vengados, y una vez satisfecho este desquite y libre la plaza de todo intento de ataque, se hará un alto, y nos pararemos a pensar hasta dónde nos conviene seguir, qué ruta habremos de tomar para resol-



de la retirada de Igueriben. Comprende todo el macizo de Tensaman desde Beni-bu-Yakub hasta Sidi-Salah.

tra manera de ser. Pero todo esto, que les hace más fuerte; todo esto que puede hacer más costosa la victoria no ha de influir en que la derrota sea más grande, de más castigo. Es indudable que en cuanto el moro se bata más a la europea perderá su movilidad, y con ello su principal característica. También entonces lograríamos quebrantar su moral,

ver de una vez definitivamente este problema de Africa.

Cuando cerramos estas líneas, llegan noticias de que los moros inician por su parte una ofensiva, atacando en todo el frente de nuestra línea de posiciones y bombardeando Sidi-Hamet-el-Hach, con cañones emplazados en el Gurugú y en las tetas de



los que en ellas supieron resistir. (Esta vista está tomada por nuestro redactor el teniente de Infantería, D. Luis Casado, días antes de los de este oficial, que se encuentra herido y prisionero de los Beni-Urriaguel.

ahora inquebrantable, pues la moral del moro consiste en tirar tiros mientras puede, y retroceder cuando ya no puede resistir en aquel sitio; pero esto tan independiente y aisladamente, sin cohesión con los demás, que mientras pueda disparar, sea desde donde sea, nunca se considera derrotado.

La campaña empezará cuando el alto mando lo juzgue oportuno. La primera parte de las operacio-

Nador. Las fuerzas españolas se defienden bizarramente y causan al enemigo gran número de bajas. Puede ser esta resistencia la base del comienzo de nuestro avance. El moro rifeño ensoberbecido nos ha arrojado el guante antes de que pensásemos acudir a la contienda.

Hay que luchar y demostrarle todo el valor y pujanza de nuestra raza.



Los transportes del porvenir

Nuevo sistema de vías aéreas



La enfermedad del siglo es el vértigo de la velocidad: parece que los hombres, dándose cuenta de lo breve que es la vida, quieren apurarla sin privarse de ninguna sensación...

discusiones; el hogar era museo familiar que encerraba reliquias de varias generaciones: los muebles pasados, invitaban al reposo... Las cartas eran capítulos de historia contemporánea, que hoy son más segura y fiel guía histórica de aquellos tiempos.

El hombre moderno es el reverso de esa medalla: ha escrito en su escudo un lema:

¡Aprisa... más aprisa!...

El hogar, nos es menos familiar que la plataforma de un tranvía: coinciden un ratón de los deudos, o coinciden las llamadas telefónicas anunciando la ausencia; la fiebre del trabajo o de los placeres ha roto la reglamentación de las horas: los libros son insostenibles si pasan de ochenta páginas; todo es ligero, superficial, pura bagatela; no hay obstáculo para almorzar en Madrid e ir a cenar a Sevilla.

En las oficinas, en las tiendas, hay letrados que aguijonean: «Sed breves», «El tiempo es oro», «Vuestros minutos son tan preciosos como los nuestros»... No se hacen visitas, no se dan comidas: las más elevadas clases sociales se dan cita en el Hotel... ¡aprisa! más aprisa!...

Y siguiendo estas normas los inventores dedican sus años a proyectar nuevas líneas y procedimientos de transporte que abrevien las distancias

que intensifiquen más el torbellino devorador de la vida moderna.

Una comisión interministerial francesa, examinando en estos momentos, el proyecto de un invento francés. El vehículo es de construcción análoga a la de los fuselajes de avión. La vía aérea está sostenida



Proyecto de ferrocarril francés.—Esta vía aérea y soportada por torres metálicas de 150 metros de altura permitirá obtener velocidades de 250 kilómetros por hora.

El horizonte espiritual y material de nuestros bisabuelos, era más limitado: un corto viaje, era cuestión transcendental que requería serios preparativos; la lectura de un libro—gruesos infolios que hoy digieren glotonamente los ratones de biblioteca—ocupaba largas veladas y daba pasto a sabrosas

da por torres metálicas, espaciadas 150 metros aproximadamente y su coste es tres veces menor que la terrestre. La velocidad del aéreocar será de 250 kilómetros por hora. El Gobierno ha puesto a disposición del inventor una línea completa con todos los aparatos y motores necesarios.

Como se ve el proyecto es viable y de seguro éxito. Si mediante las hélices aéreas pueden obtenerse mayores velocidades que con los émbolos aplicados al movimiento de las ruedas que arrastran el vehículo, hay que aprovechar las ventajas que del sistema resultan. El tren será pues un aero plano que marchará enganchado por unos cables que garantizarán contra todo riesgo de caída. Las velocidades de 200 y 250 kilómetros por hora serán como hemos dicho las normales y con ello las relaciones internacionales se facilitarán extraordinariamente. El público aceptará este medio de transporte sin el miedo y prevención con que mira las líneas aéreas establecidas ya en distintos países.

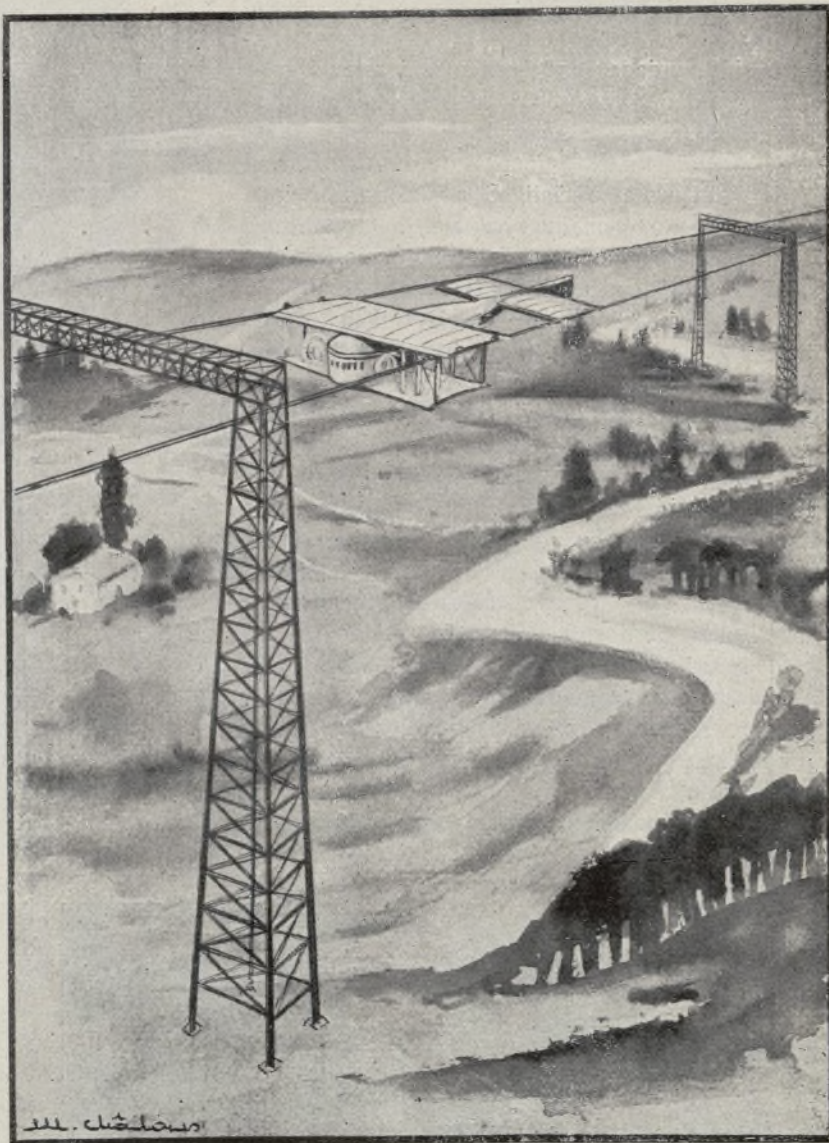
Otro inventor inglés, saturado de este espíritu del siglo, monomaniaco de la velocidad, acaba de imaginar también un original camino de hierro aéreo. La línea, está constituida por una serie de soportes metálicos, colocados con setenta y cinco o cien metros de intervalo, sus tentando un par de cables paralelos. La máquina que circula sobre esta línea es un aeroplano cuyas alas están provistas en sus extremos de poleas.

Estas poleas descansan sobre cables que le sirven de guía.

El aeroplano lleva una vasta cabina y es propulsado por sus medios habituales; cuando adquieren

cierta velocidad, marcha como un avión ordinario sin pesar sobre los cables.

Estos cables no tienen más finalidad que guiar el aparato en su carrera y sostenerlo en las paradas.



Proyecto de ferrocarril inglés.—Este camino de hierro permitirá franquear distancias considerables a una velocidad de 200 kilómetros por hora.

Su velocidad será aproximadamente doscientos kilómetros por hora.

¡Aprisa!, más aprisa!...

El caso es llegar *antes*, aunque cuando al final de la jornada, digamos ¿para qué?

DAGIRO.

La Biblioteca del Soldado en el regimiento de Extremadura

Ha sido fundada por el Teniente Coronel García Pérez, fundador en 1920 de la del Regimiento de Tarragona; y como ésta, ha nacido merced a donativos particulares. El Ayuntamiento de Algeciras, el Casino, el Kursaal, oficialidad y soldados de cuota del Regimiento, elemento civil, etc., han contribuido a la generosa iniciativa del diplomado Jefe llevando al soldado el sentir de sus afectos.

La sala está dedicada al General Villalba, según dice magnífica lápida de mármol; otra idéntica consigna la fecha de la inauguración con los nombres del inaugurador, Teniente Coronel García Pérez y Coronel del Regimiento Sr. Jiménez Castellanos.

Figuran en la sala dos valiosos autógrafos: uno de Su Majestad en el que al pie de una hermosa ampliación fotográfica dice: «A los soldados del Regimiento Infantería de Extremadura número 15, Alfonso XIII»; el otro es el de S. A. R. la Infanta doña Eulalia de Borbón, relatando en amable misiva al Teniente Coronel García Pérez, el origen de los colores de la Bandera, según tradición familiar.

Como recuerdos históricos, sacados del olvido por el Teniente Coronel García Pérez, se ostentan: una histórica bayoneta de la batalla de Luchana, el bastón y la espada del antiguo tambor mayor del Regimiento.



Aspecto de la sala destinada a Biblioteca del Soldado en el regimiento de Extremadura.



El teniente coronel García Pérez, fundador de la Biblioteca del Soldado en el regimiento de Extremadura.

Dicha Biblioteca fué inaugurada el 9 de junio último por S. A. R. el Infante D. Carlos de Borbón, asistiendo al acto varios generales, autoridades locales y oficialidad de guarnición en la plaza de Algeciras.

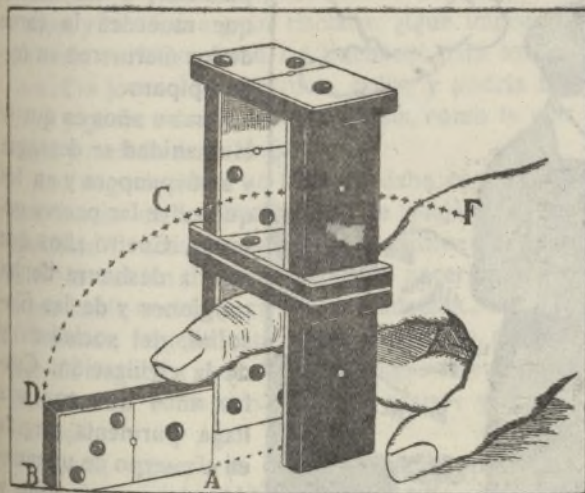
He aquí, el bizarro ofrecimiento que hace el Coronel Jiménez Castellanos a sus soldados con motivo de la inauguración de la biblioteca:

Soldado: Tuya es la Biblioteca; sus libros son ofrenda cariñosa de los que te aman y te aplauden conservarlos e incrementarlos ha de ser gala de tu educación y sigla de tu cultura; por pertenecer a tus camaradas, estás en el deber de no estropearlos; porque pertenecen a tí, asimismo tienes el derecho de obligar a los demás soldados a cuidarlos bien.

Lee y medita; así engrandecerás tu noble condición de soldado, soldado de la inmortal Infantería; serás digno sucesor de aquellos soldados de antaño que fueron gloriosas atalayas de la Patria; así comprenderás a las esperanzas de España, síntesis de nuestros amores, compendio de nuestros sentires; en fin, lo espero de tu obediencia.



Con siete fichas de dominó se construye una especie de casetita, con su puerta y su ventana, como representa el grabado. Otra ficha se colocó delante



de la puerta, y apoyándola sobre su lado largo A B, se trata de hacerla pasar por la ventana de un salto.

Se posa el dedo índice por el hueco de la puerta; se apoya la yema en el ángulo superior de la ficha y se hace un esfuerzo rápido y enérgico de presión y retroceso a la vez y se retira rápidamente la mano. La ficha salta y recorre el camino D C F, si el impulso se ha dado con acierto.

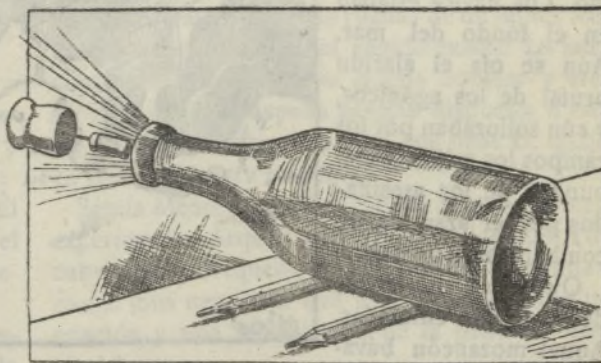
Recomendamos a nuestros amiguitos que cuando ejecuten este entretenimiento adquieran una gran dosis de paciencia, porque para alcanzar la puntería necesaria la casa se irá al suelo muchas veces.

Nuestros queridos niños van a poder tener un cañón que se dispara solo.

Para ello basta una botella de vidrio grueso, en la que se echa agua hasta la tercera parte de su altura, y con dos paquetes de los que se venden para hacer agua de Seltz, el bicarbonato de sosa, contenido en uno de ellos, se disuelve en el agua, y el contenido del otro, que es ácido tártrico, se echa en un tubito, que se puede hacer con una carta de la baraja, tapando un extremo con papel secante.

Este tubito se cuelga del tapón de la botella clavando en éste un alfiler, al que se ata un hilo de longitud suficiente para que el fondo del tubito no toque al líquido, y se mete en la botella, que queda tapada, y cargado, por tanto, el cañón.

Para dispararlo no hay más que colocar la botella horizontalmente encima de dos lapiceros. Al inclinar la botella, el agua penetra en el tubito, disuelve el ácido é inmediatamente se produ-



ce ácido carbónico, que expulsa con violencia el tapón, mientras que la botella retrocede como los verdaderos cañones de artillería.

San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Conclusión).

Mendicuti, dejando el camino y trepando monte arriba, ganoso de sumirse en la majestad castellana, escaló un cerro, arrojó su gabán ante las yerbas húmedas, y se echó allí para meditar sosegadamente en el seno de la naturaleza.

Y recapituló las últimas efemérides del vivir humano, mientras pasaban unos mendigos atajando, movían las urracas sus colas negras y elegantes bajo el arbolado, y una negra bandada de choas, muy alta, decía su graznido un poco épico.

Había ocurrido la guerra más terrible que recordaba el hombre. Habían muerto cinco millones de muchachos, la flor de Europa y casi de América. Se habían arruinado los Estados del mundo. Aldeas y villas quedaron desaparecidas bajo el plomo. Los navíos estaban en el fondo del mar. Aún se oía el alarido brutal de los agónicos, y aún sollozaban por los campos los gritos gembundos de los asesinados por el azar, en un combatir largo y aciago...

Quedaban millones de familias enlutadas. Aquel mozancón bávaro

o normando, escocés o servio, que era la fuerza y la esperanza en su hogar, había sido alistado, llevado confusamente a la pelea, y había muerto con otros millones de hermanos en edad y en futuro...

La mayor hecatombe de la historia, acaeciera. Más que el diluvio, más que las guerras púnicas, más que los bárbaros, más que las pestes medioevales, más que las luchas de religión, más que las

envidias de dinastías, un suceso incomprensible por su magnitud, del que se perdían los detalles concretos... Cuatro años de sesos que saltan, de razones perforados por las balas, de cabezas humanas que siega la ametralladora como se siega mies en agosto, de náufragos, mujeres y niños,

tando en el mar, de cuevas que llenan sus pasadizos en las desoladas planicies, y de bestias que muerden la carne de los marineros en festín opiparo.

Cuatro años en que la Humanidad se desangra y se depaupera y en la que sufre las peores miserias. Cuatro años que son la deshonra de las religiones y de las filosofías, del socialismo de la civilización. Cuatro años que son una llaga purulenta surgida en el cuerpo de un mundo que parecía sano y noble.

¿Por qué había sido aquello? Y recordaba Mendicuti la figura de aquel poco teatral de aquél Hohenzollern, sus bigotes enhiestos, sus albatanes, su faz de guerrero walkiriano, sus posturas de César, su arruga ahincada de frente, bajo la cual

estaba clavado el designio pueril de ganar tierras y poseer razas.

¡Qué pensaría el Kaiser contemplando su obra! ¡Qué pensaría después en la soledad de su destino y de su fracaso! ¡Que estilista supremo sería capaz de reproducir los tormentos de aquel cerebro redondo, encuadrado en su cráneo redondo, con toda su unidad herida, con toda su frustración macabra,



no de sangre y de piltrafas! Si el matador de un hombre no puede resistir la tortura de su conciencia ¡como padecería aquella conciencia sobre la cual pasaban millones de crímenes! ¡Qué vigiliat las suyas! ¡Qué apariciones siniestras en la noche inacabable! ¡Qué afán de morir, de correr huyendo de sí propio!

Mas ¿había que achacar a ese hombre solo, res-sabilidrd tan gigante? No. El ser humano era realmente un mico atávico, un nieto degenerado y mal vestido del viejo gorila, hijo de aquel pescador de mariscos que Mendicuti presintió en la Cueva de Altamira, alto y velludo, con su rostro feroz, que inventó el acha de sílex para matar a sus hermanos antes que el signo religioso y que el pétreo pincel con que llenó su casa de corzas ágiles y finas, en las paredes de granito.

Mendicuti pensó después en sus negocios frustrados, y lanzó una gran risotada. ¿Qué importancia tenía eso? Quedarán las buchacas para los judíos. Era joven aun, vigoroso, culto, y podría trabajar y ganar su vida sencilla y casta, como la vida rubia y melada de la abeja.

¡Los negocios! No, no los recordaba con odio y con rencor de frustración. No se quejaba, ni los maldecía. Es más, los bendecía risueñamente, pues ellos le habían probado que al no nacer para rico acaso había nacido para sabio. Y además...

Además, aquella especie de sarpullido español por los negocios ¿que era sino sangre nueva de la raza que al brotar irrumpe con granos y sarampiones?

España, repuesta su larga sangría, despertaba a una nueva actividad ¿No eran los talleres, las fábricas, los despachos mercantiles, los trenes, los barcos, las minas, el aspecto actual de la civilización humana.

Mendicuti no desdeñaba la industria ni desprecia-ba el dinero. Un pueblo hambriento no puede ser culto ni virtuoso. El arte huye de los muladares y gusta de pisar alfombras para plasmar en finas bagatelas de salón. El hambre es ruda, triste y fea. El dinero puede ser pecado, mas siempre es lujo, y el lujo es un hijo bastardo, pero al fin, hijo de la inteligencia.

Cuando hubo que sacar la espada, Pizarro blandió la suya, toledana y bien templada, y cuando hubo que decir un madrigal, Cetina vertió el oro de los suyos. ¿Había que traficar ahora? Quevedo se ponía un traje de dril para guiar su locomotora.

Pensó en Tojo, en Humbrals, en D. Policarpo, en Da Estereira, en sí mismo, y se rió. Aquello no era una vesania. Eran las primeras guerrillas que caen en el combate. Otros hombres se habían hecho

ricos, y al serlo crearon vida y fuerza. Luego, nuevos hombres más expertos y aptos, sacudidos por la misma vibración, llegarían, inteligentes, para seguir la obra, al comienzo un poco ridícula.

Y pensó en la España del momento, y la vió en todo su latido moderno y triunfador.

Recordó a Barcelona, humeante de chimeneas, plena de energía fabril y comercial, la primer ciudad mediterránea. Recordó a Valencia, enorme y sencilla, atestada de frutos, sobre cuyas huertas se había vertido el cuerno de la abundancia. Recordó a Bilbao, negro y minero, con sus largas filas de buques sucios en la ría. Recordó a Sevilla, que había empleado su fina gracia andaluza en purificar el óleo de sus olivos, en hacer con el hierro gentiles artificios y en trocar el barro del Guadquivir clásico en la maravilla de los azulejos. Recordó el vientre de Asturias, terriblemente preñado de minerales que son automóvil triunfante en el rico y pródiga sidra dominguera que derrama el pobre. Recordó a Vigo, limpio y bello como un barrio elegante de Liverpool, y sus doradas islas Cíes bajo las cuales pasan cantando su lánguida morriña los sardinereros que abastecen las fábricas. Recordó lo hecho, y lo por hacer. Vió todo el subsuelo español atestado de una riqueza infinita. Oyó el ruido del Duero en sus terribles saltos, cuya fuerza puede impeler un millón de máquinas. Sintió el perfume de toda la rica flora nativa, que va desde el triste y duro árbol norteño al color ubérrimo de las frutas murcianas y a la casi tropical vegetación malagueña.

Tojo, Humbrals, D. Policarpo, Da Estereira, eran una especie de ridículos evangelistas del nuevo credo. Sentían su incorporación a la vida universal, y hacían aspavientos de vesánico. Era balduque oficinesco caído entre las ruedas de un motor febril y devorador. ¡Ah, pero el vagido existía! La iniciación comenzaba. España quería trabajar y crear, ser rica y fuerte. España parecía dispuesta a erigir un rascacielos sobre la tumba que tiene D. Quijote en la vasta llanura manchega.

Sentía Mendicuti la desorbitada alegría que debió experimentar Arquímedes ante el mejor de sus descubrimientos. Aquello no era una locura, ni una ceguera. ¡Sus negocios! Era una comezón, una insinuación y una repatriación de la patria al nuevo ideal humano.

A España le estaba reservado el porvenir. Alonso Quijano, Caballero de la Raza, había ido acumulando—era preciso seguir la moda financierista—una cuenta corriente secular. En ella puso alma, sentimiento, heroísmo, la sangre de Pizarro, el genio de Cortés, la indómita arrogancia de Simón Bolívar, caudillo ibérico que libertó a las colonias america-

nas no del yugo español, sino de la tutela borbónica.

España, ignorándolo tal vez, había creado una cuenta corriente de valores morales. Ese tesoro yaciente, que no se había utilizado durante los siglos de la decadencia y del sopor, estaba en el Banco Central, y en la sucursal formidable de América, el gran Banco filial, libre y ubérrimo, lleno de solvencia y de energía.

Y España parecía haberse percatado ahora de su fuerza espiritual. Alonso Quijano despertaba y acudía a sus viejos amigos para demandar sustento. Y él, que fué dadivoso; pródigo, que les diera su cuerpo y el alma derrochándose como un Cristo civilizador, veía que nada se pierde en la Historia, que es rara la semilla estéril, y que tenía, en el viejo solarón casero, y más aún en la vital América, la hija dilecta de su rica sangre y de su tuétano, una cuenta corriente.

Alonso Quijano, vestido a la moderna, y con muchas ganas de luchar en la vida, sentía llegar de Nueva York y de Buenos Aires, sin olvidar a Caracas, a Montevideo, a Lima, a Santiago de Chile ni al mismo Río Janeiro, voces conocidas que decían amorosamente:

—Ven.—Tu genio, Alonso Quijano el Caballero del Ideal, nos descubrió y nos colonizó. Los que aquí vivimos nos decimos tus deudos. Somos sangre de tu sangre. Y aunque tenemos más oro que tú y más fuerza, sabe ¡oh Manchego del rocín flaco! que nuestros corazones arden en la misma hoguera en que se abrasa el tuyo, y que nos guía hacia tí el afán de redimirte y de salvarte. Prodigaste amor y creaste un tesoro espiritual. ¡Ven!

Y Alonso Quijano, con aquella su pluma de ave que empleara en poner apostillas a sus Libros de Caballería, firmaba un cheque y se iba a cobrarlo camino de la Habana o de México.

Romualdo Mendicuti volvió sus ojos hacia América, la futura Europa, la sin prejuicios y la sin rencores, la todo Prosperidad y Democracia. Norteamérica había dado en la guerra la única nota de absoluto desinterés. Sudamérica era una ígnea esperanza del orbe. Y ambas, sin otro estímulo que el grito del pasado—una noble inquietud espiritual—, se tendían hacia la metrópoli ya casi emblemática y sin materia, para reconocer en ella a Isabel y a Colón, las carabelas y el puerto de Palos, Marchena y los Pinzones, y la emigración secular que fué derramando sangre de España, vieja sangre aristocrática en el odre americano, nuevo y puro, joyante y bello.

¡Sí sí! Alonso Quijano recogería su cosecha. La Historia le había abierto un crédito mercantil. El Hidalgo tenía una cuenta corriente.

Subió la cuesta, y miro el paisaje. Madrid había perdido un poco su desolación. Jardines exquisitos circuían a la urbe. Los árboles habían puesto su lozanía verde sobre la vieja calcinación de antaño. Hoteles risueños iban surgiendo aquí y allá. Lejos la sierra se embellecía también, con sus casitas modernas y graciosas, sonrisas galantes del campo, allá, al fondo, la capital ya enorme, elegante y próspera, de una distinción secular, se extendía creciente y expansiva, cerebro de la España que ya era una promesa.

Quedaran para otros los oros y los éxitos materiales. Aun conservaba un poquito de dinero, y le restaba toda su fuerza moral y todo su ahincado estímulo para el trabajo.

Sonrió dulcemente.

Volvería a sus clases, a sus libros a sus estudios. Sería una oveja. ¿Para qué ser tigre? Las ovejas tienen su huequecito en la vida, y son felices mientras acecha el zorro y el gabilán rapaz cae sobre la tórtola. Desleiría su existencia menuda, discreta y perfumada. Y ¡pardiez! en la magna orgía del éxito ajeno, ¿no hallaría también un poquito de placer de lujo? Que en los pueblos sucios, el maestro no cobra y es flaco y esta triste, pero en los pueblos ricos, el maestro recibe su diezmo en la cosecha, la cántara de vino, el fresco panal, el cesto de frutas y de flores.

Corrió hacia su casa. Ella indiferente a las pasiones y a los combates, estaba allí como una vestal. También los hijos.

La esposa interrogó:

—¿Qué...?

—Mal. Todo fracasó. ¡Todo!

—Eso te hará sufrir...

—Si tengo aún tu confianza ¿por qué?

—¿Mi confianza?

Ella rió entre enojada y absorta:

—Nosotras, las mujeres buenas queremos siempre.

Hubo un largo silencio en el que parecieron geminar otra vez pequeñas alegrías nupciales, ya olvidadas.

Se deshizo la escasa luz solar que venía de la calle. Oíase, lejano, un tranvía frenético. Enriqueta cerró la ventana como si al hacerlo quisiera ahuyentar con su mano las sombras y las resonancias ajenas al hogar. Y quedó allí dentro una paz tan densa!

Salió Enriqueta lentamente.

Encendió después Mendicuti un cigarrillo, mientras el humo fofó iba formando panzas en

aire, tomó asiento Romualdo en el sofá e invocó a su musa.

Los artistas no son tales artistas sino mediums de que la divinidad se vale para dar a la vida el regalo de sus dones maravillosos. Carecen de orientación y hasta de pensamiento. Son ciegos muy sensitivos que Dios elige para comunicarse con los hombres. Abandonados de las musas ¿qué sería de su arte? Caídos en la vulgaridad, limitarían su actuación en el planeta a las funciones digestivas que son todo el oficio del vulgo.

Mendicuti, excitado por las emociones de aquel peregrino día, y ya en la dulce soledad del hogar y en el casto asilo de su alma, fué concretando una imagen definitiva y fué balbuciendo una plegaria rotunda.

La imagen definitiva, obra de su pensamiento, era San Dinerito,

Predicaban en su nombre todos los afanosos de lucro. Daban ejemplaridad los roturadores de tierras, los erigidores de fábricas, y aunque hubiera picaros en aquella nueva religión, esos mismos relapsos constituían la penumbra del bien y eran el negro fondo donde se recortaba la silueta del Trabajo Fuerte.

Lo que no habían podido hacer los revolucionarios lo haría San Dinerito. San Dinerito trocando la resignada miseria española en anhelos de lujo y de riqueza, salvaría a los peninsulares sumidos en la abyección. Pueblos amantes del oro son pueblos

donde no viven parásitos dañinos, y entre los cuales toda la pochambra se elimina al cabo. San Dinerito habría caminos, limpiaba fachadas, tendía puentes, lavaba mugres, hacía saltar los corchos del champaña, movía los automóviles, despertaba conciencias, espoleaba a los perezosos. Y esta obra evangelizadora concluiría por hacer la evolución sin ruido. Caciques, ministrojos, cortesanellos de lengua felona, oradorzuelos farisaicos, letrados chanchullistas, concejales, jueces podres, gaceteros tullidos, milites gorriones e inquisitoriales, todo huiría ante San Dinerito como escapan los diablejos cobardes al ver el signo de la redención. Al fenecer el hambre fenecerían el favor, la envidia, el miedo, el embuste, todo lo que constituye ahora el alma deformada del país.

Y un nuevo pueblo, renacido en sus virtudes antañonas y modernizado por el Santo Patrono, abriría el tesoro de su genio ante la Humanidad perpleja.

Mendicuti se alzó de su asiento y se fué a la mesa para escribir una plegaria burlesca. Decía así:

SAN DINERITO. QUE ESTÁS EN LOS BANCOS, ENRIQUECIDO SEA TU NOMBRE. VENGA A NOS EL TU ORO. HÁGASE TU MILLÓN ASÍ EN EL CAMPO COMO EN LA VILLA. LAS CIEN PESETAS DE CADA DÍA DÁNOSLAS HOY. PÁGANOS NUESTRAS DEUDAS Y ASÍ NOSOTROS ABSOLVEREMOS A NUESTROS DEUDORES. NO NOS DEJES CAER SIN HALLAR UN DOBLÓN, Y LÍBRANOS DE TODA NUESTRA MISERIA NACIONAL. AMÉN.

LAS RATAS EN LA GUERRA

Estos repugnantes animales, han servido algunas veces, durante la gran guerra, para avisar a los ocupantes de una trinchera del peligro de una mina que cautelosamente preparaba el enemigo.

Uno de los «peludos» franceses cuenta a este efecto lo siguiente:

Una noche me hallaba de centinela en la puerta de un barracón donde se alojaba mi compañía. Inmóvil en mi puesto, advertí que unas cuantas ratas salían del interior de la barraca y se agolpaban sobre los bordes de una marmita abandonada con restos del rancho no lejos de la puerta. De pronto, y obedeciendo a un movimiento nervioso, suspendieron su festín y emprendieron rápida espantada, no hacia sus madrigueras, sino hacia el campo abierto. Yo no había oído ruido alguno que justificase aquel instintivo movimiento de los roedores. Comunicué mi observación a un compañero; éste al capitán, y como el hecho era muy raro, el jefe

ordenó que se practicara un reconocimiento en los alrededores del barracón. Nada; la noche era tranquila, y dejaba aguzar el oído en mucha extensión; pero uno de los camaradas, muy práctico en aplicar la oreja a tierra para la escucha de trabajos subterráneos, hizo esta operación y sorprendió algunos ruidos profundos de zapa.

El capitán, como medida de precaución, ordenó que la fuerza dejase la barraca y acampase a unos cuantos cientos de metros más lejos.

No habrían transcurrido cinco minutos cuando una formidable explosión hizo volar el albergue que nos había cobijado. Los alemanes se llevaron chasco, gracias a las ratas cuyo instinto les previno el peligro, sirviéndonos su huída de providencial aviso a nosotros.

La mina, al estallar, levantó más de veinte metros de terreno; pero no ocasionó ninguna víctima.

SECCIÓN DE CONSULTAS

O. A.—Zaragoza.—Nos informan de la Sección, que con fecha 7 del pasado Julio, ha anulado V. sus peticiones, le hemos enviado nuevamente el número de Noviembre que le falta.

S. B.—Tetuán.—Ha tenido entrada a la Sección su papeleta. Hace V. número bajo, pero no puede determinarse el tiempo que tardará en ser destinado. No hay nada pensado sobre convocatorias de ametralladores bombarderos.

F. M.—Escombreras.—No podemos indicarle el paradero del contraestre Benigno Rodríguez Pazos. Se le envía el número de Julio.

C. R.—Vitoria.—Los documentos que se necesitan son los siguientes:

Acta de defunción, y de nacimiento, y certificado del Jefe del Cuerpo en el que haga constar que falleció en combate.

En la instancia se solicitará la permuta de la pensión de su esposo, por la de su hijo, si este es soltero o viudo, sin hijos. Si en el acta de defunción no consta el estado civil del hijo, tiene que acompañar certificado que lo acredite.

J. N.—Palma.—Hace V. el número 455 de la escala de hijos de veteranos. Tardará de 10 a 14 meses en ingresar.

A. B.—Toledo.—Se halla agotado desde hace tiempo la edición del «Manual del Carabinero». el ejemplar, costaba noventa céntimos. Está en proyecto la edición de un nuevo Manual.

L. B. G.—Orcera.—El Capitán por quién V. pregunta se halla en la situación de supernumerario sin sueldo en la 1.^a Región, y vive en esta Corte, calle de Alcalá, 109.

V. M.—Huelva.—Hace V. el número 21 en turno corriente. Su compañero, D. Emilio Sanz, hace el número 59 del mismo turno.

I. R. O.—Orba.—Contestamos a sus preguntas.

El cabo Joaquín Oltra Ruiz, hace el número 290 para ingreso en el Cuerpo. La instancia del soldado Antonio Ruiz Ortola, se mandó para informe al Batallón en Marruecos, y no ha sido devuelta.

A. T. F.—Santander.—Su papeleta de petición de destino no ha llegado al Ministerio.

J. M.—Ceuta.—Hace V. el número 2 para destino al Regimiento de Sicilia. Para el examen a ingreso en la Guardia Civil, se exige lo siguiente: A los guardias, saber leer y escribir con corrección, y las cuatro reglas; a los oficiales, el conocimiento del Reglamento del Cuerpo, el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

J. M.—Logroño.—No se sabe nada del ascenso de los alferoces de la E. R. pero se cree que ascenderán pronto.

G. de la M.—Hace V. el número 163 de la escala

de aspirante de carabineros. Tardará unos 15 meses en ingresar.

J. N.—Palma de Mallorca.—Hace V. el número 455 de la escala de aspirantes.

R. L.—Figuera.—Hace V. el número 1 para las Reservas, 40, 41 y 45; el 2 para la 46 y 48 y el 5 para la 47. Debe tener en cuenta, que ahora no se hacen destinos a los Reservas.

D. B. S.—Lesaca.—No se puede sentar plaza, más que en los meses de Enero y Junio. Necesita acta civil de nacimiento, certificado de buena conducta, cedula personal y consentimiento paterno. Hace V. el número 266.

M. V.—No figura en el Negociado del Ministerio su papeleta de petición de destino. Tomamos nota de su nueva dirección, se le envían nuevamente los números de Junio y Julio.

A. G. M.—Tarragona.—Hace V. el número para destino al Regimiento de la Corona. Su señor hermano, hace el número 4 para el Regimiento 71, el 1 para la zona 17, y el 2 para la Caja 49. No puede determinar si algún Capitán del Regimiento 71, tiene solicitado destino fuera.

J. G. C.—Hace V. el número 1. Será destinado pronto.

F. V.—Tetuán.—En la propuesta de Julio ha sido V. complacido con el destino al Regimiento de Vergara.

G. M.—Granada.—Se le envía el número de Mayo.

N. de F.—Valencia.—Su instancia no aparece haya tenido entrada en el Ministerio de la Guerra.

J. M.—Parzan.—Hace V. el número 167 para ingreso en Carabineros. Tardará próximamente unos dos años. Hay anotado, uno solo, como hijo de viuda, para traslado a la Comandancia de Jaén.

E. S.—Murcia.—Hace el número 24 para el ingreso en Intervención.

F. de M.—Mérida.—Se le envía el número de Enero.

J. P.—Tetuán.—Se le envían certificados, los números 14 y 15.

G. C.—Se le envía el número de Mayo.

M. R. F.—Melilla.—Se le envía el número de Mayo.

C. E.—Ceuta.—Se le envían los números de Mayo y Junio, que le faltan. Recibimos su giro de 15 pesetas.

A. R. M.—Córdoba.—Se le envía el número de Mayo.

A. M.—Se le ha enviado nuevamente el número de Mayo. Creemos que esta vez lo haya recibido.

C. de A. e. I.—*Toledo*.—Se recibió el giro. Conformes con lo que dice, se le ha enviado nuevamente el número de Mayo.

J. L. C.—*Villanueva*.—Recibida su carta. Se le envía el número de Mayo que le falta.

F. S.—*Arcila*.—Se le envía el número de Mayo, sin cargo. El de Abril, no se lo podemos mandar por estar agotado.

E. V.—*Huesca*.—Se le envía el número de Marzo.

M. G.—*Villalobos*.—Se le envían los números de Marzo y Mayo.

A. L. M.—*Toledo*.—Se le ha enviado el núm. 14.

L. M.—*Larache*.—Se le envían nuevamente los números 11 y 12.

L. B.—*Orcera*.—Se le envía el número de Mayo. Queda rectificada la dirección.

J. de J. M.—*Melilla*.—Se le envían los números de Mayo y Junio.

F. P.—*Jaén*.—Se le remite el número de Mayo.

C. B.—*Irun*.—Se le envía el número de Junio.

J. M. S.—*Estella*.—Se le envía el número de Junio.

A. T.—Se le envía el número de Junio.

M. R. B.—*Sástago*.—Se le envía el número de Junio.

J. M.—*Larache*.—Se le envían los números de Mayo y Junio.

J. M.—*Alicante*.—Se le remiten nuevamente los números de Mayo y Junio.

J. P.—*Tetudán*.—Son 12 los oficiales aspirantes,

las asignaturas que se exigen son el Reglamento del Detoñ y Contabilidad y el Manual del Carabinero.

E. G.—*Tetudán*.—Se le envía nuevamente el número de Junio.

M. R. P.—*Sástago*.—Le comunica su deseo al diario «La Patria».

P. R.—*Burgos*.—Hemos recibido su carta, El número de Abril no se le ha remitido por estar agotado según se le indicaba en cuartilla inserta en uno de los ejemplares.

C. S.—*Valencia*.—Queda tomada nota de su cambio de domicilio. Se le envían certificados los números de Noviembre y Mayo; el de Abril no puede enviarse por estar agotado.

R. de B.—*Zaragoza*.—Se le envió el número de Mayo.

F. S. T.—*Madrid*.—Se le envían los números de Enero y Marzo, que le faltan.

F. G.—*Badajoz*.—Se le envían los números de Marzo, Mayo y Junio. Queda tomada nota para la certificación.

F. R.—*Cabo de Agua*.—Se le han enviado nuevamente los números de Marzo, Mayo y Junio. El de Abril está agotado.

A. G. C.—Se le envían los números de Marzo, Mayo y Junio. El de Abril está agotado.

J. M.—*Ceuta*.—Se le envían los números de Marzo, Mayo y Junio. El de Abril está agotado.

M. M.—*Allariz*.—Se le envió el número de Junio.

M. G. L.—*Toledo*.—Recibimos su carta. Sentimos no poderle enviar el número de Abril pues está agotado.

J. H.—*Vitoria*.—Recibidos los números, muchas gracias.



Bibliografía

TRISTES VENTURAS.—Novela de Gustavo Morales. Editorial Pueyo. Madrid. Arte, interés, sugerencia. Precio 4 pesetas.

EL ESPEJO IRÓNICO.—De Wenceslao Fernández Flores. Toda la atinada observación, toda la punzante ironía, toda la gracia del brillante escritor se halla en este libro que responde perfectamente a su título, reflejando irónicamente todos los aspectos de la vida. Precio 5 pesetas.

DEL HUERTO DE LA VIDA Y DEL AMOR.—Por Emilio Crespo Calzada, con un prólogo del Dr. Casais Santaló.

Forma este libro una preciosa reunión de crónicas y de versos, en los que el autor ha puesto vibrantes de realismo sus impresiones sacadas del «Huerto de la vida y del amor».

Se vende en la Editorial Pueyo al precio de 0,50 pesetas.

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

—¿Y cómo tiene tanto dinero? ¿A qué lo ha ganado, si es un *primera-tercera*.

—Al *primera*.

—Con ese capitalazo ese *cuarta-tercera* es capaz de aspirar a un *segunda-tercera*.

—¿Vienes al *todo*, Pilar?—la dije a *prima segunda*.

—No siendo puerto de mar no voy a provincia alguna.

Si *prima dos* la Tomasa pastillas para la tos, no hay quien la *primera-tercera* en un verano o en dos.

Jeroglífico

Nota T Nota
500
insecto

Conocimientos útiles

Dstrucción de las larvas de los mosquitos.—Hoy que está probado que los mosquitos son los portadores de varias enfermedades peligrosas, es de gran utilidad el siguiente medio de destruir las larvas de tan perjudiciales insectos que, como es sabido, se desarrollan en las aguas estancadas.

Pueden destruirse todas las larvas de mosquitos, no sólo de una cuba, sino también de un estanque, vertiendo en el agua una pequeña cantidad de petróleo proporcionada, como es natural, a la extensión de la superficie de agua. Para una cuba basta con media cucharada pequeña.

Las larvas, obligadas a respirar en la superficie del agua, tocan la capa de petróleo, invisible a la vista, y absorben una cantidad suficiente para hacer que perezcan todas en pocas horas.

Heladora improvisada.—Cuando se carece de hielo y no se poseen aparatos especiales para fabricarlo, puede improvisarse una heladora italiana muy fácilmente. Dentro de un recipiente de madera se coloca otro más pequeño de hierro esmaltado, dejan-

do entre ambos un espacio de 8 a 10 centímetros próximamente. En este espacio se introduce una mezcla de partes iguales de cloruro de calcio y de nitrato de amoníaco en polvo fino, que se disuelve en un peso de agua igual al de las sales. Al cabo de tres cuartos de hora el agua contenida en el vaso interior estará completamente congelada.

CASOS Y COSAS

—Quisiera yo que se descubriera un país donde no se muriera nadie nunca.

—¿Para qué?

—Para ir allí a acabar mis días.

—Mira: Regúlez ha disparado a lo alto. ¡Qué grandeza de alma!

—No lo creas; es que su adversario, asustado, se había subido a un árbol.

Para prestar juramento los judíos se descubren ante el Pentatéutico, y después de haber dicho por qué juran, añaden: «Así me ayude Jehovah». Los mahometanos dicen poco más o menos lo mismo ante el Corán; los indios juran tocando los pies y las manos de un brahman o sacerdote de su religión; los brahmanes, tocando la mano de otro sacerdote; y los chinos, rompiendo un plato que los entregan al tiempo de jurar, dándole un golpe contra la barra del Tribunal; al tiempo de romperlo, dicen: «Digo la verdad; toda la verdad»; y cuando

los pedazos del plato caen al suelo, contesta un guardia: «Si no dices verdad, tu sér será roto como el plato.»

También juran los del Celestino perío quemando unas pajitas llenas de polvos de maderas olorosas, que más sirven para honrar a sus dios.

Otro sistema de afirmar consiste en levantar la mano derecha sobre la cabeza.

En la antigüedad se castigaba a los ladrones quemándoles la palma de la mano derecha, y cuando alguno presentaba a jurar y se le veía la cicatriz, su juramento era nulo. En el tiempo se solía cortarles a estos delincuentes los dedos índice y anular de ambas manos, y tampoco era válida su declaración.

Los hebreos, para afirmar, levantan la mano derecha, extendiendo el dedo pulgar, el índice y el anular que formaban la primera letra de la palabra *Schadie*, que significa Dios.

Está muriendo un prestamista al que un sacerdote le dirige sagrados consejos preparándole a bien morir el prestamista, nada.

Sin la menor muestra de arrepentimiento.

—¡Por éste, hijo mío, por éste!—clama el clérigo mostrándole un crucifijo de talla poco esmerada.

El moribundo abre los ojos, se levanta en el Cristo y dice:

—Pues por ese... tres pesetas. Y murió.

R. I. P.

Un pensamiento de Plinio sobre la guerra.

(ACRÓSTICO Y ORDENACION)

.. M. . .	9. Adjetivo: lo que pertenece al hombre.
. A	1. Nota musical.
... R. .	2. Rompimiento de la paz.
.... R.	8. Común a varias especies.
U.	4. Numeral.
E.	7. Artículo.
C.	6. Preposición.
..... O	5. Delito grande.
. S	3. Presente de indicativo.

Leídos los nueve precedentes significados en el orden que indican los números, expresarán un pensamiento de Plinio sobre la guerra.